

VOCES

en el Fénix

ISSN 1853-8819

SI BIEN EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HA INICIADO UNA TRANSICIÓN POST-HEGEMÓNICA HACIA UN MUNDO MULTIPOLAR, ESTADOS UNIDOS AÚN CONSERVA UNA GRAVITACIÓN EXTRAORDINARIA EN ESTE ESCENARIO BASADA EN UN PODERÍO MILITAR SIN PRECEDENTES. CUANDO FALLAN LOS MEDIOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS O LA OFENSIVA CULTURAL, LAS ARMAS SON EL CAMINO ELEGIDO PARA MANTENER LA DOMINACIÓN. EN ESTE ESCENARIO, NUESTRA REGIÓN INTENTA CONSTITUIRSE EN UN BLOQUE QUE ASPIRE A LA SOBERANÍA Y LA AUTODETERMINACIÓN.

RELACIONES PELIGROSAS



sumario n°44 mayo 2015

editorial

VIVIR EN UN MUNDO
EN CONFLICTO

Abraham Leonardo Gak

ATILIO BORON Breve reflexión sobre la declinación estadounidense y sus probables consecuencias **6 ARÁNZAZU TIRADO SÁNCHEZ** América latina y el Caribe en la mira del imperialismo estadounidense y europeo **12 KATU ARKONADA** Estados Unidos: la hegemonía no termina de morir, la fase de dominación ya ha comenzado **20 JULIO GAMBINA** Estados Unidos: de colonia a país imperialista. ¿Ahora qué? **28 ARIEL ARMONY** Estados Unidos, China y las nuevas narrativas de poder **36 MARIO RAPOPORT** La Argentina y Estados Unidos **44 CARLOS ESCUDÉ** ¡Y Luis D'Elía tenía razón...! El triángulo Argentina-Estados Unidos-Irán **52 PLINIO DE ARRUDA SAMPAIO JÚNIOR** Estados Unidos y Brasil: Siete equívocos sobre el mito de la política externa independiente **60 LUIS SUÁREZ SALAZAR** La anormalización de las relaciones oficiales de los Estados Unidos con Cuba **68 MARCO GANDÁSEGUI HIJO** La desigual relación entre Estados Unidos y el Gran Caribe **74 MARÍA FERNANDA MARTÍNEZ y ANDREA VLAHUSIC** Las estrategias de Latinoamérica frente a los nuevos escenarios energéticos **82 SILVINA ROMANO** La guerra psicológica como guerra permanente **90 TELMA LUZZANI** La presencia militar de Estados Unidos en América latina **98 PAOLA GALLO PELÁEZ y EDUARDO MAIERU** El Atlántico Sur: Un mar de abundancia para el siglo XXI **106 SONIA WINER** Paraguay, la "Triple Frontera" y la representación imperial de los peligros **114 MARIO RAMOS** Aportes a una doctrina de defensa y militar para Nuestra América **122**

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Decano

Dr. César Humberto Albornoz

Vicedecano

José Luis Franza

Secretario General

Walter Guillermo Berardo

Secretaria Académica

Contadora Carolina Alessandro

Secretario de Hacienda y Administración

César Humberto Albornoz

Secretario de Investigación y Doctorado

Prof. Adrián Ramos

Secretario de Extensión Universitaria

Carlos Eduardo Jara

Secretario de Bienestar Estudiantil

Federico Saravia

Secretario de Graduados y Relaciones Institucionales

Catalino Nuñez

Secretario de Relaciones Académicas Internacionales

Humberto Luis Pérez Van Morlegan

Director Gral. de la Escuela de Estudios de Posgrado

Catalino Nuñez

Director Académico de la Escuela de Estudios de Posgrado

Ricardo José María Pahlen

Secretario de Innovación Tecnológica

Juan Daniel Piorun

Secretario de Transferencia de Gestión de Tecnologías

Omar Quiroga

CONSEJO DIRECTIVO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

Claustro de Profesores

TITULARES

José Luis Franza
Juan Carlos Valentín Briano
Walter Fabián Carnota
Gerardo Fernando Beltramo
Luis Alberto Beccaria
Héctor Chyrikins
Andrés Ernesto Di Pelino
Pablo Cristóbal Rota

SUPLENTES

Domingo Macrini
Heriberto Horacio Fernández
Juan Carlos Aldo Propatto
Javier Ignacio García Fronti
Roberto Emilio Pasqualino
Sandra Alicia Barrios

Claustro de Graduados

TITULARES

Luis Alberto Cowes
Rubén Arena
Fernando Franchi
Daniel Roberto González

SUPLENTES

Juan Carlos Jaite
Álvaro Javier Iriarte

Claustro de Alumnos

TITULARES

Mariela Coletta
Juan Gabriel Leone
María Laura Fernández
Schwanek
Florencia Hadida

SUPLENTES

Jonathan Barros
Belén Cutulle
César Agüero
Guido Lapajufker

Voces en el Fénix es una publicación del Plan Fénix

ISSN 1853-8819
Registro de la propiedad intelectual en trámite.



Los artículos firmados expresan las opiniones de los autores y no reflejan necesariamente la opinión del Plan Fénix ni de la Universidad de Buenos Aires.

staff

DIRECTOR

Abraham L. Gak

COMITE EDITORIAL

Eduardo Basualdo
Aldo Ferrer
Oscar Oszlak
Fernando Porta
Alejandro Rofman
Federico Schuster

COORDINACIÓN TEMÁTICA

Atilio Boron

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Martín Fernández
Nandín
PRODUCCIÓN
Paola Severino
Erica Sermukslis
Gaspar Herrero

CORRECCIÓN

Claudio M. Díaz

DISEÑO EDITORIAL

Mariana Martínez

DESARROLLO Y DISEÑO DEL SITIO

Leandro M. Rossotti
Carlos Pissaco

Córdoba 2122, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Teléfono 4370-6135. www.vocesenelfenix.com / voces@vocesenelfenix.com

VIVIR EN UN MUNDO EN CONFLICTO

A lo largo de la historia los grandes imperios que han logrado trascender más allá de su propia existencia lo han hecho por haber dejado en los territorios sometidos un bagaje cultural que en algunos casos llega hasta nuestros días. Ejemplo de esto son los imperios romano, inca, azteca y, en alguna medida, Esparta y Atenas.

Esa herencia cultural, viva en costumbres, construcciones y hasta en cosmovisiones, es la verdadera marca de la existencia de un imperio.

Pero si esa dominación se basa únicamente en el poderío económico y militar difícilmente haya una cultura heredada por los pueblos sometidos.

Eso es lo que pasa hoy en día con la hasta ahora hegemonía estadounidense. Si bien con el colapso de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín, Estados Unidos se constituyó en el gran poder imperial y su expansión fue facilitada por una agresiva política económica desarrollada a partir de tratados de libre comercio abusivos respecto de los países que oficiaron de contrapartes, en los últimos años entró en una etapa de retroceso que parece inexorable, y que sólo se sostiene a partir del poder de fuego de sus fuerzas armadas.

El poder económico y militar ejercido deja como herencia miseria, dolor, resentimiento y grandes desigualdades entre países y al interior de los mismos.

Lo notable de esta época es que se suma a estas limitaciones la fuerza económica del sistema financiero internacional que no sólo no produce bienes sino que mueve intereses tan significativos que capturan a países que pretenden ser potencias y los someten a sus dictados.

Ante un escenario de estas características, cuando el poder se empieza a diluir, y la cultura exportada e impuesta no logra hacer mella en los territorios conquistados, sólo queda el poder de las armas para sostener lo que la ilusión de un bienestar futuro ya no garantiza.

Como bien se señala en varios de los artículos de la presente edición, Estados Unidos se volvió potencia hegemónica después del fracaso de la experiencia del "socialismo real". Apoyado en una narrativa que hacía hincapié en el discurso de la defensa de las libertades individuales, de la justicia y del bienestar colectivo y bajo la necesidad de mayor independencia en la disposición de bienes imprescindibles para su desarrollo, como por ejemplo los hidrocarburos, la potencia del norte dio un giro discursivo, adoptando el rol de garante de la democracia y la libertad a nivel planetario y convirtiéndose, en realidad, en un gigante guardián de sus propios intereses y so pretexto de la lucha contra el terrorismo, implantó la doctrina de la guerra preventiva bajo criterios de extraterritorialidad sin precedentes en la historia universal.

Desde luego, todo esto no hubiera sido posible sin un desarrollo formidable de la ciencia y la tecnología, elementos fundamentales para ejercer la dominación, y que fueron sumamente efectivos tanto al momento de elevar los niveles de producción de bienes como de ampliar las capacidades técnicas del conglomerado militar.

Hoy en todo el mundo surgen nuevos actores, nuevas potencias que le disputan la hegemonía y bajo valores diferentes a la pura dominación militar ponen en jaque la estructura unipolar del sistema internacional.

América latina, en particular Sudamérica, sufrió en carne propia el período de apropiación externa de sus riquezas y hoy comienza a buscar un camino propio e independiente frente a los grandes intereses en pugna en pos de corregir las tremendas desigualdades que el sistema legó a la región.

Lograrlo dependerá de la decisión política y la participación de los propios pueblos de Nuestra América. Sólo así será posible terminar con la desigualdad, la pobreza y la muerte que un sistema basado en las armas insiste en imponernos.

ABRAHAM LEONARDO GAK

(DIRECTOR)







por **ATILIO A. BORON**. *Doctor en Ciencia Política, Harvard. Investigador superior del CONICET. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.*

BREVE REFLEXIÓN SOBRE LA DECLINACIÓN ESTADOUNIDENSE Y SUS PROBABLES CONSECUENCIAS

SI BIEN EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SURGIERON NUEVOS ACTORES Y NUEVAS REALIDADES QUE HICIERON DEL SISTEMA INTERNACIONAL UNA ARENA MÁS PLURAL Y EQUILIBRADA QUE ANTES, ESTADOS UNIDOS AÚN CONSERVA UNA GRAVITACIÓN EXTRAORDINARIA EN ESTE ESCENARIO. CON UNA DISPARIDAD MILITAR SIN PRECEDENTES Y LA ENSEÑANZA HISTÓRICA ACERCA DE QUE LAS TRANSICIONES GEOPOLÍTICAS SIEMPRE ESTUVIERON SIGNADAS POR GRANDES CONFLICTOS ARMADOS, EL FUTURO DEL PLANETA Y LA HUMANIDAD ES UNA INCÓGNITA POR RESOLVER.

T

tiempo atrás el presidente ecuatoriano Rafael Correa sintetizó elocuentemente la situación imperante en el sistema internacional al decir que “no vivimos una época de cambios sino un cambio de época”, algo totalmente distinto. Se trata de un cambio de alcance global, que provoca reacomodos en las turbulentas aguas del sistema internacional, en donde anquilosadas jerarquías y prerrogativas construidas por el imperialismo son desafiadas y los antiguos anhelos de los pueblos de la periferia irrumpen con fuerza inusitada. Épocas, como lo recordaba Antonio Gramsci en sus estudios sobre la realidad política italiana, en las cuales lo viejo no termina de morir y lo nuevo no acaba de nacer y que por eso mismo pueden dar origen a toda clase de aberraciones. Una sobria lectura de los acontecimientos mundiales en curso comprueba lo cierto en que estaba al formular sus observaciones acerca de los horrores y las monstruosidades que pueden ocurrir en esas fases de viraje, especialmente en el hobbesiano terreno de las relaciones internacionales.

En tiempos recientes una vertiginosa serie de cambios acentuó la volatilidad y peligrosidad del sistema internacional. De modo sintético y a los efectos de proponer algunos ejes argumentativos plantearemos dos tesis principales: primera, la constatación del debilitamiento del poderío global de Estados Unidos como centro organizador del imperio. Segunda, y corolario de la anterior, la ratificación histórica de que en su fase de descomposición los imperios se tornan mucho más agresivos y sanguinarios que durante sus períodos de ascenso y consolidación.

Un dato crucial de nuestro tiempo es el evidente debilitamiento de la otrora incontrastable primacía de los Estados Unidos en el sistema internacional. El derrumbe de la Unión Soviética y la construcción de un orden unipolar hicieron que algunas mentes afebradas cercanas a la Casa Blanca (y sus epígonos en América

latina y el Caribe) creyeran que nos hallábamos en los umbrales de un “nuevo siglo americano”. Ese ingenuo “superoptimismo”, como tiempo después lo caracterizaría Zbigniew Brzezinski, era una mezcla de arrogancia e ignorancia que estaba llamada a durar muy poco tiempo, tal como antes les ocurriera a las disparatadas tesis del “fin de la historia” predicadas por Francis Fukuyama. Con los atentados del 11 de septiembre del 2001 el unipolarismo norteamericano se derrumbaría tan estrepitosamente como las Torres Gemelas. En el período abierto a partir de esa fecha el sistema internacional presenta un rasgo absolutamente anómalo: un creciente policentrismo en lo económico, político y cultural coexistiendo dificultosamente con el recargado unicentrismo militar estadounidense. En otras palabras: en los últimos años surgieron nuevos actores y nuevas realidades que hicieron del sistema internacional una arena más plural y equilibrada que antes. Como respuesta a estos procesos, la Casa Blanca se olvidó de los “dividendos de la paz” –que según sus voceros sobrevendrían una vez desaparecida la Unión Soviética– y en lugar de reducir su gasto militar lo acrecentó desorbitadamente, convirtiendo a las fuerzas armadas estadounidenses en una infernal maquinaria de destrucción y muerte que dispone de la mitad del presupuesto militar mundial. No existen antecedentes históricos de tamaña disparidad en el equilibrio militar de las naciones. No obstante, como lo ha señalado en más de una oportunidad Noam Chomsky, este aterrador poderío militar le permite a Washington destruir países pero no puede ganar guerras. Así lo demuestran la temprana experiencia de la guerra de Vietnam y, más recientemente, el fiasco de la guerra de Irak (2003-2011) y la aún en curso en Afganistán. Según el ya aludido Brzezinski, hay seis nudos problemáticos que, desde Estados Unidos, explican su declive. Uno, el imparable crecimiento de la deuda pública que según este autor colo-

Con los atentados del 11 de septiembre del 2001, el unipolarismo norteamericano se derrumbaría tan estrepitosamente como las Torres Gemelas. En el período abierto a partir de esa fecha el sistema internacional presenta un rasgo absolutamente anómalo: un creciente policentrismo en lo económico, político y cultural coexistiendo dificultosamente con el recargado unicentrismo militar estadounidense.

caría a ese país en una situación de crisis financiera semejante a la que en su momento sentenció el destino del imperio romano y, más recientemente, en el siglo veinte, del británico. Dos, la insalubre gravitación del capital especulativo y del mundo de las finanzas en general, causante de la crisis estallada en el 2008 cuyas consecuencias económicas y sociales han sido profundamente deletéreas para el conjunto de la población norteamericana. Tres, la creciente desigualdad económica y el estancamiento del proceso de movilidad social ascendente, que junto al factor antes mencionado deteriora el consenso democrático que garantiza la estabilidad del sistema. El coeficiente Gini que mide la desigualdad en materia de ingresos sitúa a Estados Unidos en un nivel similar al de los países subdesarrollados, y en una situación más desventajosa que Rusia, China, Japón, Indonesia, India, Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. Cuatro, la obsolescencia de la infraestructura nacional: caminos, líneas férreas, puentes, puertos, aeropuertos y energía son otras tantas áreas fuertemente deficitarias y que comprometen seriamente la eficiencia global de la economía estadounidense en un mundo cada vez más competitivo. Cinco, y conviene tomar nota de esto, el alto nivel de ignorancia que el público norteamericano tiene en relación al mundo. Una encuesta tomada en el 2006 comprueba que un 63% de los entrevistados no podía identificar a Irak en un mapa; 75% no hallaba a Irán y un 88% también fracasaba en su intento de localizar a Afganistán en momentos en que Estados Unidos se hallaba fuertemente involucrado en operativos militares en esa región y la prensa reportaba a diario los episodios bélicos que tenían lugar en esos países. Lo anterior se explica, y también se agrava, por la ausencia de información confiable en materia internacional y accesible al público en general. Según Brzezinski, sólo cinco de los principales diarios estadounidenses ofrecen alguna información internacional, pero ni los periódicos locales ni la radio o la televisión ofrecen una cobertura de los asuntos mundiales. La desinformación generalizada favorece la parálisis del sistema de partidos, y este es el sexto factor, que impide adoptar políticas creativas y eficaces para, por ejemplo, reducir el enorme déficit fiscal.

Por supuesto, esta declinación del poderío norteamericano no se explica sólo por estos factores endógenos. Hay un ambiente internacional que ha cambiado, y que acentúa la debilidad relativa de Estados Unidos en la arena mundial: el creciente poderío de otros actores globales. Se han movido las "placas tectónicas" del sistema internacional, y a raíz de ello la posición relativa de Estados Unidos como potencia dominante se ha visto menguada. Sucintamente expresadas, las principales manifestaciones

de este cambio epocal son las siguientes:

- a) El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado del Atlántico Norte hacia el Asia Pacífico, y junto con él se ha producido un desplazamiento, si bien menos marcado, del centro de gravedad del poder político y militar mundial.
- b) Se reconfiguran alianzas y coaliciones que reemplazan, en parte, a Estados Unidos como líder global. Washington se encuentra ahora con aliados más débiles, vacilantes o amenazados por fuertes impugnaciones “desde abajo” en Europa, Asia y Oriente Medio, respectivamente. Y debe vérselas con rivales más numerosos y poderosos, con China y Rusia a la cabeza de un listado cada vez más extenso de rebeldes.
- c) Las devastadoras consecuencias de la actual crisis civilizatoria del capitalismo y sus impactos sobre el medioambiente, la integración social y la estabilidad del orden político, todo lo cual

ha contribuido a debilitar la primacía estadounidense.

- d) Los avances en los procesos de resistencia al imperialismo en América latina y el Caribe –la derrota del ALCA es emblemática en este sentido– y el lento pero inexorable despertar político del mundo árabe y, en general, de los pueblos de la periferia, cuestión esta que un astuto observador (¡y protagonista!) como Brzezinski observa con mucha preocupación porque constituye otro de los factores de desestabilización del precario orden mundial actual. Un orden mundial profundamente injusto y predatorio que requería cada vez más violencia para su sostenimiento. Un documento del Departamento de Defensa de Estados Unidos revela claramente la percepción dominante sobre estos cambios al afirmar que “(L)os Estados Unidos, nuestros aliados y socios enfrentamos un amplio espectro de desafíos, entre los cuales se cuentan las redes transnacionales de extremistas violentos,

Hay un ambiente internacional que ha cambiado, y que acentúa la debilidad relativa de Estados Unidos en la arena mundial: el creciente poderío de otros actores globales. Se han movido las “placas tectónicas” del sistema internacional, y a raíz de ello la posición relativa de Estados Unidos como potencia dominante se ha visto menoscabada.

Estados hostiles dotados de armas de destrucción masiva, nuevos poderes regionales, amenazas emergentes desde el espacio y el ciberespacio, desastres naturales y pandémicos, y creciente competencia para obtener recursos”. No sorprende, por lo tanto, que un memorándum de la Henry M. Jackson School of International Studies, elevado a la Casa Blanca, afirme sin ambages que Estados Unidos está en guerra, y que seguirá estándolo por muchos años más. Ese documento sintetiza elocuentemente los perniciosos alcances de la militarización de las relaciones internacionales promovidas por un imperio amenazado cuando propone arrojar por la borda la diplomacia e invertir el orden establecido por los usos y costumbres internacionales a la hora de enfrentar un conflicto: diplomacia primero, diálogo hasta el final y, si no hay más salida, apelar al uso de la fuerza pero sin violar los convenios internacionales que, aun en un conflicto

armado, deben ser respetados (como por ejemplo los relativos al tratamiento de los prisioneros o la población civil, el tipo de armas que pueden utilizarse, etcétera). El documento enviado a la Casa Blanca revierte esa secuencia al recomendar, en cambio, “usar la fuerza militar donde sea efectiva; la diplomacia, cuando lo anterior no sea posible; y el apoyo local y multilateral, cuando sea útil”. Si observamos lo ocurrido en los últimos diez o quince años en Irak, Afganistán, Libia y ahora Siria, y el despliegue de bases militares norteamericanas en América latina y el Caribe –amén de la Cuarta Flota– comprobaremos que los consejos del memorándum han sido seguidos al pie de la letra por la Casa Blanca.

Por supuesto, Estados Unidos conserva, aun en este complejo y amenazante escenario, una gravitación extraordinaria en la arena internacional, pero inferior a la que anteriormente gozaba. Sigue siendo la mayor economía del planeta, aunque China está a punto de conquistar ese lugar en los próximos cinco años; y a diferencia de cualquier otra gran potencia internacional, Estados Unidos tiene fronteras seguras, muy seguras, con Canadá y México, dos países en los cuales los aparatos de inteligencia y seguridad norteamericanos actúan abiertamente y sin ninguna clase de restricciones. Y además tiene salida a los dos mayores océanos del planeta, el Atlántico y el Pacífico. Ni Rusia ni China, sus dos principales contendores, pueden decir lo mismo: mantienen graves –si bien latentes– conflictos fronterizos con sus vecinos y su acceso a las rutas marítimas es muchísimo menos favorable que el que goza Estados Unidos. Por otra parte, este país dispone también de un formidable sistema científico-tecnológico, dueño de un enorme potencial, y a diferencia de los europeos, la dinámica demográfica norteamericana se ha visto rejuvenecida por los torrentes migratorios del último medio siglo.

Pero aun así los síntomas de la decadencia de su poderío en la escena global son inocultables. De lo cual se desprenden dos conclusiones: primero, que estas fases de debilitamiento de los imperios y transiciones geopolíticas siempre estuvieron signadas por grandes conflictos armados. Ojalá que este caso sea la excepción a esa regularidad histórica. Segundo, que las crecientes dificultades con que tropieza Washington lo impulsarán a redoblar sus esfuerzos para controlar a los países al sur del Río Bravo, tal como lo hiciera en los años setenta del siglo pasado cuando la inminente derrota en la península indochina hizo que Estados Unidos patrocinara la consolidación de las feroces dictaduras que asolaron la región durante más de una década. Otra vez, ojalá que ahora las cosas ocurran de otro modo, aunque las presiones desestabilizadoras de Washington sobre diversos gobiernos del área –principal pero no exclusivamente a Venezuela– no permiten abrigar demasiadas esperanzas.



AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN LA MIRA DEL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE Y EUROPEO



por **ARÁNZAZU TIRADO SÁNCHEZ**. *Politóloga especializada en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Doctorante en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM.*

EL SISTEMA INTERNACIONAL HA EXPERIMENTADO IMPORTANTES CAMBIOS EN LOS ÚLTIMOS AÑOS. EN NUESTRA REGIÓN, LAS OLIGARQUÍAS LOCALES ALIADAS DEL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE Y EUROPEO FUERON DESPLAZADAS DE GRAN PARTE DE LOS GOBIERNOS. MIENTRAS RESTA DEFINIR SI EL PRÓXIMO SERÁ UN SISTEMA INTERNACIONAL PLURIPOLAR Y MULTICÉNTRICO, O UN SISTEMA UNIPOLAR DONDE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE SEA SUSTITUIDA POR OTRA HEGEMONÍA IMPERIAL NO OCCIDENTAL, EN AMÉRICA LATINA AVANZA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA GEOPOLÍTICA CONTRAHEGEMÓNICA.

A large banner with a red top half and a white bottom half. The red section contains the text 'LA LIBERTAD' in white and 'NO SE PUEDE BLOQUEAR' in black. The white section contains a blue logo with 'PLAN BUSH' and the text '¿QUI NO hay Miedo' in red.

LA LIBERTAD
NO SE PUEDE BLOQUEAR



¿QUI NO hay Miedo

E

l sistema internacional viene experimentando una serie de cambios acelerados desde que en 1989, con la caída del muro de Berlín, se iniciara un proceso de implosión del bloque del Este que concluyó en 1991 con la disolución de la Unión Soviética. Estas fechas pusieron fin oficial al período de confrontación bipolar entre este país y los Estados Unidos que se conoció como Guerra Fría. El capitalismo y sus ideólogos fueron raudos en declarar el triunfo del capitalismo en su forma neoliberal y hasta el “fin de la historia”. Sin embargo, tras más de una década de confusión ideológica y retroceso político, una región en el planeta comenzó a levantarse contra el neoliberalismo: América latina y el Caribe. Una región dependiente en lo económico, a la que las potencias mundiales habían tratado con cierta displicencia pese a su gran importancia como “retaguardia estratégica” para el imperialismo, en palabras del Che Guevara, así como reserva invaluable de recursos naturales. Pero los pueblos de América latina y el Caribe comenzaron a andar, iniciando un período de luchas que cristalizó en la llegada al gobierno de presidentes de un amplio espectro dentro de la izquierda, dispuestos en mayor o menor medida a revertir la “década perdida” del Consenso de Washington. La Venezuela bolivariana marcó el camino y de manos del presidente Chávez no sólo

se recuperó para el siglo XXI la palabra socialismo en el debate político, sino que también comenzó una nueva ola de integración y concertación política en la región que ha tenido un impacto que trasciende las fronteras del subcontinente.

La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) son muestra de esta efervescencia, que ha logrado dejar en un segundo plano, cuando no mostrar su obsolescencia, los mecanismos regionales panamericanos, como la Organización de Estados Americanos (OEA) o las iniciativas extrarregionales y claramente neocoloniales, como son las Cumbres Iberoamericanas.

Los imperialismos estadounidense y europeo son conscientes de este desplazamiento de su influencia política en los países que fueron en algún momento sus colonias o sus áreas “naturales” de dominio. Asimismo, la crisis económica mundial, que ha afectado en mayor medida a las economías de Estados Unidos y a la de los países del sur de la Unión Europea (UE), sojuzgados a los intereses de la oligarquía alemana, ha revitalizado el interés por el control de los ingentes recursos naturales estratégicos con los que cuenta América latina y el Caribe.

A pesar de que la mayoría de gobiernos de América latina y el Caribe están lejos de ser el actor subordinado que quisieran los Estados Unidos y Europa, las clases dominantes de estos países siguen empeñándose en ejercer su rol imperial. Ignoran que los tiempos han cambiado y que las oligarquías latinoamericanas aliadas del imperialismo estadounidense y europeo fueron desplazadas de gran parte de los gobiernos en los últimos años.

La Unión Europea como proyecto imperial de clase subordinado a Estados Unidos

Con frecuencia, desde América latina y el Caribe se analiza, por vecindad geográfica y proximidad histórica, el papel del imperialismo de los Estados Unidos hacia la región, pero pocas veces se hace lo propio con el rol de la Europa actual. Mucho menos se utiliza el término imperialismo para calificar la acción como bloque de la UE a través de distintas instituciones. Ello se debe a que Estados Unidos es visto como el *hard power*, la fuerza bruta, frente al *soft power*, la fuerza suave o “inteligente”, que representaría la UE. Sin embargo, sea ejercido con puño de hierro en guante de seda o directamente sin guante, *power is power*. Y el imperialismo es imperialismo, aunque se vista con ropajes más democráticos y busque la hegemonía por la vía del consenso, dejando la coerción para situaciones extremas.

Cabe recordar que desde su propio nacimiento en la forma de Comunidad Europea del Carbón y del Acero, posteriormente Comunidad Económica Europea (CEE), el proyecto de integración europea fue una iniciativa tutelada por los Estados Unidos. El contexto de Guerra Fría, la victoria de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, su intento de hegemonizar el poder

internacional, su voluntad de neutralizar a Alemania y, sobre todo, el desafío de un socialismo soviético que amenazaba con extenderse entre las clases trabajadoras europeas, llevaron a Estados Unidos a apostar por una reconstrucción europea, funcional a los intereses hegemónicos de la naciente potencia, que sirviera de bloque de contención al bloque soviético. Con la disolución del poder soviético llegó el paso de la CEE a la UE y la actitud de Estados Unidos cambió, empezó a ver con recelo la posibilidad de una Europa unida. Pero, para fortuna de los Estados Unidos, la UE no ha supuesto un gran desafío a sus intereses estratégicos. Esto no implica afirmar que exista una absoluta lógica de dependencia y subordinación de las elites europeas a los dictados estadounidenses. Más bien, se puede calificar la relación entre las elites de los diversos países de la UE y los Estados Unidos como “cooperación antagónica”, término que Ruy Mauro Marini acuñó para definir la cooperación, no exenta de conflictividad, entre la burguesía del Brasil de su época y la de los Estados Unidos.

Los vínculos de clase no excluyen el conflicto intralites, que se puede dar tanto entre la burguesía estadounidense y la europea como entre las distintas burguesías europeas. Cualquier observador atento puede percatarse de que en el proyecto de la UE no existe un bloque homogéneo de intereses. Es bien conocida la divergencia entre los propios países europeos, que se ha exacerbado a raíz de la crisis económica. Su expresión más sangrante es la reacción europea a la elección de Syriza en Grecia como respuesta a las políticas de austeridad impuestas por Alemania. También es conocida la pugna que se da en su seno entre unas elites con sensibilidad y visión más europeísta, como pueden ser las francesas, y otras más alineadas con el proyecto proatlantista, con el Reino Unido a la cabeza pero seguido por muchos de los países del ex bloque del Este. Una pugna que se resuelve en función de la correlación de fuerzas que otorga el signo ideológico de los gobiernos que presiden los Estados miembros. Como ya explicó Lenin a principios del siglo XX, la unión europea bajo el capitalismo no pasa de ser una utopía reaccionaria que cada día más da la espalda a los intereses de los pueblos europeos y demuestra su carácter antidemocrático, del que ya se tuvo buena prueba cuando se impuso la Constitución Europea pese al voto en contra en muchos de los países.

En su política hacia América latina la UE ha tratado de desmarcarse de Estados Unidos y generar su propia influencia estableciendo espacios de diálogo político como la Asamblea Parlamentaria Euro-Latinoamericana (EuroLat) en la que participan diputados de ambos lados del Atlántico; o firmando en 1999 una Asociación Estratégica Birregional con el conjunto

de la región que pretendía construir una especie de ALCA a la europea, un “ALCA con alma”, en palabras de un entusiasta eurodiputado español. La autopercepción europea como referente moral y político llevó a la UE a incluir cláusulas de respeto a los derechos humanos en sus distintos tratados de libre comercio con América latina y el Caribe. Una completa hipocresía habida cuenta, en primer lugar, de la violación a los derechos humanos por los propios países de la UE, tanto dentro como fuera de sus fronteras, y, en segundo lugar, al observar que dichas cláusulas pueden ser muy laxas cuando los intereses políticos, y sobre todo económicos, así lo requieren. Dejamos en manos del lector la reflexión acerca de cuál ha sido la situación de los derechos humanos en Colombia y en Cuba en las últimas décadas y el distinto trato dispensado a ambos países por las autoridades europeas.

En lo fundamental, la UE ha demostrado hasta la fecha estar alineada con los intereses de los distintos gobiernos de Estados Unidos. Muestra de ello es la ausencia de una política exterior y de defensa independiente de los lineamientos generales de la política exterior estadounidense. Ahora bien, la subordinación del proyecto europeo a los intereses de Estados Unidos no significa que la UE renuncie a tener su propio lugar en el sistema internacional. Un rol que puede llegar a ser altamente injerentista e igual de imperialista que el estadounidense. Como dos caras de una misma moneda, el imperialismo estadounidense y el imperialismo europeo se complementan. La invasión a Libia y el posterior asesinato del presidente Muammar al-Gaddafi en 2011 ejemplifican a la perfección esa doble cara imperial: Europa opera y aplaude, a veces en la sombra, mientras Estados Unidos ríe y se jacta públicamente de sus crímenes, como lo hizo Hillary Clinton inspirada en el Imperio Romano.

Asimismo, los recientes hechos en Ucrania demuestran que la UE está más preocupada por cercar y debilitar a Rusia, algo que beneficia a Estados Unidos y la OTAN, que por tener una política de defensa soberana de sus propios intereses. En una pura lógica geopolítica, a la UE le convendría llevarse bien con la Federación de Rusia, pues es una de las potencias que puede ejercer de contrapeso a la hegemonía estadounidense, además de ser uno de sus principales proveedores energéticos. Sin embargo, los hechos de la diplomacia europea parecen conducir al camino opuesto. Los intereses de Europa empiezan a confundirse de manera peligrosa con los intereses de los Estados Unidos, entrando en un momento histórico donde la soberanía europea está más cuestionada que nunca.



En lo fundamental, la UE ha demostrado hasta la fecha estar alineada con los intereses de los distintos gobiernos de Estados Unidos. Muestra de ello es la ausencia de una política exterior y de defensa independiente de los lineamientos generales de la política exterior estadounidense.

La proyección global del poder de Estados Unidos: los acuerdos de Asociación Transatlántica y Transpacífica

Si hay un tema que va a sellar definitivamente la subordinación de Europa a Estados Unidos, este es la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (ACTI o TTIP por sus siglas en inglés) que ambos están negociando en el más absoluto de los secretismos en la actualidad. Y no es solamente que los pueblos y las organizaciones sociales europeas no tengan acceso al contenido de las negociaciones sino que los propios eurodiputados no pueden tener copia del documento, solamente pueden consultar su contenido por unos minutos en una sala en la que están desprovistos de cualquier medio electrónico que pueda registrar la información. Semejante ataque al poder soberano sólo ha sido denunciado por unos pocos eurodiputados de la izquierda europea. Es curioso el concepto de transparencia democrática y respeto institucional que tiene el resto de los eurodiputados. Por cierto, son los mismos diputados que se llenan la boca con estos términos para intervenir en los asuntos de terceros países que cuestionan la hegemonía imperial, como Venezuela o Cuba, pero se quedan mudos e inermes cuando el imperialismo estadounidense atenta contra los derechos de sus pueblos.

Pero la contraofensiva económica de Estados Unidos está diseñada a escala planetaria y no se circunscribe a someter a la UE a la ACTI. En paralelo, Estados Unidos está negociando una gran área de libre comercio en la zona Asia-Pacífico vía el Acuerdo de Asociación Transpacífico (ATP o TPP) en el que participan sus principales socios en América latina así como otros países del área del Pacífico. Esa gran área tiene su correlación en el ámbito político con la Alianza del Pacífico, que se creó en 2011 pocos meses antes del lanzamiento del la CELAC, en la que México, Colombia, Chile y Perú se encuentran a la vanguardia de la defensa de la agenda estadounidense en la región.

El “vínculo trilateral”: ¿una nueva era para América latina, Estados Unidos y Europa o colonialismo del siglo XXI?

¿Cuál es entonces el papel que el bloque occidental le reserva a América latina y el Caribe en estos tiempos en que el liderazgo político y económico de Estados Unidos y Europa está en declive? Podemos obtener alguna respuesta en la producción de los *think tanks* estadounidenses. Por ejemplo, el Atlantic Council, ente que representa los intereses de la clase dominante de Estados Unidos, encargó a su Transatlantic Task Force on Latin America un documento que “alumbrara” las relaciones entre Estados Unidos, América latina y Europa en esta supuesta nueva era. Como anécdota significativa, cabe destacar que la supervisión quedó a cargo de una de las principales mentes preclaras que ha dado la política española, José María Aznar (entiéndase la ironía). Un personaje que pasó de gris inspector de hacienda a presidente mediocre con ínfulas de estadista internacional, reconvertido en lobbista empresarial y operador político de la derecha republicana, no tanto por sus dotes intelectuales o diplomáticas sino como generoso pago a sus servicios al imperialismo yanqui.

El documento resultante, “El vínculo trilateral: mapeando una nueva era para América latina, los Estados Unidos y Europa”,

fue publicado en 2013 y despeja las dudas. Estados Unidos y Europa deben volver a tener la hegemonía sobre los mercados latinoamericanos, de los que han sido desplazados en los últimos años por los acuerdos de los gobiernos latinoamericanos y caribeños con China y otros actores extrarregionales. De igual modo, América latina es la aliada elegida para que el “mundo occidental” pueda seguir ejerciendo su función hegemónica en el que, pese a los llamados trilaterales, podemos imaginar que Estados Unidos guarda para sí el papel de *hegemon* incuestionable. La justificación, como no podía ser menos, se basa en argumentaciones neocoloniales. Para los autores, las raíces “históricas, ideológicas y políticas” compartidas entre Estados Unidos, Europa y América latina ubican a esta en una misma “comunidad de valores” de la tradición occidental. Poco importa si este ingreso fue forzado o se hizo en contra de la voluntad de amplios sectores sociales que fueron masacrados cuando se opusieron a la conquista y colonización, así como al neoliberalismo posterior.

No obstante, se agradece la claridad del imperialismo estadounidense, mucho menos eufemístico y con menos remilgos morales que el europeo, a la hora de expresar claramente sus objetivos de control geoeconómico y geopolítico sobre las riquezas naturales y humanas de América latina y el Caribe.

La invasión a Libia y el posterior asesinato del presidente Muammar al-Gaddafi en 2011 ejemplifican a la perfección esa doble cara imperial: Europa opera y aplaude, a veces en la sombra, mientras Estados Unidos ríe y se jacta públicamente de sus crímenes, como lo hizo Hillary Clinton inspirada en el Imperio Romano.



Conclusiones

Estos documentos, así como otras acciones de la política exterior estadounidense y europea, demuestran que más allá de los discursos que restan importancia a América latina y el Caribe, esta región sigue siendo una de las más relevantes del mundo en términos geoestratégicos. De hecho, para el imperialismo estadounidense al menos, es la más importante, como nos recuerda Atilio Boron en su imprescindible libro *América Latina en la geopolítica del imperialismo*.

A pesar de que la mayoría de gobiernos de América latina y el Caribe están lejos de ser el actor subordinado que quisieran los Estados Unidos y Europa, las clases dominantes de estos países siguen empeñándose en ejercer su rol imperial. Ignoran que los tiempos han cambiado y que las oligarquías latinoamericanas aliadas del imperialismo estadounidense y europeo fueron desplazadas de gran parte de los gobiernos en los últimos años. A pesar de sus deshonrosas excepciones, América latina y el Caribe ya no es más el patio trasero de Estados Unidos, tampoco un área de influencia colonial para Europa, ni mucho menos se conforma con ser un actor pasivo en el sistema internacional. La región tiene su propia agenda en este siglo XXI y sus propias alianzas, que no pasan necesariamente por el bloque occidental. Muestra de ello es la participación de Brasil en los BRICS, los

numerosos acuerdos comerciales de China con varios países latinoamericanos, las alianzas estratégicas con Rusia o los acuerdos de transferencia tecnológica que algunos países han suscrito con Irán. La nueva era está signada, además, por mecanismos de cooperación Sur-Sur y no por alianzas trilaterales neocoloniales. Hoy América latina y el Caribe es un bloque político que rechaza de manera contundente los intentos de injerencia imperialista a los que Estados Unidos quiere someter a Venezuela, como se ha demostrado con el respaldo unánime de la CELAC a Venezuela en su denuncia del decreto de Obama contra ese país, y opera al unísono para que Cuba sea incorporada en el sistema interamericano y pueda participar por primera vez en la Cumbre de las Américas, como sucedió el 10 y 11 de abril en Panamá. Pese a la capacidad de reacción que han tenido las fuerzas de derecha de América latina y el Caribe recuperando espacios de poder en algunos países, existe un liderazgo latinoamericano encabezado por Cuba, Venezuela, Bolivia y Ecuador, miembros todos ellos del ALBA-TCP, con el acompañamiento de terceros países gobernados por el progresismo, que está construyendo una geopolítica alternativa a la geopolítica del imperialismo. Esos países latinoamericanos y caribeños han puesto a América latina y el Caribe en un lugar destacado del sistema internacional, haciendo que la región esté coadyuvando, como pocas zonas del planeta, hacia la consolidación de la transición geopolítica en curso. Si esta transición dará como resultado un sistema internacional pluripolar y multicéntrico, o un sistema unipolar donde la hegemonía estadounidense sea sustituida por otra hegemonía imperial no occidental, es todavía una incógnita. Lo que sí parece claro es que en el siglo XXI no asistiremos a un “nuevo siglo americano” –esto es estadounidense– ni europeo. Y ello tendrá mucho que ver con la construcción geopolítica contrahegemónica que está teniendo lugar en América latina y el Caribe mientras se escriben estas líneas.





por **KATU ARKONADA**. Diplomado en Políticas Públicas. Ex asesor del Viceministerio de Planificación Estratégica, de la Unidad Jurídica Especializada en Desarrollo Constitucional de la Vicepresidencia y de la Cancillería de Bolivia. Miembro de la secretaría ejecutiva de la Red de Intelectuales en Defensa de la Humanidad. Colaborador de medios de comunicación como Le Monde Diplomatique, Russia Today (RT) y Telesur

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN Y EL COLAPSO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA DEJARON UN MUNDO UNIPOLAR. SIN EMBARGO, EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HA INICIADO UNA TRANSICIÓN POST-HEGEMÓNICA HACIA UN MUNDO MULTIPOLAR CON VARIOS CENTROS HEGEMÓNICOS QUE COMPITEN ENTRE SÍ EN UN EQUILIBRIO PRECARIO. ESTE ESCENARIO DE PÉRDIDA DE HEGEMONÍA POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOBRE TODO MILITAR PARECE IRREVERSIBLE. EL TIEMPO TENDRÁ LA RESPUESTA.

**ESTADOS UNIDOS:
LA HEGEMONÍA NO
TERMINA DE MORIR, LA
FASE DE DOMINACIÓN
YA HA COMENZADO**



No temas ser lento, sólo detenerte.
Proverbio chino

V

ivimos tiempos tan confusos como convulsos. La crisis estructural del capitalismo en la que estamos inmersos y el nuevo escenario geopolítico rediseñan todas las variables de la ecuación. Durante mucho tiempo la triada del poder mundial conformada por Japón, la Unión Europea y Estados Unidos, bajo el liderazgo de esta última potencia, ha dominado el mundo, diseñando un sistema político y económico que se ha ido expandiendo por todo el planeta mientras construían todo un sistema cultural que permitía que el desarrollo de este sistema no requiriera en la mayor parte de los casos del uso de la fuerza sino que se implementaba, salvo contadas excepciones, por medio del consenso.

Estados Unidos comenzó su etapa de hegemonía a partir de la caída del muro y del colapso de la Unión Soviética, eventos que dejaron un mundo unipolar en el que paradójicamente la desaparición de la alternativa que suponía el socialismo real, al mismo tiempo que convertía al imperio norteamericano en potencia hegemónica, daba inicio al fin de la misma, pues una buena parte del mundo comenzó a desprenderse de la tutela que ejercían los Estados Unidos ante el “peligro comunista”.

Hoy en día, con el impacto de la crisis estructural del capitalismo en pleno centro del norte capitalista y con el surgimiento de nuevos actores del tablero geopolítico, podemos afirmar que la nueva triada del poder mundial está conformada por los Estados Unidos, China y Rusia; en dos bloques que sin ser monolíticos sí se muestran antagónicos en la mayor parte de los casos. La transición post-hegemónica ha parido un mundo multipolar en el que uno de los posibles escenarios hacia los que nos encaminamos es el de varios centros hegemónicos que compiten entre sí en un equilibrio precario.

Ese declive de la hegemonía estadounidense ha venido acompañado de una ofensiva en tres ámbitos, político, económico y militar, con el objetivo de mantener el liderazgo, pero en la medida en que este no puede ser logrado por consenso, debe ser alcanzado mediante la dominación violenta en una buena parte del tablero geopolítico.

Pero pase lo que pase en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, no parece que el escenario de pérdida de hegemonía y ofensiva política, económica y sobre todo militar mediante la dominación violenta en el que está inmersa la principal potencia capitalista e imperialista del mundo, vaya a cambiar.

Ofensiva política

La reciente Cumbre de las Américas simboliza perfectamente la ofensiva política emprendida por los Estados Unidos en su intento por no perder, no ya la hegemonía, sino incluso el liderazgo que mantenía en otrora su patio trasero. En un momento en que la hegemonía cultural también se resquebraja, en que el modelo de capitalismo neoliberal comienza a ser enfrentado en una América latina donde el vínculo tradicional entre democracia y capitalismo se ha roto, Obama trata de rescatar su viejo Ministerio de las Colonias, una OEA moribunda y agonizante, presentándose ante los países de América latina y el Caribe con la carta del inicio de negociaciones para el restablecimiento de las relaciones con Cuba.

Pero buscando el equilibrio interno, el tachar de la lista negra a Cuba obligaba a tener otro enemigo externo, en este caso Venezuela, en un enroque en la política exterior hacia América latina y el Caribe que probablemente supone el inicio del fin de la era Obama en el subcontinente por subestimar el avance que se ha dado en los últimos años en la unidad e integración latinoamericana, aun entre países y proyectos políticos y económicos muy diferentes.

La agresión contra Venezuela es parte de un objetivo estratégico más amplio que pasa por desestabilizar a los países del ALBA y desplazar acuerdos como Petrocaribe, que agrupa a países centroamericanos y caribeños que tienen suministro de petróleo venezolano. No es casualidad que Obama se reuniera con el Caricom justo antes de viajar a Panamá, dentro de una estrategia definida como "Iniciativa por la Seguridad Energética del Caribe".

Y si bien el núcleo bolivariano es objetivo de primer rango en esta ofensiva, el segundo anillo progresista también es parte de esta ofensiva política. La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos coloca a Brasil como un "centro de influencia emergente" al que sólo lo superan en prioridades China, India y

Rusia, además de "guardián de un patrimonio ambiental único y líder de los combustibles renovables". No es casualidad por lo tanto que la mayor parte de bases militares estadounidenses se encuentren rodeando la Amazonia. La Argentina también es mencionada de manera explícita en dicha Estrategia en cuanto a país miembro del G20, y probablemente algún día leeremos en documentos desclasificados el vínculo entre la CIA y los fondos buitres que atentan contra la soberanía política y económica de este país.

Otro de los países que gozan de mención especial en esta Estrategia de Seguridad Nacional que rige la política exterior de la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono, es México. Reforzar México como frontera sur de los Estados Unidos como forma de extender el control geopolítico del Caribe y la influencia en Centroamérica es parte de la ofensiva estadounidense en el ámbito político. La reciente aprobación de una ley en México para dotar de legalidad a una realidad ya existente como es la de los miles de agentes estadounidenses que portan armas en territorio mexicano, es formalizar, como lo fue el Pacto por México y la reforma energética, la entrega de soberanía mexicana a una potencia extranjera. Frente a la integración latinoamericana y caribeña, Estados Unidos se asegura un aliado fiel en la región.

También parte de la ofensiva política es el financiamiento que se produce desde USAID, NED y otras organizaciones ligadas al Departamento de Estado y la CIA a una oposición de derecha en los países con gobiernos de izquierda o progresistas. Una nueva derecha reciclada que busca seducir no sólo a las clases medias sino también a los sectores populares con un discurso más despolitizado y *light* que la vieja derecha gorila neoliberal. Una oposición "civil y democrática" que incluso no tiene empacho en presentarse como de izquierda moderada frente a las izquierdas "radicales" y "populistas".



Ofensiva económica

En el ámbito económico es claro el declive de la hegemonía que han ostentado los Estados Unidos durante las últimas décadas debido a una reducción de la competitividad, de los desequilibrios macroeconómicos en comercio exterior, del cada vez más grande déficit fiscal, y de una deuda pública que ya supera el 100% de su PIB y los 60 billones de dólares. Pero a pesar de la pérdida de capacidad en el ámbito comercial y económico, el ámbito financiero muestra todavía una superioridad indiscutible de la principal potencia capitalista. A pesar de que desde 2007 China es la principal productora de software y hardware, el 84% de las ganancias en este rubro siguen estando en manos de capitalistas estadounidenses, y lo mismo sucede en el ámbito especulativo donde las ganancias por servicios financieros han pasado del 47% de 2007 al 66% en 2013. Al mismo tiempo, un 45% de las 500 principales empresas transnacionales son de capital estadounidense, así como una buena parte de los medios de comunicación con más impacto mediático en la población mundial.

La ofensiva económica pasa también por garantizar la soberanía energética estadounidense a partir de la extracción de gas de esquisto y el uso del *fracking* a pesar de los peligros para el ecosistema que supone la fractura hidráulica. Pero esta técnica, más allá de su peligrosidad a nivel ecológico, sólo es rentable económicamente con un barril de petróleo que oscile al menos entre 60 y 70 USD, y por lo tanto con los precios actuales la dependencia de los países exportadores se mantiene.

El otro pilar sobre el que se sustenta la ofensiva económica es el de los tratados de libre comercio. Por un lado buscando reforzar el TLCAN y la integración subordinada de México para garantizarse el acceso a sus recursos naturales al mismo tiempo que negocia su incorporación al Acuerdo Estratégico Trans-Pacífico de Asociación Económica (TPP) para ampliar su influencia en la zona Asia-Pacífico además de intentar frenar la creciente presencia de China en la zona. El otro tratado clave es el de la Asociación Transatlántica para el Comercio y la Inversión (TTIP), tratado ultrasecreto que se está negociando con la Unión Europea y que, como ha sido denunciado, ni los mismos europarlamentarios conocen su contenido salvo borradores parciales. El TTIP supondrá, entre otras muchas cosas, una puerta abierta para el *fracking* y los transgénicos, la eliminación de las barreras sanitarias y la reducción de los derechos de los trabajadores destruyendo y relocando empleos allá donde la legislación sea más flexible. Asimismo no podemos olvidar el apoyo de los Esta-



dos Unidos a la Alianza del Pacífico, con el objetivo de desgastar el proceso de integración latinoamericana y caribeña; alianza que como proyecto económico no logra avanzar pues a pesar de haber liberalizado el 92% de su comercio intrarregional, el mismo sólo representa un 3,5% del comercio total de los países miembros (México, Colombia, Perú y Chile). Sin embargo hay que ser realistas y manejar un posible escenario donde a pesar de que los proyectos de integración política como Unasur o CELAC sigan profundizándose, proyectos de integración económica como Caricom y SICA, o herramientas de dicha integración económica como el Banco del Sur o el propio Sucre, sufran una ralentización, sobre todo por el escenario de guerra económica al que es sometida Venezuela, uno de los principales impulsores de estos mecanismos.

Pero probablemente es el principal icono de los Estados Unidos, el dólar, el que mejor simboliza esta nueva fase. Un dólar en declive como principal moneda internacional que a pesar de seguir siendo la referencia, va perdiendo peso e influencia frente al yuan y el rublo, que ya han comenzado a ser utilizados por China y Rusia en sus transacciones comerciales, sobre todo en la venta y compra de petróleo y gas.



La potencia imperialista construyó su hegemonía sobre la dominación militar, sí, pero también sobre un consenso a escala planetaria con muy poca contestación. Ese consenso fue roto por Bush y hoy difícilmente Obama puede restaurarlo.

Ofensiva militar

En el plano militar, a pesar de seguir manteniendo el liderazgo en el mundo, fruto de un gasto 10 veces superior al de por ejemplo China, que cuenta con 250 ojivas nucleares frente a las 4.500 de Estados Unidos, que dispone además de 20 portaaviones frente al único barco chino de estas características, ya no tiene el control geopolítico del que disponía hace pocos años.

Estados Unidos puede hoy destruir cualquier ejército o país si se lo propone, pero no puede mantener el control territorial sobre el mismo. Se calcula que ocupar Irak y Afganistán le ha costado al contribuyente estadounidense unos 4 billones de dólares, que han provocado el enorme gasto público y déficit del país.

La potencia imperialista construyó su hegemonía sobre la dominación militar, sí, pero también sobre un consenso a escala planetaria con muy poca contestación. Ese consenso fue roto por Bush y hoy difícilmente Obama puede restaurarlo.

Ucrania es probablemente el escenario que metafóricamente simboliza el fin de una época. En Ucrania los Estados Unidos sufrieron una derrota parcial a manos de Rusia, pues a pesar de conseguir impulsar un golpe de Estado y poner un gobierno amigo que permita la expansión de la OTAN hacia el este, no pudieron evitar la anexión de Crimea a Rusia. Algo similar ha sucedido en Siria, donde obviamente contaron con los medios, la financiación de la CIA y la tecnología para provocar una violenta guerra civil, pero no han podido controlar a los “rebeldes” que financiaron y que se han terminado convirtiendo en el Estado Islámico, fracasando también en su objetivo de derrocar al legítimo presidente Bashar Al Assad.

Los últimos acontecimientos les han obligado asimismo a negociar un acuerdo con Irán, uno de los principales Estados del eje del mal, sobre la cuestión nuclear, con el fin de mantener una cierta estabilidad en el tablero geopolítico de Oriente Medio.

Incluso recientemente China se ha atrevido a desafiar el control estadounidense en la región mandando buques de guerra a las costas de Yemen a pesar del bloqueo impuesto por Arabia Saudita.

A pesar de algunas derrotas parciales en el campo de batalla físico, no podemos olvidar que los Estados Unidos siguen dominando el otro campo de batalla, el del ciberespacio y el espionaje.

Y si miramos la geopolítica regional en Nuestra América, tenemos un despliegue militar sin precedentes. Sólo en Panamá, sede de la última Cumbre de las Américas, existen 12 bases militares estadounidenses; en Perú se acaban de firmar acuerdos para autorizar el ingreso de unos 3.500 marines con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, y en Colombia, otro país clave para el objetivo de mantener presencia en Sudamérica, el Comando Sur de las Fuerzas estadounidenses (SOUTHCOM), mediante el ejército y policía colombiana, sigue entrenando a miles de oficiales militares y policiales de diferentes países de América latina y el Caribe, en particular de México

y Centroamérica, República Dominicana, Perú y Paraguay. Bajo el pretexto de la lucha contra las drogas o el lavado de dinero, los Estados Unidos seguirán teniendo presencia en nuestra región mediante la Iniciativa Mérida, la Iniciativa Regional para la Seguridad Centroamericana (CARSI), el denominado “Plan Biden para el Triángulo Norte Centroamericano” y la Iniciativa de Seguridad para la Cuenca del Caribe (CBIS).



El factor chino

El mayor responsable de la pérdida de la condición de potencia hegemónica de los Estados Unidos y su entrada en una fase de dominación violenta es China, que algunos teóricos ya definen como un Estado-civilización. Una China que a partir del desarrollo de un inmenso mercado interno, y a pesar de un cierto estancamiento en el crecimiento, pues en 2014 “sólo” creció el 7,4% (Estados Unidos creció un 2,4%, la Eurozona un 0,8% y Japón un 0,2%), ya es el primer consumidor de energía del mundo y está a punto de superar el PIB de Estados Unidos.

Precisamente esa necesidad de recursos naturales para seguir creciendo hace que China haya desarrollado una política de poder blando y relaciones internacionales en las que por un lado estrecha su relación con Rusia reduciendo su vulnerabilidad energética, a la vez que establece una serie de alianzas con África y América latina para el suministro de recursos naturales clave para el desarrollo de su economía. Pero todas las relaciones económicas y comerciales están basadas en el respeto al sistema político y económico de cada país y desde luego China no tiene intención de instalar ninguna base militar en territorio africano o latinoamericano-caribeño.

Pero quizás el principal escenario donde China comienza a construir su propia hegemonía a costa de los Estados Unidos es el económico-financiero mediante la creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), que junto con el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, impulsa una nueva arquitectura financiera internacional que desplace la hegemonía del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (donde la potencia del norte tiene el 17,1% y poder de veto frente al 3,7% chino). El BAII fue propuesto por Xi Jinping en 2013 y constituido formalmente en octubre de 2014 en Beijing con 21 países fundadores (China, India, Tailandia, Malasia, Singapur, Filipinas, Pakistán, Bangladesh, Brunei, Camboya, Kazajistán, Kuwait, Laos, Myanmar, Mongolia, Nepal, Omán, Qatar, Sri Lanka, Uzbekistán y Vietnam), pero al día de hoy ya cuenta con 57 países de los cinco continentes (34 asiáticos, 18 europeos, 2 africanos, 2 de Oceanía y 1 de América latina, entre ellos todos los pertenecientes a los BRICS) que tienen intención de formar parte, algunos de ellos estrechos aliados de los Estados Unidos como Gran Bretaña, Alemania, Francia, Arabia Saudita o Israel. El capital inicial del BAII para proyectos de infraestructura, electricidad, agua potable o saneamiento básico estará conformado por unos 100 mil millones de dólares, de los que China aportará un 49 por ciento. China, asimismo, con sus 4 billones de dólares en reservas, según anunció en la reciente cumbre China-CELAC su presidente Xi Jinping, va a invertir en los próximos diez años 250 mil millones de dólares en América latina y el Caribe, región que ha pasado de dejar atrás en buena parte de los países el Consenso de Washington, a moverse entre el consenso bolivariano y el Consejo de Beijing.

Horizontes geopolíticos

Es más que probable que Estados Unidos y China continúen durante los próximos años incrementando una disputa a modo de guerra de posiciones en el ámbito del *soft power*, la combinación de disputa cultural, ideológica y diplomacia. Pero pase lo que pase en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016, no parece que el escenario de pérdida de hegemonía y ofensiva política, económica y sobre todo militar mediante la dominación violenta en el que está inmersa la principal potencia capitalista e imperialista del mundo, vaya a cambiar.

Deberemos seguir estudiando los escenarios que esta nueva fase imperial puede traer para América latina, que dependerán también de la correlación de fuerzas y de los gobiernos de izquierda y progresistas que se puedan mantener en las próximas citas electorales, además de la capacidad que estas fuerzas y gobiernos tengan para seguir profundizando un proceso de integración latinoamericana y caribeña no sólo en el ámbito político, sino económico, financiero, energético, tecnológico y cultural.

La transición post-hegemónica ha parido un mundo multipolar en el que uno de los posibles escenarios hacia los que nos encaminamos es el de varios centros hegemónicos que compiten entre sí en un equilibrio precario.

HOY EN DÍA, EN EL MARCO DE UNA PROFUNDA CRISIS MUNDIAL, ES OPORTUNO CONSIDERAR LOS LÍMITES DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y LA POSIBILIDAD DE UN NUEVO CICLO DE ESTRUCTURACIÓN DEL ORDEN MUNDIAL. EN NUESTRAMÉRICA, LAS EXPECTATIVAS POR LAS TRANSFORMACIONES SE ENCENDIERON A COMIENZOS DEL SIGLO XXI CON UNA FUERTE PERSPECTIVA ANTIIMPERIALISTA. ANTE ESTE FENÓMENO, ESTADOS UNIDOS BUSCA GENERAR LAS CONDICIONES PARA VOLVER A DISPUTAR SU PRESENCIA EN LA REGIÓN.

ESTADOS UNIDOS: DE COLONIA A PAÍS IMPERIALISTA. ¿AHORA QUÉ?



por **JULIO C. GAMBINA**. *Doctor en Ciencias Sociales de la UBA. Profesor Titular de Economía Política por concurso en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP. Director del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Autónoma de la Argentina, IEF-CTA Autónoma*



Estados Unidos surge en 1776 desde un pasado colonial inglés y por lo tanto dependiente del capitalismo liderado por Gran Bretaña, como la única experiencia que llegó a constituirse en potencia hegemónica en el capitalismo en su etapa imperialista.

Lo dicho es una síntesis apretada de una historia de saqueo en lo que hoy se considera su territorio, que avanzó desde un escaso espacio en 1776 a orillas del Atlántico, a uno inmensamente mayor a costa de los pueblos originarios y sus vecinos, para proyectarse como una gran extensión geográfica hacia el Pacífico a fines del siglo XVIII.

Desde esa historia y antes de la gesta emancipadora de los procesos independentistas en Nuestramérica a comienzos del siglo XIX, Estados Unidos surgía como la potencia que extendería su violento accionar por más de un siglo sobre el sistema mundial. Era parte de la disputa por la hegemonía económica, política y cultural sobre Inglaterra, con especial énfasis por asegurar su papel dominante en el conjunto del territorio americano.

El accionar estadounidense sobre toda América es una historia de violencia e intromisión en los asuntos internos de todos nuestros países para definir una lectura geoestratégica de América para los estadounidenses, base espacial para disputar el orden del sistema mundial.

Las relaciones históricas de EE.UU. con Nuestramérica se sostienen en una ideología de la subordinación de la soberanía de los países en la región a la decisión por la dominación regional y mundial del gobierno de Washington a nombre de las empresas originadas en su territorio.

El tiempo histórico de la dominación mundial inglesa cedería su lugar a EE.UU. al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El interrogante del presente, en el marco de una profunda crisis mundial del capitalismo desde el 2007, apunta a considerar los límites de la hegemonía estadounidense y las hipótesis de un nuevo ciclo de estructuración del orden mundial.

La crisis mundial y la oportunidad de los cambios

Estamos aludiendo a ciclos muy largos del desarrollo mundial, especialmente considerando la historia del capitalismo, que en cinco siglos desde su emergencia multiplicó la producción material y con ello, la población en el planeta tierra. Son temas en debate en la coyuntura ante el cambio climático y la crisis ambiental del modelo productivo y de desarrollo del capitalismo contemporáneo asociado a la matriz energética sustentada en hidrocarburos.

El ciclo de las dominaciones reconoce diferentes hegemonías, desde España hasta los Países Bajos y especialmente al ciclo británico en tiempos de la afirmación de la manufactura y la fábrica, revoluciones agrarias e industriales mediante.

La concentración y centralización del capital y su tendencia a la universalización de las relaciones capitalistas de producción hacia fines del siglo XIX permiten pasar de la dominación del capital industrial al financiero y con ello a la época del imperialismo, universalizando la confrontación mundial por el dominio territorial y social que crudamente expresaron las dos guerras mundiales entre 1914 y 1945 y que entronizaron a EE.UU. a la



cabeza del sistema capitalista. Al mismo tiempo se procesaba la bipolaridad del orden mundial entre capitalismo y socialismo, por lo menos hasta el proceso de ruptura entre 1989 y 1991, con la caída del muro de Berlín y la desarticulación de la URSS.

La crisis de 1929/1930, procesada entre 1914 y 1945 supuso la reestructuración del orden mundial y su hegemonía. Nuestra hipótesis es que la actual crisis mundial supone nuevas reestructuraciones y renovaciones en el liderazgo del orden capitalista, incluso la posibilidad de la discusión por un orden social y económico más allá y en contra del capitalismo.

En ese sentido, son variadas las menciones a China, desde su equiparación a EE.UU. en la producción material, que anticipan mutaciones en la hegemonía del capitalismo mundial. Cada uno de ellos, EE.UU. y China, son expresión de un quinto de la producción mundial, sumando entre ambos 2/5 del PBI mundial. Todavía repercuten los anuncios sobre el nuevo liderazgo japonés vociferado en los años '80 del siglo pasado, y no materializados por la prolongada depresión nipona que se extiende desde los años '90 hasta el presente. China sigue siendo noticia, por su PBI equivalente e incluso superior al de EE.UU., logro de este tiempo. Pero la desaceleración económica china, producto de la

crisis mundial en curso, agrega interrogantes al impacto nacional en territorio chino de un proceso de crisis que se extiende en el tiempo y en la geografía del planeta, y por ahora sin finalización esperada desde ningún ámbito de estudio y seguimiento de la economía mundial.

Iniciada la crisis en EE.UU. en 2007 y asociada a la burbuja inmobiliaria y a la especulación, no parece contenerse y anticipa nuevos procesos y episodios de crisis. Máxime si se considera que buena parte de la expansión del régimen del capital en China está vinculada a la radicación de inversiones externas de origen estadounidense y otros países capitalistas desarrollados. Más aún cuando la construcción residencial y de obras de infraestructura tuvo un papel destacado en el crecimiento del gigante asiático.

Una crisis inmobiliaria es una posibilidad en China y resulta incierta la consideración sobre el impacto de una explosión en su aparato productivo y en la sociedad, que extendió el proceso de urbanización, consumo social y público, junto a la capacidad de organización y conflicto de su clase obrera.

Por ello es que preocupa la crisis mundial originada en EE.UU. y los cambios que puedan operarse en el sistema mundial. La



historia de las crisis mundiales nos enseña que debemos estar atentos al impacto del fenómeno de la crisis. Estas son mundiales porque se inician en la potencia hegemónica y desde allí se propagan o diseminan por el mundo ofreciendo la posibilidad de cambios. Claro que nuestra expectativa apunta a cambios que superen la reestructuración en el marco del propio régimen del capital.

Hacia 1874 la crisis surgida en Inglaterra se constituyó en mundial y su resolución supuso el cambio del capitalismo de libre competencia al sistema del imperialismo, abortando las nacientes experiencias de revolución anticapitalista enunciadas en las prácticas y teorías revolucionarias, con Marx, el Manifiesto Comunista, la Asociación Internacional de Trabajadores y la Comuna de París.

Hacia 1930, el epicentro de la crisis se muda de Londres a Wall Street, anticipando el cambio de la hegemonía, pero ahora la respuesta del capital será a la defensiva ante la presencia de potencia de la revolución en Rusia y su consolidación como URSS. El keynesianismo relanzará el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, al tiempo que intentará contener la demanda por el comunismo, especialmente en Europa y en EE.UU. Los treinta años gloriosos entre 1945 y 1975 consolidan a EE.UU. como potencia hegemónica hasta la emergencia de la nueva crisis a mediados de los '70.

Con esta nueva crisis mundial a mediados de los '70 se abre el paso a una nueva respuesta agresiva y militarista con uso del terror de Estado desde el Cono Sur de América, financiado y teorizado por EE.UU.

Las clases dominantes a escala global expresadas en el poder trilateral de EE.UU., Europa y Japón otorgan aliento a una política de reestructuración regresiva del sistema mundial bajo liderazgo de Washington, que se transforma en gran potencia militar con capacidad de acción en todo el planeta, muy lejos de cualquier otro país, especialmente desde la ruptura de la bipolaridad. La militarización de la sociedad mundial servirá a EE.UU. para intervenir en el ciclo de la crisis económica y más aún en la producción de sentido para un consenso por el orden capitalista. Había nacido así el neoliberalismo y con él se recreaba la máxima del libre comercio que sustentó el programa de la burguesía en tiempos originarios del capitalismo.

El territorio del ensayo neoliberal había sido Sudamérica de la mano del terrorismo de Estado con importante intromisión de EE.UU. y sus intereses estratégicos.

El interrogante del presente, en el marco de una profunda crisis mundial del capitalismo desde el 2007, apunta a considerar los límites de la hegemonía estadounidense y las hipótesis de un nuevo ciclo de estructuración del orden mundial.



Nuestra hipótesis es que la actual crisis mundial supone nuevas reestructuraciones y renovaciones en el liderazgo del orden capitalista, incluso la posibilidad de la discusión por un orden social y económico más allá y en contra del capitalismo.

Ofensiva militarizada, terrorismo de Estado y economías emergentes

Estados Unidos es la potencia económica, política, militar y cultural que lidera el proceso de liberalización como programa de máxima del gran capital, para afirmar la transnacionalización y el movimiento internacional de capitales, al tiempo que transforma la ecuación del control militar y social mediante las armas y la manipulación del consenso social, medios de comunicación y difusión mediante.

En ese propósito se encuentra ante las crisis desplegadas en los '80 y '90 en todo el mundo, y con fuerza en la recesión económica estadounidense del 2001, cuya salida supuso mayor agresividad en la respuesta militar, con invasiones y difusión de las fuerzas militares de ocupación y despliegue territorial de EE.UU. y sus aliados en todo el mundo; la exacerbación del crédito y la deuda pública, que hoy afecta a los principales países del capitalismo desarrollado, en especial el propio EE.UU., y una repotenciación del programa liberalizador, de aperturas de las economías para la mercantilización extendida de las relaciones económico sociales.

Las políticas anticrisis desplegadas por EE.UU., el capitalismo desarrollado y los organismos internacionales habilitaron la reorientación de los capitales excedentes, afectados en su capacidad de obtener renta suficiente en sus colocaciones productivas y financieras en la tríada del capitalismo hegemónico. El nuevo destino de las inversiones en un espacio reconfigurado del sistema mundial ante la caída de la URSS, habilitó el surgimiento de los "países emergentes" y la ilusión del aliento a nuevas fronteras del desarrollo capitalista autónomo. China fue el principal destino de esos capitales excedentarios y ansiosos por alta rentabilidad. Desde el comienzo de los estudios de la Economía Política y su crítica sabemos que la inversión tiene destino en la producción de plusvalor para la acumulación y la dominación, lo que se genera desde la explotación de la fuerza de trabajo.

Ante los límites de la producción de plusvalor en el capitalismo desarrollado, la búsqueda de nuevos territorios para la explotación se vio favorecida por la decisión en China desde 1978 por modernizar su economía y atraer capitales externos, lo que supuso la expansión inusitada de la contratación de fuerza laboral, asociado a la mejora de los ingresos de contingentes de millones que junto a urbanizar China mudaban población campesina para convertirla en nuevos proletarios del sistema mundial. No fue China el único ejemplo, y en ese camino encontramos a



los BRICS, es decir, a Brasil junto a Rusia, China, India y Sudáfrica, países con abundante población dispuesta a vender barata su fuerza de trabajo y con importante dotación de recursos naturales demandados por el modelo productivo hegemónico del capitalismo contemporáneo.


El papel de EE.UU. en extender la liberalización de la economía mundial desde sus posiciones hegemónicas en los organismos internacionales y como Estado, expresión de las transnacionales surgidas en territorio estadounidense, constituye el elemento determinante en la difusión internacional de las relaciones capitalistas.

La hegemonía de EE.UU. no es sólo su peso en el PBI y la producción material de bienes y servicios en territorio propio, sino su capacidad para intervenir en la producción de sentido simbólico sobre qué hacer en cada coyuntura histórica más allá de sus fronteras, en la dimensión universal de la sociedad capitalista.

No se trata de que la crisis surgida en EE.UU. pueda afectar a su población, que de hecho ocurre con la extensión del empobrecimiento y la desigualdad de ingresos y riqueza en su interior, sino por su capacidad para generar las condiciones de reproducción

del sistema capitalista y, con él, la dominación estadounidense. Esa es la clave para pensar el papel de EE.UU. y sus relaciones en el continente para resguardar y potenciar el desarrollo del capitalismo en el ámbito mundial.

La economía de los países emergentes no supone un nuevo orden capitalista en disputa con el viejo modelo de acumulación en el capitalismo desarrollado. La emergencia es una nueva forma que adquiere la subordinación del orden mundial al régimen del capital, ahora transnacionalizado y orientado desde las principales potencias del capitalismo mundial, especialmente EE.UU. y desde los organismos internacionales, el FMI, el Banco Mundial, la OMC, e incluso articulaciones gubernamentales para discutir procesos de crisis y funcionamiento del sistema mundial, caso del G20. Este ámbito, el Grupo de los 20, fue constituido a invitación de EE.UU. en 2008, sobre la base de una estructura preexistente para tratar el proceso de administración y gestión gubernamental de la crisis mundial, claro que bajo su hegemonía como Estado y en los ámbitos supranacionales de ejercicio de la dominación imperialista. Se trató de asegurar la producción de plusvalor y la acumulación para la dominación capitalista en el ámbito mundial.



Las relaciones históricas de EE.UU. con Nuestramérica se sostienen en una ideología de la subordinación de la soberanía de los países en la región a la decisión por la dominación regional y mundial del gobierno de Washington a nombre de las empresas originadas en su territorio.

¿Es posible pensar más allá del capitalismo y de la dominación de EE.UU.?

Más allá de las especulaciones sobre la hegemonía del sistema mundial del capitalismo y el papel de EE.UU., las expectativas por las transformaciones se encendieron en Nuestramérica, cuando a comienzos del siglo XXI se desplegó un proceso de cambio político con fuerte crítica al orden neoliberal y una perspectiva antiimperialista, especialmente antiyanqui.

Ello se esbozó en propuestas cuyo contenido apuntan incluso en sentido anticapitalista. Entre ellas se destaca un programa de sustento a la soberanía alimentaria contra la dominación de las transnacionales de la alimentación y la biotecnología; tanto como las propuestas por un programa de soberanía energética, que supone el aprovechamiento de las ventajas de la región desde el manejo soberano de extendidos recursos en hidrocarburos y otros bienes comunes en general, pero también de manejo soberano de las finanzas, con proposiciones de una nueva arquitectura financiera regional, con utilización de fondos fiscales y de reservas internacionales para financiar proyectos produc-

tivos y comerciales de un modelo productivo y de desarrollo alternativo.

Es cierto que la dimensión económica de la región latinoamericana y caribeña es pequeña con relación al sistema mundial y las principales potencias en la producción y circulación de bienes y servicios. Sin embargo, el mérito se concentra en la reapertura del debate teórico y político sobre los límites del capitalismo y la posibilidad de la superación en sentido anticapitalista, antiimperialista, anticolonial, con sentido plurinacional y pluricultural, contra el patriarcado y el racismo. En definitiva, la búsqueda de la superación no sólo de la hegemonía estadounidense en la región y en el mundo, sino la posibilidad de discutir un nuevo orden mundial, tal como sugirió Cuba desde 1959 y se insinuó desde el movimiento popular en el Foro Social Mundial del 2001 para soñar con otro mundo posible.

Ante la extensión del cambio político regional, EE.UU. generó condiciones para volver a disputar su presencia en la región y a una década de eliminado de la agenda de debate el proceso de creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), crece la perspectiva de la Alianza del Pacífico, para reinstalar el programa liberalizador en la región. Al mismo tiempo se estimulan procesos de restauración política favorable al orden de liberalización, casos emblemáticos ocurrieron en Honduras y Paraguay, y se acelera un proceso desestabilizador y de injerencia creciente en Venezuela para contrarrestar la influencia de la revolución bolivariana que asociada a la experiencia cubana y otros procesos de cambio en la región estimulan una perspectiva antiimperialista que es estudiada con atención en todo el mundo.

Se trata de una ofensiva de EE.UU. en la región para asegurar su papel desde el continente americano en momentos de crisis mundial y disputa de la hegemonía capitalista. El desafío no es sólo para EE.UU., sino para la región, que necesita afirmar sus postulados más radicalizados por el cambio de las relaciones sociales de producción para enfrentar la situación de crisis y contribuir no sólo a superar la hegemonía de EE.UU. en el sistema mundial, sino a impugnar y transformar el propio sistema capitalista. La lucha contra la dependencia capitalista sigue siendo un programa a sustentar contra la ofensiva capitalista y de EE.UU. iniciada hace cuatro décadas. Es un imperativo que despliega la iniciativa popular en este comienzo del siglo XXI.



por **ARIEL ARMONY**. *Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Pittsburg. Director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Pittsburg.*



PARA SER EFECTIVOS, LOS PROYECTOS GLOBALES REQUIEREN UNA NARRATIVA CONVINCENTE. DURANTE EL SIGLO XX LA NARRATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS SE BASÓ EN LOS VALORES DE DEMOCRACIA Y LIBERTAD COMO BIENES UNIVERSALES. EN EL NUEVO SIGLO ESA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA SE VE AMENAZADA POR DISTINTOS FACTORES Y LA EMERGENTE CHINA EMPIEZA A PLANTEAR UNA NARRATIVA DIFERENTE, BASADA EN LAS NOCIONES DE DIVERSIDAD, IGUALDAD E INCLUSIÓN. RIESGOS Y OPORTUNIDADES PARA LA REGIÓN EN UN MUNDO EN CONSTANTE CAMBIO.

ESTADOS UNIDOS, CHINA Y LAS NUEVAS NARRATIVAS DE PODER

En un reciente editorial en el *New York Times*, Edward Snowden, ex miembro de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y ex consultor de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de los Estados Unidos, escribe que “pocos hubieran imaginado, al inicio del nuevo milenio, que los ciudadanos de las democracias desarrolladas se verían rápidamente obligados a defender el concepto de una sociedad abierta frente a sus propios líderes”. Snowden se ha transformado en elocuente portavoz de un valor que se impone como el eje central de la nueva narrativa de Occidente: el derecho a la privacidad. Este mensaje tiene un fuerte atractivo para una generación “post-terror”, como la define Snowden, que “se resiste a una con-

cepción del mundo definida por una única tragedia”, refiriéndose al 11 de septiembre de 2001. Snowden no habla de democracia. Habla de privacidad. El punto es absolutamente claro. Las encuestas de opinión pública muestran una fuerte preocupación por parte de los ciudadanos con respecto a la recolección de datos personales, sin su consentimiento. El énfasis en el derecho a la privacidad podría estar definiendo una nueva narrativa que distingue a los Estados Unidos, la Unión Europea e incluso Brasil, de países como China y Rusia. Para ser efectivos, los proyectos globales requieren algo mucho más importante que el poderío militar y económico: necesitan una narrativa convincente. Por ello los discursos de potencias globales y de países con proyección de liderazgo global cumplen



un papel fundamental. Por ejemplo, la segunda mitad del siglo veinte marcó el apogeo de un proyecto global definido por los Estados Unidos, cuya narrativa estuvo articulada alrededor del concepto de democracia. Este proyecto, entendido como la construcción de una retórica cuyo objetivo es legitimar la acción, ha perdido lustre en el siglo veintiuno. Está por verse si una narrativa construida en base al derecho a la privacidad podrá darle un nuevo brillo y generar suficiente tracción como para atraer una masa crítica de seguidores en Occidente.

Esta discusión es pertinente para Latinoamérica en un momento en que la región busca encontrar su posición en el mundo, inclinándose hacia el Pacífico en función de las oportunidades que presenta China y el resto de Asia. América latina se encuentra disponible para ser cortejada por una nueva narrativa que le indique una forma de pertenencia en el marco global.

Obviamente, si hay que mirar en algún lado es hacia la República Popular China, la potencia emergente del Pacífico. Sin embargo, a diferencia de los Estados Unidos, China no tiene aún una narrativa propia. En la *Weltanschauung* norteamericana, es el amor propio lo que da raíces a la idea de una nación destinada a promover la democracia y la libertad como bien universal. China no cuenta aún con una narrativa que pueda ser equivalente al modelo norteamericano de “interés propio ilustrado”.

Al asignarse la autoridad moral para proteger la democracia y la libertad en el mundo, Estados Unidos conformó un discurso brillante que justificaba cualquier tipo de acción en pos de esos valores. Por ejemplo, la cruzada anticomunista de Ronald Reagan en Centroamérica en los años ochenta aglutinó las fuerzas más brutales y antidemocráticas del continente bajo la consigna de defender la democracia y los valores republicanos. Replicar tamaña ficción no es sencillo. El liderazgo chino lo sabe porque ha aprendido mucho de Washington.

China está intentando construir un proyecto de un alcance extraordinario: su justificación como poder global. Lo que está en juego no es tanto el “poder duro” de China sino su propósito y dirección como líder a nivel mundial.

En general, los expertos sostienen que la estrategia de proyección global de China es pragmática, enfocada fundamentalmente en su proceso de crecimiento económico. En el caso de América latina y el Caribe el objetivo principal de Beijing sería garantizar los insumos para alimentar dicho crecimiento y asegurar nuevos mercados. Este análisis es correcto, pero parcial: el pragmatismo chino requiere de una visión política que le dé sustento.

El poder, como sabemos, no se construye únicamente con recursos económicos o militares. China ha avanzado notablemente en esas dimensiones. Le toca ahora crear una narrativa de legitimidad que pueda generar tanto influencia como respeto. Debe ser una narrativa persuasiva, apuntada a promover la idea de un bien universal, pero que no invoque una “misión civilizadora” que podría equipararse con un proyecto neocolonialista.

China ha desarrollado una retórica que expresa una conexión con los intereses y aspiraciones de otros países en desarrollo sin desafiar el paradigma global existente, aún centrado en el modelo establecido en el siglo veinte. Hasta el momento, la retórica y su aplicación práctica (inversión en infraestructura, créditos de todo tipo y demás) han seguido un esquema de promoción del desarrollo en el que, según Beijing, ganan las dos partes.

El Partido Comunista Chino tiene muy claro que, para alcanzar sus aspiraciones globales, China debe convertirse en algo más que un modelo de desarrollo económico. No es suficiente generar admiración; es necesario crear empatía, un sentido de destino común.

Durante el siglo veinte, Estados Unidos fue la fuerza dominante de la narrativa democrática. Basado en la noción de democracia y libertad como bien universal, Estados Unidos se asumió como líder mundial para un humanitarismo que se presentó como una herramienta moral, aunque obviamente contenía objetivos económicos y políticos. La Guerra Fría, entendida como confrontación política de proyectos ideológicos, constituyó un marco perfecto para este proyecto hegemónico. Al terminarse la Guerra Fría y al desaparecer el comunismo soviético, los Estados Unidos quedaron como el único superpoder con una

narrativa de alcance global. Sin embargo, en el siglo veintiuno, el brillo de esa narrativa se ha diluido considerablemente. Ya nadie se entusiasma demasiado con el discurso democrático, al que vemos como un artilugio vacío. Hay que remozar el discurso o esperar que surja una nueva narrativa.

Una medida del auge de China como potencia global es la creciente fricción entre la narrativa democrática e individualista de Estados Unidos y las posiciones de Beijing.

Claramente, los valores que afirma la versión norteamericana de democracia y libertad no sirven para China. Pero en lugar de continuar atacándolos, Beijing está diseñando una estrategia de gran astucia. Y en esa estrategia, América latina tiene un papel importante.

China nos propone crear un orden internacional más justo, razonable y equitativo, guiado por los nuevos actores que mueven la economía mundial. Ahora bien, ¿qué significa un orden más justo, razonable y equitativo? No es sencillo desentrañar las características de este orden en la política global de China, pese a que muchos lo leen como la creación colectiva de un orden alternativo al del llamado “Consenso de Washington”, junto con la primacía de valores neoliberales. Por lo pronto, Beijing suscribe a la necesidad de reorganizar las instituciones internacionales, sin derrumbar el edificio existente. Este es el primer punto que define la agenda global que China pone sobre la mesa. El Nuevo Banco de Desarrollo y el Acuerdo de Reservas de Contingencia de los BRICS constituyen un ejemplo de “pasos importantes para la remodelación de la arquitectura financiera global”, utilizando las palabras de la presidenta Dilma Rousseff. Aún queda por ver, sin embargo, si este tipo de iniciativa tendrá el impacto esperado. Este trazado no viene solo. El otro lado de la moneda es fundamental, porque es la mezcla que permite pegar los ladrillos. Más que erigir instituciones, requiere la construcción de un nuevo imaginario. China propone al mundo en desarrollo regresar a sus verdaderos valores. Esta noción se construye en función de dos conceptos que articulan el mensaje que promueve Beijing y que el presidente Xi Jinping presenta en sus visitas de Estado. Primero, la idea de civilización. Segundo, la idea de desagravio. Al privilegiar la noción de civilización, el liderazgo comunista pone el énfasis en tres conceptos: diversidad, igualdad e in-



Durante el siglo veinte, Estados Unidos fue la fuerza dominante de la narrativa democrática. Basado en la noción de democracia y libertad como bien universal, Estados Unidos se asumió como líder mundial para un humanitarismo que se presentó como una herramienta moral, aunque obviamente contenía objetivos económicos y políticos.

clusión. La diversidad de civilizaciones avala su igualdad y su derecho a una inclusión justa en el orden internacional. Según la perspectiva china, las diferencias entre civilizaciones no son necesariamente una fuente de conflicto, tal como lo señalaba Samuel Huntington. Para Beijing, afirmar que la política global está dominada por el choque de civilizaciones es una forma de justificar una estrategia norteamericana que promueve la occidentalización y la contención de los Estados islámicos y confucianistas.

El orden jerárquico que ha marcado la política exterior de los Estados Unidos, basado en una arraigada percepción de inferioridad hacia regiones como Latinoamérica, no tiene sustento bajo el marco de un mundo pensado como una suma positiva de civilizaciones. El mensaje quedó muy claro cuando el presidente Xi visitó las pirámides mayas de Chichén Itzá en ocasión de su viaje a México en 2013. Como señaló Xi Jinping, “China y México son civilizaciones milenarias y grandes poderes culturales”. Es imposible decir ambas cosas de los Estados Unidos. Y aunque quisiera decirlo, ¿desde dónde lo haría? ¿Desde el Googleplex en Mountain View, California?

Hablar de civilizaciones no es simplemente un recurso retórico. Es una manera de cambiar la perspectiva, planteando un marco temporal muy distinto al del estado-nación o régimen político. ¿Qué son doscientos años de independencia republicana frente a seis milenios de identidad cultural? ¿O cuatro décadas de democracia, en esta última “ola” de democratización nacida en los setenta? Esto es significativo para los latinoamericanos porque nos confronta con una cuestión primordial: ¿cuáles son nuestros verdaderos valores?

La pregunta va directo al corazón de las nociones de democracia y derechos humanos. China nos plantea: ¿son estos los valores que definen la identidad latinoamericana? Sería muy sencillo rechazar la pregunta de plano, pero está enmarcada en una narrativa que toca fibras sensibles. China nos dice, a los latinoamericanos, que tenemos algo muy importante en común con ellos: hemos sido víctimas de poderes extranjeros. Nos han colonizado, humillado e impuesto valores ajenos. Beijing tiene claro que el Estado debe sustentar las normas y, a su vez, los derechos de sus ciudadanos. El Estado debe ser capaz de proteger

Beijing suscribe a la necesidad de reorganizar las instituciones internacionales, sin derrumbar el edificio existente. Este es el primer punto que define la agenda global que China pone sobre la mesa. El Nuevo Banco de Desarrollo y el Acuerdo de Reservas de Contingencia de los BRICS constituyen un ejemplo de “pasos importantes para la remodelación de la arquitectura financiera global”.

a sus ciudadanos de la depredación de otros Estados. Cuando un poder colonizador somete o subyuga a un Estado débil, este último ya no puede brindar la protección que sus ciudadanos se merecen. Esta racionalidad, presente en la memoria colectiva de décadas de humillación y explotación, es fundamental para Beijing. El Estado chino se ocupa de recordar este mensaje a sus ciudadanos constantemente.

La nueva narrativa china sugiere: ¿no será que la democracia y los derechos humanos son una forma de sumisión, es decir, valores que nos forzaron a tomar como nuestros? ¿No será que nos olvidamos que somos una conjunción de grandes civilizaciones? ¿No será tiempo de volver a los valores propios, que habrá que desentrañar mirándonos a nosotros mismos?

Para China, es tiempo de desagravio.

Estas preguntas pueden ser peligrosas. Pero ignorarlas puede ser aún más peligroso. Para bien o para mal, el desinfe de la narrativa del siglo veinte sostenida por los Estados Unidos y la creciente influencia de China en América latina amplifican la resonancia de estas cuestiones.

Es ingenuo pensar que China representa una amenaza a la democracia en América latina, simplemente porque el modelo económico chino pueda ser objeto de admiración en varios países de la región. Es errado pensar que el modelo político chino podría venir de la mano del modelo económico. Esto no quita que la narrativa que China está desarrollando tenga elementos atractivos para Latinoamérica, especialmente a nivel internacio-

nal. Sin embargo, al mismo tiempo, contiene ideas que pueden erosionar las bases institucionales de estos países.

Está por verse si la proyección de China en América latina consigue afirmar dos valores importantes que la diferenciarían de Estados Unidos. En contraste con la dicotomía característica de Washington (aliado o enemigo), China parece avalar la moderación y, por ende, un modelo de relación marcado por los clarososcuros. A su vez, China podría avanzar una agenda de complementariedad enfocada en el conjunto de valores que ambos lados tienen en común. Pero claro, esto requiere que la relación no sea definida sólo por Beijing. ¿Existe una visión latinoamericana de la relación que se quiere construir con China? Esta es una pregunta clave, urgente, para la región.

A China le falta recorrer un largo camino antes de encontrar su propia justificación como poder global. Pese a que la respuesta pública de cualquier vocero chino (del gobierno o la academia) sea que China no pretende erigirse en poder global, la realidad que se confiesa en los pasillos es que se trata de una trayectoria ineludible. Nos guste o no, a los latinoamericanos, estemos donde estemos, nos debe preocupar esta cuestión.

Las perspectivas de una relación más creativa con Estados Unidos son pocas. China hace negocios e invierte en Latinoamérica. Pero detrás de los negocios y las inversiones viene la política pensada como gran estrategia. Es en nuestro interés desentrañar esa agenda para comenzar a darnos cuenta de dónde estamos parados.

En general, los expertos sostienen que la estrategia de proyección global de China es pragmática, enfocada fundamentalmente en su proceso de crecimiento económico. En el caso de América latina y el Caribe el objetivo principal de Beijing sería garantizar los insumos para alimentar dicho crecimiento y asegurar nuevos mercados.



LOS ROCES Y DIFERENCIAS EN TORNO A LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS, COMERCIALES Y FINANCIERAS NO SON NUEVOS. EL CARÁCTER NO COMPLEMENTARIO DE LAS ECONOMÍAS, SUMADO A LA NO ACEPTACIÓN POR PARTE DE WASHINGTON DE ACTOS SOBERANOS DE NUESTRO PAÍS Y EL RESTO DE LA REGIÓN, MARCÓ EL RITMO DE LAS RELACIONES. ES HORA DE QUE LOS GOBIERNOS LATINOAMERICANOS ABANDONEN ESTA LÓGICA Y SE CONSTITUYAN EN UN EJE ALTERNATIVO AL PROYECTO DE ESTADOS UNIDOS. LA UNASUR O LA CELAC PUEDEN SER EL MEJOR INSTRUMENTO PARA LOGRARLO.

LA ARGENTINA Y ESTADOS UNIDOS: LAS CONFLICTIVAS RELACIONES ECONÓMICAS





por **MARIO RAPOPORT**. *Profesor Emérito UBA. Director de la Maestría en Historia Económica, FCE, UBA. Director del IDEHESI.*

por **LEANDRO MORGENFELD**. *Profesor de la UBA. Investigador del CONICET en el IDEHESI.*

E

El 3 de abril, una semana antes de la Cumbre de las Américas de Panamá, la subsecretaria de Estado Roberta Jacobson lanzó duras críticas al modelo económico argentino: “La Argentina, que no es un país del ALBA, está en muy mala forma. Es un ejemplo de por qué ese modelo económico no funciona”. Al mismo tiempo se conoció un informe de la administración estadounidense –USTR– que destacó las supuestas falencias de la política económica argentina: se refirió a las trabas comerciales –restricción de las importaciones–, a las limitaciones para operar con divisas y al desaliento a las inversiones privadas. Es decir que se volvió a la vieja prédica (neo)liberal, exigiendo apertura económica, desregulación del mercado cambiario y facilidades al capital extranjero. Al día siguiente de las declaraciones de Jacobson se conoció un comunicado de respuesta por parte de la Cancillería argentina, en el cual se señala que a diferencia de Estados Unidos de Norteamérica, la República Argentina no suele opinar sobre políticas ajenas de orden local, “aunque sí critica y seguirá criticando la injerencia en los asuntos internos de otros países”. Ese texto de la Cancillería argentina explica que el colapso financiero internacional se inició en 2007 cuando “el mercado hipotecario de Estados Unidos mostró una violenta contracción que empujó a la economía globalizada a la peor recesión desde la Gran Depresión de los años ‘30”; debido a la “feroz e irresponsable desregulación financiera llevada adelante por las autoridades de Estados Unidos”. El documento concluye recordando que “a diferencia de lo ocurrido durante la neoliberal década de los ‘90, Argentina hoy reafirma que es un país soberano que decide sus propias políticas en función de los intereses de su pueblo, y no buscando ser el mejor alumno de los EE.UU. Evidentemente, hay quienes extrañan la época de las ‘relaciones carnales’”. Estos roces bilaterales y diferencias en torno a las políticas económicas, comerciales y financieras no son nuevos, sino que tienen una larga historia, producto del carácter no complementario de ambas economías y de los intentos de Washington de no aceptar actos soberanos de nuestro país, como ocurre actualmente.

En casi doscientos años, desde el reconocimiento de la independencia del Río de la Plata por parte de los Estados Unidos, las relaciones comerciales con la potencia del norte fueron muy poco

complementarias y en ocasiones altamente conflictivas. Estados Unidos casi nunca dejó que los productos argentinos entraran en sus mercados mientras que la Argentina se fue haciendo cada vez más dependiente de las importaciones de aquel país, sobre todo en lo que se refiere a bienes de capital con alto contenido tecnológico e insumos industriales. Por ejemplo, ya antes de 1914, como señala Alfred E. Eckes, un experto estadounidense en el tema, “los granjeros norteamericanos se quejaban de problemas en el acceso a las exportaciones. Con las mejoras en los fletes y las comunicaciones, se incrementó la competencia en el mercado europeo de oferentes como Australia, Argentina, Canadá y Rusia, en *commodities* tales como harina y trigo. Entonces, los asuntos de seguridad y las presiones políticas de los granjeros contribuyeron a aplicar medidas más proteccionistas”. Hace más de un siglo que los grandes productores agropecuarios del país del norte presionan al Capitolio y a la Casa Blanca para impedir la competencia de bienes primarios provenientes de la Argentina. Se pueden citar varios ejemplos de vieja data

respecto de las dificultades que encontró nuestro país para exportar a los Estados Unidos.

Hacia 1867, tras la Guerra Civil, el Congreso norteamericano cerró virtualmente la importación de lanas argentinas al dictar la ley de Lanasy Manufacturas de Lanasy. Este producto era el rubro principal dentro de la estructura exportadora de la época y Estados Unidos absorbía una cuarta parte de las colocaciones argentinas. Esta medida llevó a la quiebra a muchos productores y debieron sacrificarse millones de ovejas. Este fue uno de los reclamos de Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana, en la Primera Conferencia Panamericana (Washington, 1889-1890), cuando Estados Unidos pretendió establecer una unión aduanera continental.

En 1921, el presidente norteamericano W.H. Harding pidió al Congreso una ley de emergencia tarifaria señalando: “Creo en la protección a la industria norteamericana y es nuestro propósito que Norteamérica prospere primero”. En consecuencia, en 1922, se promulgó el arancel (*Tariff Act*) Fordney-McCumber, que re-

presentaba volver a los niveles de protección previos a la Primera Guerra Mundial y afectaba entre otras cosas el comercio de carnes, cereales y frutas.

A pesar de que a mediados de la década de los '20 el mercado norteamericano no era muy importante para las exportaciones de nuestro país, en ese momento era el principal proveedor de bienes industriales de la Argentina, formando un triángulo económico y financiero con Inglaterra, donde aquellos bienes con productos de nueva tecnología, como los automóviles, el petróleo, las comunicaciones, las medicinas y otros financiados en gran parte con préstamos, desplazaron a los viejos productos británicos, como el carbón y el hierro. De ese modo se formó un comercio triangular en el cual los déficits con Washington se contraponían con los superávits con Gran Bretaña, nuestro mercado principal, a quienes vendíamos primordialmente productos agropecuarios no a cambio de inversiones sino de intereses y dividendos de sus empresas instaladas en el país.

Por otra parte, en septiembre de 1926, el Departamento de

Las diferencias bilaterales no se saldrán con estrategias de alineamiento o seducción. Es hora de abandonar la idea de que el mejor horizonte posible para la Argentina o cualquier otro país latinoamericano es constituirse como satélite privilegiado de la potencia de turno.

Agricultura de los Estados Unidos restringió más su comercio de exportación, emitió una disposición por la cual se prohibía la entrada de carnes frescas o refrigeradas de regiones con aftosa, perjudicando especialmente a la economía argentina cuyas principales zonas ganaderas se consideraban afectadas por esta enfermedad aun cuando muchos de esos productos eran aceptados en Inglaterra y Europa continental. Londres no aplicó las mismas políticas que el país del norte, en tanto esto hubiese perjudicado seriamente su economía doméstica, que podía resultar afectada por un aumento del costo de vida. Lo que ocurrió en Estados Unidos es que se impusieron los intereses del *Farm Bloc* (bloque agrícola), que pretendían y lograron evitar la competencia de la carne argentina. En este episodio encuentra su justificativo el lema de “comprar a quien nos compra” enarbolado por la Sociedad Rural Argentina, que constituye el primer antecedente del acuerdo comercial más importante firmado por la Argentina en la década siguiente: el controvertido Tratado Roca-Runciman. El déficit crónico con Estados Unidos del que habla la subsecretaria Jacobson y que tanto le preocupa tiene su origen en disposiciones como esta, que luego se continuaron en el futuro.

En diciembre de 1930, siguiendo cronológicamente los acontecimientos que marcan las relaciones económicas entre los dos países, luego de la caída de Wall Street, el Congreso norteamericano instrumentó la ley arancelaria Smoot-Hawley, que impuso las tarifas aduaneras más altas en la historia de los Estados Unidos. En consecuencia, las exportaciones argentinas a Estados Unidos se redujeron casi un 75% entre 1929 y 1931. Hubo así en el país una considerable agitación pública contra Washington. De acuerdo con esa ley arancelaria, las tarifas promedio llegaron al 59,1% en 1932.

Más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial, a raíz de la posición de neutralidad argentina en la guerra, pero incluso luego de romper relaciones con el Eje, el gobierno de Washington aplicó severas sanciones económicas al país, procurando su aislamiento en el mundo, con la aplicación, entre otras cosas, de dos embargos de oro y bienes argentinos en Estados Unidos.

Otro incidente sucedió durante la implementación del programa de reconstrucción europea en la posguerra (el llamado “Plan Marshall”), ya que los países latinoamericanos tenían la expectativa de participar como proveedores de productos agropecuarios. No obstante, ninguno de ellos pudo incorporarse, ya que

Estados Unidos, cuyo poder en la orientación de las compras era determinante dado que proveía las divisas, no autorizó la concreción de tales negocios, que perjudicaban la colocación de sus excedentes agrarios. Una vez más, el *lobby* agropecuario borró de un plumazo las ilusiones argentinas.

Ante la crisis mundial, y luego, en la posguerra, como parte de su prédica de libre comercio, se reemplazaron los aranceles por cuantiosos subsidios agrícolas, que se triplicaron en la última década del siglo XX. El proteccionismo estadounidense abandonó la clásica forma de las barreras arancelarias, pero se mantuvo vigente de una manera distinta.

En los últimos años, Washington había dado claras señales de que iba a disminuir esos subsidios (haciéndolos menos distorsivos) y se esperaba que, en el marco de la Organización Mundial del Comercio (OMC), los redujera. Pero esto no ocurrió, se empantanaron las negociaciones y hasta cayeron acuerdos como el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), por la negativa estadounidense a dismantlar el proteccionismo vía subsidios agropecuarios. En cambio, la situación empeoró en forma considerable con la aprobación por parte del gobierno de George W. Bush (h) de una nueva Ley Agrícola (*Farm Bill*), en la que se profundizaron las medidas de apoyo al sector agropecuario norteamericano. Esta nueva ley significó un giro de 180 grados en comparación con la vieja ley, *Fair Act*, que rigió entre 1996 y 2002. La *Fair Act* buscaba que los agricultores decidieran qué producir, cómo producir y en qué cantidad producir teniendo en cuenta los precios del mercado y no los incentivos que otorgaba el gobierno. La nueva legislación se apartaba considerablemente de dicho enfoque, ya que procuraba garantizar niveles de rentabilidad mínima para la producción sectorial, más desprendidos de las señales del mercado.

Esta ley agrícola fue aprobada el 13 de mayo de 2002, teniendo como objetivo reemplazar a la ley de 1996. Entró en vigencia a partir de septiembre del mismo año, autorizando un gasto estimado superior a los 100.000 millones de dólares (o 19.000 millones anuales), y representaba un incremento en el monto de los subsidios del 70% con respecto a la ley anterior de 1996 (51.700 millones).

En resumen, Estados Unidos es el principal productor agrícola del mundo y, a la vez, un gran exportador. En consecuencia, juega un papel clave en la formación de los precios internacionales y, de este modo, cualquier distorsión que se genere en su



Es hora de abandonar la idea de que la función de gobiernos de países como el nuestro es dar garantías a las empresas transnacionales y a los fondos de inversión. Para tomar medidas soberanas, como la anulación de contratos cuando se incumplen las cláusulas, es necesario salir del CIADI.





Estos roces bilaterales y diferencias en torno a las políticas económicas, comerciales y financieras no son nuevos, sino que tienen una larga historia, producto del carácter no complementario de ambas economías y de los intentos de Washington de no aceptar actos soberanos de nuestro país.

mercado tiene amplias repercusiones en los mercados mundiales y afecta a numerosos países, en este caso particularmente al nuestro.

La actual negativa a habilitar el ingreso de carnes y limones argentinos con la excusa de medidas sanitarias, no es más que la vieja práctica de proteger a los grandes productores agropecuarios norteamericanos. Y explica, en parte, por qué la balanza comercial bilateral favoreció en el último año a Washington por más de 6.000 millones de dólares, a pesar de las quejas de su gobierno por la regulación argentina de sus importaciones. Es más, la Argentina es uno de los pocos países con los cuales Estados Unidos tiene en la actualidad un comercio superavitario.

En los últimos años otra controversia económica bilateral giró en torno al CIADI. Surgido como tribunal arbitral para dirimir controversias entre los inversores extranjeros y los Estados adheridos, representa un caso de renuncia a la soberanía nacional. A través de él, bancos, multinacionales y operadores financieros tratan de proteger sus intereses en países periféricos.

A comienzos del siglo XX las doctrinas Calvo y Drago procuraron defender el sistema legal argentino con respecto al capital o a residentes extranjeros, ante pretendidas excepciones a la jurisdicción interna o el intento compulsivo del cobro de deudas de naciones latinoamericanas por parte de acreedores europeos. No por casualidad en los años '50 surgió una idea opuesta en las economías centrales: crear una institución (el CIADI) para amparar a sus empresas en casos como la expropiación de compañías petroleras en Irán, la nacionalización del canal de Suez, el intento de reforma agraria que afectó a la United Fruit Com-

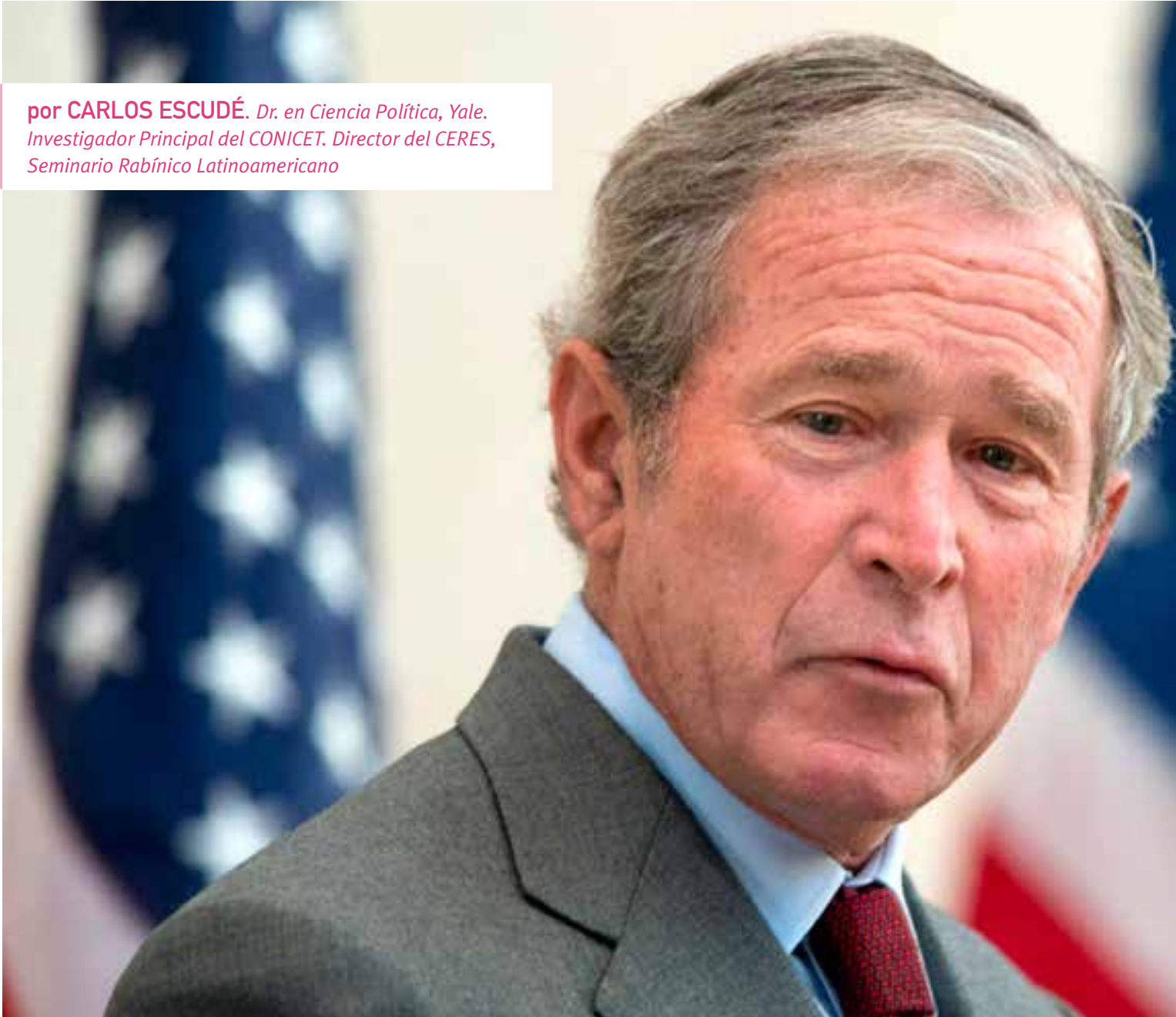


pany en Guatemala (tras lo cual se derrocó al presidente Jacobo Arbenz), etcétera. Esa institución fue fundada finalmente en 1965 como una dependencia del Banco Mundial. La Argentina adhirió a él en 1994, en plena furia privatista. Tras la salida de la convertibilidad sufrió el récord mundial de demandas en este organismo (por 17.000 millones de dólares), que por supuesto falló siempre en favor de las empresas transnacionales. A pesar de que la mayoría de las compañías que actualmente litigan contra la Argentina incumplieron sus contratos, dejando a miles de familias sin servicios básicos esenciales, logran a través de este tipo de “tribunales” indemnizaciones multimillonarias. Es hora de abandonar la idea de que la función de gobiernos de países como el nuestro es dar garantías a las empresas transnacionales y a los fondos de inversión. Para tomar medidas soberanas, como la anulación de contratos cuando se incumplen las cláusulas, es necesario salir del CIADI. Venezuela, Ecuador y Bolivia ya lo hicieron. Y Brasil, un país que nunca dejó de recibir inversiones, jamás adhirió a este organismo. Más que cargar las tintas sobre los incumplimientos argentinos de fallos aberrantes, es necesario debatir en el ámbito de la Unasur y la CELAC retirarse en forma conjunta de este “tribunal” creado en exclusivo beneficio del gran capital de las potencias centrales, y contra las atribuciones soberanas de los Estados de los países periféricos. Otro tanto puede señalarse en relación con la disputa con los *fondos buitres*. El gobierno de Estados Unidos, lejos de apoyar la posición del gobierno argentino, dejó avanzar a un juez de Nueva York que pone en peligro la reestructuración de la deuda, y futuras renegociaciones que pretendan implementar otros países

acosados por la aplicación de las recetas neoliberales emanadas desde los centros financieros internacionales. Luego, avaló también la resolución de este juez, que declaró al país en desacato. La Argentina viene librando una batalla internacional contra esos fondos, en la cual logró la solidaridad de muchos países que acompañan el planteo de que es necesario regularlos. En distintos foros regionales se viene exigiendo que se limite la capacidad de estos especuladores de poner en riesgo las reestructuraciones de la deuda, como la que Argentina logró con más del 90 por ciento de los acreedores.

Las disputas económicas entre la Argentina y Estados Unidos –en torno a temas financieros, comerciales y monetarios–, en la historia y en la actualidad, remiten a algunos de los principales conflictos entre las potencias centrales y los países emergentes. Las diferencias bilaterales no se saldarán con estrategias de alineamiento o seducción. Es hora de abandonar la idea de que el mejor horizonte posible para la Argentina o cualquier otro país latinoamericano es constituirse como satélite privilegiado de la potencia de turno. Muchos gobiernos, incluidos los argentinos, suelen olvidar sus posiciones en favor de la autonomía cuando aparecen promesas de Estados Unidos de otorgar concesiones comerciales o financieras. Los países latinoamericanos, por el contrario, están llamados a potenciar un eje alternativo al proyecto de Estados Unidos de consolidar su hegemonía en el Hemisferio Occidental. Las instancias de coordinación política, como la Unasur o la CELAC, pueden ser un instrumento adecuado para ampliar la autonomía y superar la histórica fragmentación regional.


por **CARLOS ESCUDÉ**. *Dr. en Ciencia Política, Yale.
Investigador Principal del CONICET. Director del CERES,
Seminario Rabínico Latinoamericano*



NO EXISTEN EVIDENCIAS DE QUE IRÁN HAYA SIDO RESPONSABLE DE NINGUNO DE LOS DOS GRANDES ATENTADOS TERRORISTAS PERPETRADOS EN LA ARGENTINA. SIN EMBARGO, LA PRIORIDAD NORTEAMERICANA E ISRAELÍ ERA DESPRESTIGIAR Y AISLAR AL RÉGIMEN DE TEHERÁN. DESCUBRIR LA VERDAD LES IMPORTABA POCO Y NADA. UN RELATO SOBRE UNA INVESTIGACIÓN QUE ESTÁ LEJOS DE CERRARSE.

¡Y LUIS D'ELÍA TENÍA RAZÓN...! EL TRIÁNGULO ARGENTINA- ESTADOS UNIDOS- IRÁN





En realidad, no existen evidencias de que Irán haya sido responsable de ninguno de los dos grandes atentados terroristas perpetrados en la Argentina. La acusación de que el atentado contra la AMIA fue planeado por Rafsanjani y sus ministros parece fraudulenta.

Introito

En noviembre de 2006, nueve meses después de su nombramiento como Subsecretario de Tierras para el Hábitat Social del gobierno de Néstor Kirchner, el dirigente social Luis D'Elía fue sacudido por una noticia: el fiscal Alberto Nisman había pedido una orden de captura contra el expresidente iraní Akbar Hahse-mi Rafsanjani.

D'Elía consultó primero con el embajador de Venezuela, Roger Capella. Luego, acompañado por el diputado provincial Juan Cantuelo (Buenos Aires), el funcionario anunció que se ponía del lado de Irán. Se reunió con el encargado de negocios de ese país, Mohsen Baharvand, y le entregó una carta que decía:

“El dictamen judicial que acusa a la República de Irán por el tema AMIA está profundamente contaminado por circunstancias mundiales ajenas a la búsqueda de la verdad. [...] La pretensión de Estados Unidos e Israel no parece tener como prioridad esclarecer lo de la AMIA, sino que Argentina rompa relaciones con Irán para tratar de aislarla internacionalmente [...]”.

Documenté estos hechos en un artículo que publiqué en 2009 en *EIAL*, una revista académica de la Universidad de Tel Aviv. Antes y después, mucha agua corrió bajo el puente. Entre otras cosas:

- ▶ Interpol aceptó seis de las nueve “alertas rojas” solicitadas por Nisman, librando en 2007 órdenes de detención para un libanés y cinco iraníes. Entre los últimos hay dos exandidatos a presidente, un exministro de Inteligencia y un exministro de Defensa.
- ▶ A lo largo de los años siguientes, la causa siguió sin avanzar, como antes, durante los gobiernos de Menem, De la Rúa y Duhalde.
- ▶ En 2013 la Argentina e Irán firmaron el memorándum que proponía la indagación en Irán de los imputados, ya que Teherán jamás los extraditaría.
- ▶ En 2015 el fiscal Nisman acusó penalmente a la Presidenta y el canciller argentinos de brindar impunidad a los iraníes a través del memorándum, y
- ▶ También en 2015, el fiscal argentino apareció muerto en extrañas circunstancias.

Siempre pensé que haber pedido la detención de estadistas tan encumbrados, en vez de limitar la acción de Interpol a personajes menores como Mohsen Rabbani (el agregado cultural iraní, acusado de haber comprado la Trafic que supuestamente se usó como coche-bomba), era la mejor forma de no conseguir nada. Además, ¿cómo podían existir pruebas válidas que vincularan un atentado en Buenos Aires a la cúpula de la teocracia persa? No obstante, me dejé embaucar. Creí que existía evidencia *de algún tipo* de involucramiento iraní. Me parecía tan obvio como que Hitler fue un demonio.

Para quienes recuerden que fui asesor de Guido Di Tella, aclaro que desde 1996 yo venía denunciando públicamente la obstrucción de la Justicia perpetrada por Carlos Menem y el banquero que presidía la DAIA, Rubén Beraja. Lo hice en discursos para Memoria Activa y en alguna entrevista con el *Miami Herald*, en pleno menemato. Pero nunca tuve dudas acerca de la responsabilidad de Irán.

Nisman: un cazador de presidentes

Producida la muerte de Nisman, sin embargo, decidí pasar a una acción investigativa casi policial. Me llamaba la atención la ausencia de pruebas y el exceso de conjeturas en la denuncia del fiscal contra Cristina Fernández de Kirchner. También me sorprendía una curiosa reiteración: Nisman había intentado poner presos a tres presidentes: Rafsanjani (en 2006), Menem (en 2008) y CFK (en 2015). No un presidente, como cuadraría a la ambición de cualquier fiscal que se precie, sino tres.

En verdad, Nisman fue en vida un auténtico cazador de elefantes. ¿Y si además se había dejado tentar con la posibilidad de participar en el gran juego de la geopolítica mundial, subordinando la búsqueda de la verdad en la causa AMIA a objetivos “más importantes”, como el de frenar a Irán, polo de un eje del mal? La pregunta conmovía los cimientos de mi fe en Occidente. Que la pulsión narcisista de Nisman, de ir tras presidentes, hubiera tenido como etapa intermedia a la caza de Carlos Menem, era significativo debido a la filtración de información secreta muy embarazosa sobre ese pedido de procesamiento. Gracias a Wikileaks, conocí detalles sabrosos acerca de esa acusación y sus repercusiones a puertas cerradas. Fueron aportados por un cable confidencial del 29 de mayo de 2008 (código 08BUENOS AIRES739_a), enviado por la embajada norteamericana a la CIA y al Departamento de Justicia de los Estados Unidos.

Allí se cuenta cómo Nisman explicó a los norteamericanos sus razones para imputar a Menem por obstrucción de la Justicia. Los estadounidenses manifestaron preocupación ante la posibilidad de que esa medida disipara la atención respecto de Irán, y el fiscal intentó convencerles de que eso no ocurriría. No tuvo éxito: según el escriba de la embajada, la “defensa” de Nisman sonaba “hueca”. El fiscal pedía el procesamiento de Menem porque sospechaba que había protegido a Alberto Kanoore Edul, a su vez sospechado de facilitar la logística local del atentado. Pero Nisman no pudo proveer a los norteamericanos prueba más convincente acerca del involucramiento del exmandatario que conjeturas acerca de la lealtad que este habría creído deber a una persona que, tres generaciones atrás, provenía de la misma aldea siria que sus propios antepasados. Y ese vínculo ancestral ni siquiera estaba probado. Con ironía, el escriba yanqui apuntó “interesante” frente al discurso de Nisman respecto de la generosidad de Menem con sus “amigos”.

El fiscal también conjeturó que la amplitud del encubrimiento de la conexión local sólo podría provenir del nivel más alto del poder político. Basándose en estas especulaciones, Nisman pidió el procesamiento de Menem, causándoles malestar a sus mentores norteamericanos, a quienes sólo les interesaba ir tras Irán. Cuando Wikileaks difundió este y otros cables, en la Argentina hubo repercusiones, pero fueron rápidamente olvidadas. Entre ellas, hay una irónica nota publicada el 27 de febrero de 2011 por *Página 12*, titulada “Una ayudita a los amigos para acusar a Irán”. Y *Clarín* no se quedó atrás, expresando su indignación en un artículo del 30 de agosto titulado “AMIA: insólito pedido de disculpas de un fiscal a EE.UU.”.

No es imposible que Irán haya estado detrás del atentado. Pero no hay evidencia de que así fuera. El "montaje" parece asociado a la trama que llevó a Netanyahu al Congreso de Estados Unidos para intentar frustrar el pacto entre Teherán y Washington, mencionando de paso los atentados de Buenos Aires.

Muertes paralelas: Ahmad Rezai y Alberto Nisman

Acaecidos los truculentos sucesos de enero de 2015, me pregunté si las pruebas de Nisman para acusar a la cúpula del gobierno iraní de haber planificado el atentado terrorista eran tan endebles como las que justificaron su pedido de procesamiento de Menem. ¿En qué fuente se basó el fiscal?

Di con parte de la respuesta en el *Wall Street Journal* del 16 de octubre de 2007, en una nota de Bret Stephens titulada "Irán al Qaeda" ("El al-Qaeda de Irán"), basada en nuestro caso. Allí se dice que, en 1998, un desertor iraní, Ahmad Rezai, "confirmó que la decisión de atacar había sido tomada por el Sr. Rafsanjani y sus principales ministros, supuestamente en una reunión del 14 de agosto de 1993 que tuvo lugar en la ciudad iraní de Mashad, y que los perpetradores fueron entrenados en el Líbano por oficiales de la Guardia Revolucionaria iraní".

Pero el *Journal* traía otro dato crucial: Ahmad Rezai era hijo del mayor general Mohsen Rezai, comandante de la Guardia Revolucionaria cuando se produjo el atentado. Y Rezai padre (que en las elecciones de 2009 fue candidato conservador a presidente de Irán) es uno de los imputados por Nisman con alerta roja de Interpol. Investigué entonces el historial del hijo delator. El joven Rezai escapó de Irán en 1998, cuando tenía 22 años. Junto a su amigo Ali Tavanania, aterrizó en Estados Unidos con visa de refugiado político, y en junio de ese año comenzó con una seguidilla de entrevistas. Fue entonces que, entre muchas otras presuntas abominaciones del régimen, acusó a su padre, a Rafsanjani y a sus ministros de haber ideado el ataque a la AMIA. Algunos meses más tarde Ahmad viajó a Costa Rica para reunirse con un amigo de su padre, que intentaba persuadirlo de que regresara a Irán. Atrapado sin recursos, el joven quedó varado algunos meses en San José, en la mansión de Hojabr Yazdani, un hombre

de negocios iraní aliado de su familia. Pero escapó nuevamente. Gracias a los oficios de la Fundación para la Democracia en Irán, una organización con influencia en Washington, fue perdonado por el Servicio de Inmigración de Estados Unidos por haber violado los términos de su visa de refugiado, viajando al exterior sin permiso. Entonces se instaló nuevamente en Norteamérica. No obstante, en 2005 Ahmad se arrepintió y regresó a Irán. Se había casado con una norteamericana de quien tiene una hija. A pesar de que el general Rezai, su padre, había declarado que, de regresar, a Ahmad le correspondería el tratamiento de un traidor, no fue detenido. En esto el hijo se benefició de un doble estándar, ya que la familia de su amigo Ali Tavanania fue brutalmente perseguida por el régimen.

Durante su estancia en Teherán el joven Rezai declaró que todo lo que había dicho en Estados Unidos era falso. Sin embargo, al poco tiempo Ahmad estaba otra vez en tierra estadounidense. Allí le pierdo la pista... hasta que decidió regresar a Irán en 2011. Los informes son contradictorios. Algunos dicen que nunca llegó y otros que fue expulsado. Pero lo cierto es que el 12 de noviembre de ese año, Ahmad Rezai apareció muerto en el Hotel Gloria de Dubai. A esas alturas tenía 35 años. Primero se dijo que había sido un suicidio y luego, un asesinato. Los iraníes dijeron que el Mossad era culpable y los occidentales acusaron a los iraníes.

Así, el informante desertor que en 1998 proveyó la información en que se basó la acusación de Nisman contra la cúpula iraní, y que en 2005 se desdijo, murió en circunstancias parecidas a las del propio Nisman. Muertes especulares, los servicios de inteligencia de uno y otro bando se culpan recíprocamente. Suponiendo que se haya tratado de homicidios, el autor de estas líneas piensa que es probable que quien haya matado al primero haya asesinado también al segundo. Pero no apuesta a quién fue.



Debka, una usina de confusión de la inteligencia israelí

Resulta interesante que una página web de la inteligencia israelí, Debka, se haya ocupado de ambas muertes. Debka es citada el 14 de noviembre de 2011 por un blog dedicado a asuntos iraníes, llamado Tehran Bureau (TB), auspiciado entonces por la organización de noticias norteamericana PBS Frontline (hoy lo está por el diario británico *The Guardian*). TB resumió las diversas versiones aportadas por Debka sobre la muerte de Ahmad, a la vez que advirtió que esta es una página caracterizada por sus persistentes campañas de desinformación.

Significativamente, tres años más tarde, Debka hizo circular la curiosa versión de que Nisman fue asesinado por un falso desertor iraní, que traicioneramente se habría ganado la confianza del fiscal. El informe del 19 de febrero de 2015 afirma que, desde hacía ya nueve años, el actual ministro de Inteligencia de Irán y su predecesor venían buscando alguna forma de detener al heroico Nisman. Según la investigación de Debka, la tarea de liquidarlo se asignó a un personaje que se presentó como Abbas Haqiqat-Ju, quien durante cuatro años habría suministrado información al fiscal, hasta convertirse en parte de su círculo íntimo. Según Debka, para dar el golpe final el agente iraní esperó hasta las vísperas de la presentación de la denuncia de Nisman contra CFK.

Como vemos, esta fuente de desinformación de la inteligencia israelí se refirió a ambas muertes. En el caso de la segunda, ya en 2015, acusó sin tapujos a Irán de haber asesinado a Nisman. En estos tiempos en que Estados Unidos negocia con Irán, inquietando a Benjamín Netanyahu y su gobierno, todo vale si sirve a los intereses geopolíticos de Israel. Afortunadamente, sin embargo, la versión de Debka no fue reproducida por la versión impresa de los principales medios argentinos.

El mercenario “Testigo C”

Pero mi investigación no terminó allí. En el artículo del *Wall Street Journal* (WSJ) de 2007 citado más arriba se dice que Ahmad Rezai “confirmó” que la decisión de atacar había sido tomada por Rafsanjani y sus ministros en una reunión de 1993. El verbo “confirmar” está bien utilizado, porque esa misma información había sido brindada por Abolghasen Mesbahi, conocido como el “Testigo C” mientras su identidad permaneció secreta. Mesbahi es un desertor iraní con residencia en Alemania. En 1998 fue interrogado por agentes de ese país, que representaron al juez argentino Juan José Galeano. Dos años más tarde volvió a declarar, esta vez directamente ante el hoy destituido Galeano. Comprobé que la información brindada por Mesbahi era la misma que la atribuida al joven Rezai, gracias a un artículo del conocido historiador norteamericano Gareth Porter, publicado en febrero de 2008 por la emblemática revista *The Nation*. El *WSJ* no mencionó al Testigo C en su nota de 2007 porque, para entonces, ¡ya se sabía que era un doble agente norteamericano! Mesbahi había sido un funcionario alto de la inteligencia iraní que trabajaba para Washington. En 1988 se había sospechado de él en Teherán y estuvo brevemente preso, pero fue liberado y siguió trabajando. Finalmente, en 1996 desertó y se estableció en Alemania. En una primera etapa fue usado como “testigo” con identidad secreta. Pero cuando se tuvo noticias en ámbitos más amplios de que, antes de desertar, había sido un agente doble, perdió

credibilidad. Se necesitaba alguien que corroborara las declaraciones del desprestigiado Testigo C, y ese alguien fue el joven rebelde Rezai.

Las diferencias entre Ahmad y Mesbahi son evidentes. El primero era un chico desequilibrado proveniente de un ámbito de privilegio. En cambio, el Testigo C es un mercenario confiable. Por eso sigue con vida y prosigue con su trabajo. Por cierto, en 2014 Mesbahi fue el entrevistado principal de un documental producido por Al Jazeera, titulado *Lockerbie: What Really Happened?* (“Lockerbie: ¿Qué es lo que realmente sucedió?”). Allí Mesbahi alegó que, aunque el famoso atentado de 1988 contra el vuelo 103 de Pan American fue, como siempre se dijo, obra de los libios... ¡en realidad había sido ordenado por el Ayatola Khomeini! Como se ve, al día de hoy Mesbahi continúa con su solapada misión de desprestigiar al régimen de Teherán.



Conclusiones: un montaje orquestado contra Irán

El artículo de Gareth Porter porta un título elocuente: "Bush's Iran/Argentina Terror Frame-Up" ("El montaje de Bush sobre el terrorismo iraní en la Argentina"). En realidad, no existen evidencias de que Irán haya sido responsable de ninguno de los dos grandes atentados terroristas perpetrados en la Argentina. La acusación de que el atentado contra la AMIA fue planeado por Rafsanjani y sus ministros parece fraudulenta. Ni el joven Rezai ni el Testigo C son confiables.

Ni siquiera hay evidencia contundente contra el agregado cultural Rabbani. Charles Hunter, cuyo testimonio es crucial porque era el jefe de la delegación del Buró de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego estadounidense que se trasladó a Buenos Aires para investigar la explosión *in situ*, declaró ante los periodistas Joe Goldman y Jorge Lanata que la evidencia parece demostrar que no hubo un coche bomba. Si lo hubiera habido, les dijo, también se hubiera derrumbado el edificio del otro lado de la calle. El experto del gobierno norteamericano dijo que era probable que la bomba hubiera sido puesta dentro de la AMIA.

Pero estos razonamientos son secundarios cuando recordamos otros datos aportados por Porter:

► En mayo de 2008, James Cheek, embajador de Washington en Buenos Aires cuando se produjo el atentado, le dijo: "Según mi entendimiento, jamás hubo verdadera información sobre un involucramiento iraní".

► En junio de 2007, William Brencick, jefe de la sección política de la embajada, le aseguró que la investigación del atentado contra la AMIA se construyó sobre "un muro de premisas", la más importante de las cuales era que había sido un ataque suicida, y que esto se consideraba "evidencia prima facie de un involucramiento del Hezbolá y, por lo tanto, de Irán".

La prioridad norteamericana e israelí era desprestigiar y aislar a Irán. Descubrir la verdad les importaba poco y nada. Para el *Wall Street Journal* esto era obvio. El 15 de enero de 2008 publicó un artículo de Jay Solomon y Evan Perez candorosamente titulado "U.S. Uses Probe to Pressure Iran" ("Estados Unidos usa investigación para presionar a Irán").

Allí se dice, como si tal cosa, que las alertas rojas de Interpol contra los funcionarios iraníes se consiguieron gracias a las presiones de "diplomáticos norteamericanos, israelíes y argentinos", en este orden. La paradoja es que Luis D'Elía advirtió la manipulación y tuvo la entereza de denunciarla, perdiendo su cargo de funcionario al hacerlo.

No es imposible que Irán haya estado detrás del atentado. Pero no hay evidencia de que así fuera. El "montaje" parece asociado a la trama que llevó a Netanyahu al Congreso de Estados Unidos para intentar frustrar el pacto entre Teherán y Washington, mencionando de paso los atentados de Buenos Aires.

En los hechos, la memoria de los 85 muertos de la AMIA se puso al servicio de los intereses geopolíticos de Estados Unidos e Israel. Lo hicieron Nisman, la DAIA y sus aliados extranjeros. Y eso es demasiado incluso para el Realismo Periférico.

En verdad, Nisman fue en vida un auténtico cazador de elefantes. ¿Y si además se había dejado tentar con la posibilidad de participar en el gran juego de la geopolítica mundial, subordinando la búsqueda de la verdad en la causa AMIA a objetivos "más importantes", como el de frenar a Irán, polo de un eje del mal? La pregunta conmovía los cimientos de mi fe en Occidente.



por **PLINIO DE ARRUDA SAMPAIO JR.** *Profesor del Instituto de Economía de la Universidad Estatal de Campinas, IE/UNICAMP. Miembro del Consejo Editorial del Correo de la Ciudadanía - www.correiodocidania.com.br*

HOY EN DÍA EXISTE LA CREENCIA DE QUE BRASIL ES UNA ECONOMÍA EMERGENTE, CON LA CAPACIDAD DE CONVERTIRSE EN UNA POTENCIA INTERMEDIA. SIN EMBARGO, ESTA CREENCIA ESCONDE EL ROL QUE CUMPLE EL GIGANTE DEL SUR COMO GARANTE DE LOS INTERESES DE ESTADOS UNIDOS. A CONTINUACIÓN, MITOS Y VERDADES SOBRE UNA RELACIÓN QUE AFECTA A TODA LA REGIÓN.

ESTADOS UNIDOS Y BRASIL: SIETE EQUÍVOCOS SOBRE EL MITO DE LA POLÍTICA EXTERNA INDEPENDIENTE





El principio general que guía la política estadounidense se fijó en la segunda década del siglo XIX por la Doctrina Monroe, según la cual el continente se ve como una zona privilegiada de influencia y seguridad. La especificidad del momento histórico está dada por el imperio de la lógica que rige las acciones de los Estados Unidos en el mercado mundial, cuya esencia es la de conducir la creciente integración del sistema capitalista mundial, bajo la dirección de los intereses estratégicos de su bloque de gran capital, que incluye la mitad de todas las empresas multinacionales. Mediante la fusión de la estabilidad económica del orden global y la defensa de los valores democráticos de la civilización occidental y sus intereses nacionales, el Estado norteamericano tomó sobre sí el papel de garante en última instancia de la propiedad privada en una escala global. Como resultado, su soberanía expandida corresponde a la reducción de la soberanía de todos los otros países del mundo. En el plano de los negocios, las pretensiones imperiales se materializan en la presión por la creciente liberalización del orden económico internacional. En el ámbito de la geopolítica, la fuerza del imperio estadounidense

se materializa en su cristalización como gendarme del orden global.

En América latina se siente la violencia de los nuevos tiempos en forma de una creciente presión para que se firmen pactos espurios que impulsan la liberalización de la economía y la integración orgánica de los países de la región en el sistema de seguridad de Estados Unidos. Después del ataque del 11 de septiembre de 2001 y el estancamiento en las negociaciones, la atención de Washington pasó a otros continentes. Centrado en la guerra preventiva contra el terrorismo y en la negociación de acuerdos de libre comercio con los países de Asia y Europa, Washington ha relegado a América latina a una posición aún más baja. Sin un proyecto definido para el Hemisferio Sur, los Estados Unidos se limitaron a conducir algunos acuerdos de libre comercio bilateral y centrar la atención en la lucha contrainsurgente.

No obstante la asimetría brutal en el poder económico y militar, circunstancias muy particulares permitieron que un Estado vasallo, en avanzado proceso de reversión neocolonial, apareciera ante el mundo como una potencia emergente capaz de interferir en el curso del planeta. El mito de que Brasil se ha calificado como un “actor” con voz propia en la escena internacional se basa en siete principios fundamentales:

1º. Al subordinar las relaciones exteriores a la defensa de los intereses nacionales, Brasil habría roto con la tradición histórica de alineamiento automático con Washington.

2º. El cambio en la política externa sería la consecuencia de una ruptura en la política interna. El abandono de la ortodoxia neoliberal habría abierto el camino para las políticas neodesarrollistas. Combinando el crecimiento y la equidad, Brasil habría puesto la solución de sus problemas históricos en un primer plano.

3º. La nueva situación de Brasil lo habría llevado a una condición económica emergente y convertido en una potencia intermedia en el ámbito internacional. La creación del Foro de los BRICS –Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica– habría madurado una nueva correlación de fuerzas que abrirían espacios de cambios sustantivos en el orden económico mundial. El hecho de que los BRICS hayan salido relativamente indemnes de los primeros movimientos de la crisis económica mundial, y que juntos posean un 40% de la población mundial, el 20% de la economía mundial y la mitad de las reservas internacionales, fortalece la percepción de que existen condiciones favorables para una nueva dinámica en las negociaciones internacionales.

4º. El activismo diplomático brasileño refleja el nuevo estatus del país como actor global. La participación en las negociaciones alrededor de la contención del programa nuclear de Irán puso a Brasil en el centro de la diplomacia mundial. El envío de

El bloque de los BRICS es un bloque de papel, sin capacidad práctica para influir en el curso del proceso de reorganización del orden económico mundial –integración profunda– impulsado por los Estados Unidos sobre una base bilateral, en el marco de la OMC, que tiene como una de sus metas exactamente la marginación de los BRICS de las corrientes más dinámicas del comercio mundial.

“tropas pacificadoras” a Haití sería la prueba concreta del compromiso de Brasil con las intervenciones humanitarias para ayudar a la reconstrucción de Estados fallidos. La intensa actuación en las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio y la participación en el G-20, creado para discutir soluciones a la crisis económica, refuerzan la evaluación de que Brasil habría pasado a la primera división de la diplomacia mundial.

5º. En un esfuerzo por consolidar su poder, Brasil se ha convertido en un líder regional. Preocupado en neutralizar la ofensiva comercial de Estados Unidos en la región, Brasilia habría creado previamente condiciones económicas y militares para la unidad sudamericana. La consolidación y expansión del Mercosur, la creación de la Unión de las Naciones Suramericanas (Unasur) y la formación del Consejo de Defensa Suramericano (CDS) serían los resultados objetivos del liderazgo de Brasil, y de su nueva posición de la región en relación con el gigante norteamericano. La posibilidad de obtener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU sería una consecuencia natural de la nueva situación en Brasil.

6º. El surgimiento de Brasil como una potencia intermedia en la

escena internacional habría permitido superar su dependencia económica y diplomática extrema con los Estados Unidos. La diversificación de productos de exportación, la generación de megasuperávits comerciales y el aumento significativo de las reservas internacionales serían términos inequívocos de que Brasil se dirigía a la primera división de la economía mundial. La aparente independencia de su diplomacia en las negociaciones del tratado de intercambio de combustible nuclear entre Turquía e Irán, en la defensa del depuesto presidente de Honduras Manuel Zelaya, en una conspiración tramada en la Embajada de Estados Unidos, así como en la mediación del conflicto entre Colombia y Venezuela, reforzó la impresión de que Brasil estaba actuando de forma independiente de Washington.

7º. Por último, el anuncio por parte del gobierno de Bush de que los acuerdos entre los Estados Unidos y Brasil habían sido elevados a la condición de “diálogo estratégico”, la misma categoría que Rusia, China e India, parecía corroborar la tesis de que la relación entre los dos países más grandes de las Américas ha alcanzado un estado de madurez en el cual ambas partes se reconocen y respetan los intereses nacionales uno del otro, incluso

cuando finalmente divergen. La declaración de la secretaria de Estado estadounidense Condoleezza Rice sintetizaría la nueva situación del país en el ámbito internacional: “Los Estados Unidos encaran a Brasil como un líder regional y un socio global”. Detenerse en la superficie de los fenómenos y absorber de forma acrítica el discurso oficial, la imagen de un Brasil potencia, libre del control de Washington, en realidad, constituye una inversión de la realidad. Son siete los equívocos que alimentan el mito de la independencia de la diplomacia brasileña:

1º. Aunque la llegada de Lula al poder represente un cambio en la forma de alineación automática y la actitud desmoralizadora de Fernando Henrique Cardoso, cuya subalternidad quedó expuesta en la implementación del Sistema de Vigilancia Amazónica –SIVAM–, los parámetros que guían la relación entre Brasil y los Estados Unidos permanecen cubiertos por la doctrina de la “alianza informal” consagrada por el Barón de Río Branco a principios del siglo XX, cuya esencia presupone la supremacía absoluta de los imperativos de Washington. No obstante la matriz autonomista de su diplomacia, Brasil en ningún momento cuestionó el papel imperial de Estados Unidos en el continente o su derecho a intervenir en los llamados Estados fallidos. En términos doctrinales, la diferencia básica entre “alianza informal” del Barón de Río Branco y la “pacería estratégica” de la diplomacia de Lula es equivalente a la que existe entre la cooperación explí-

cita y entusiasta del primero, que se basa en principios liberales, y la cooperación disimulada y resentida del segundo, fundado en el oportunismo pragmático.

2º. El gobierno de Lula no ha roto con los parámetros fundamentales del neoliberalismo. El compromiso de convertir en razón de Estado los intereses estratégicos de los grandes capitales, sellado en la Carta notoria a los brasileños en 2002, es la clave para entender la subordinación de la diplomacia brasileña a los imperativos de orden global y por lo tanto la relación subalterna con los Estados Unidos. Enmarcado en los parámetros del multilateralismo, Lula y Dilma se han convertido en verdaderos paladines del liberalismo y la democracia occidental. Las reformas de los organismos internacionales promocionadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores se reducen en última instancia a mantener la fidelidad de los países ricos a los principios del neoliberalismo y de la representación basada en el poder económico. La actuación de Brasil como mediador de conflictos en el escenario internacional se limita a la función principal de mejorar la legitimidad y la estabilidad del orden mundial, evitando la aparición de coaliciones antisistémicas, recortando los conflictos regionales y actuando directamente como brazo armado en el combate a los focos reales y potenciales de la insurgencia. Asumiendo el papel de “intermediario” en las negociaciones entre los intereses de los países desarrollados y “en desarrollo”,



y de “pacificador” de conflictos entre los países ricos y pobres y de “represor” en regiones turbulentas e inestables, Brasil cumple el triste papel de agente encubierto del orden inextricablemente comprometido con la reproducción del imperialismo mundial.

3º. El sentido común que indica que Brasil se destaca como una potencia emergente con un gran potencial para influir en los rumbos del mundo en los próximos años ignora los cambios tectónicos que afectan a la reorganización del sistema capitalista mundial y sus reflejos nefastos en la economía brasileña. El bloque de los BRICS es un bloque de papel, sin capacidad práctica para influir en el curso del proceso de reorganización del orden económico mundial –integración profunda– impulsado por los Estados Unidos sobre una base bilateral, en el marco de la OMC, que tiene como una de sus metas exactamente la marginación de los BRICS de las corrientes más dinámicas del comercio mundial. La sobreestimación de la capacidad de negociación internacional de Brasil simplemente ignora que el ciclo de crecimiento que ahora llega a su fin, estuvo acompañado por un proceso de regresión de las fuerzas productivas, cuyo síntoma más evidente es la desindustrialización. También ignora que la mayor presencia de Brasil en el mercado mundial ha fortalecido la posición del país como un mero proveedor de *commodities*, materias primas minerales y agrícolas, de muy bajo contenido tecnológico en la división internacional del trabajo.

4º. La idea de que Brasil se afirma como un actor importante en la escena internacional, en contraste con el papel de Brasil como un mero peón del imperialismo norteamericano. Cuando le conviene a Estados Unidos, las acciones brasileñas son avalladas y alabadas; cuando no conviene, simplemente ignoradas y reprendidas públicamente. Este es el caso de Haití, donde la presencia “pacificadora” de los militares brasileños para reprimir las protestas sociales y disciplinar a los pobres con la ley del terror marcial es alabada y bienvenida, ya que protege a los gobiernos ilegítimos, corruptos y violentos, inventados y apoyados por los Estados Unidos. El activismo de Brasil en el clímax de la crisis económica mundial obedece a la misma lógica. Llamado a cumplir con sus nuevas responsabilidades globales, Brasil, que tanto sufrió en las manos de los programas de ajuste económico, contribuye sin pestañear con 10 mil millones de dólares para reforzar la caja del FMI. Como recompensa, “se insertó”, en palabras de Lula, en el G-20, organizado para debatir alternativas a la crisis económica mundial.

Por otro lado, cada vez que Brasil superó el mandato más o menos explícito de Washington, sus iniciativas fueron anuladas explícitamente y el Ministerio de Relaciones Exteriores era abiertamente desautorizado y reprendido. Esto se aplica al intercambio de combustible nuclear entre Irán y Turquía, inmediatamente rechazado y repudiado por los Estados Unidos. También

Llamado a cumplir con sus nuevas responsabilidades globales, Brasil, que tanto sufrió en las manos de los programas de ajuste económico, contribuye sin pestañear con 10 mil millones de dólares para reforzar la caja del FMI. Como recompensa, “se insertó”, en palabras de Lula, en el G-20, organizado para debatir alternativas a la crisis económica mundial.

es el caso de la patética acción para evitar el derrocamiento del presidente hondureño Manuel Zelaya por un golpe tramado en la Embajada de Estados Unidos, magistralmente ignorado por Washington.

5º. La idea de que Brasil se ha convertido en una potencia regional respetada por los Estados Unidos esconde la importancia absolutamente secundaria del país en la política externa de Washington para el Cono Sur. Teniendo como principal preocupación la lucha contra la guerrilla colombiana, la contención de la ola bolivariana y la negociación de acuerdos bilaterales de libre comercio, la relación de Washington con Brasil se ha llevado a cabo por agentes de segunda línea, con carácter *ad hoc*, teniendo como norte un pragmatismo egoísta y manipulador. En asuntos económicos, la movilización de la alta cúpula del gobierno norteamericano se limitó a la defensa de los *lobbies* empresariales específicos, sobre todo las grandes empresas de biocombustible y explotación de petróleo en el Pre-sal. La propia noción de que Brasil se ha establecido como un líder regional es altamente problemática. Incluso a contracorriente de la presión de Estados Unidos para lograr un tratado de libre comercio que contemplara el hemisferio en conjunto, el Mercosur no representa una alternativa a la globalización de la economía mundial, sino apenas el medio encontrado por Brasil para aumentar su influencia en las negociaciones multilaterales y bilaterales de liberalización del comercio mundial. Para estimular la competencia predatoria entre los países de la región e intensificar las rivalidades regionales, el carácter abiertamente neoliberal de la filosofía que inspira el Mercosur promueve lo opuesto a la integración: la desintegración de América latina como un proyecto de sociedad capaz de controlar su destino. El activismo diplomático de Itamaraty en Sudamérica tampoco representa un contrapunto real a los intereses geopolíticos de Washington. Más bien al contrario. El papel “moderador” de Brasil en los conflictos regionales fue apoyado, alentado y legitimado por los Estados Unidos. Y con razón, porque en los momentos cruciales Brasil nunca dejó de hacer el juego de los estadounidenses, cuyo interés estratégico se organizó en torno a la obsesión de neutralizar el liderazgo de Hugo Chávez y solapar el potencial subversivo de la revolución bolivariana. El fuerte contraste entre la actitud vacilante y procrastinaria de la diplomacia brasileña en relación a la formación del ALBA y la creación del Banco del Sur y su disposición y entusiasmo en participar en el foro de los países ricos y que contribuyan generosamente al fortalecimiento del FMI, es un retrato exacto del papel instrumental de Brasil como un instrumento velado del imperialismo norteamericano. Al sancionar las presiones de los Estados Unidos y sabotear la defensa del orden, Brasil actúa como agente



camuflado de los intereses estadounidenses en el Cono Sur.

6º. Tomando la nube de Juno, la creencia de que Brasil es una economía emergente, con el potencial de convertirse en una potencia intermedia, ignora los condicionantes estructurales que profundizan y aceleran el proceso de reversión neocolonial. La evaluación de que el aumento del comercio con China revelaría una mayor autonomía en relación a los Estados Unidos no tiene en cuenta que el creciente peso de las *commodities* en la pauta de exportaciones, implícita en la nueva posición del país en la división internacional del trabajo, pone de relieve la dependencia de la economía brasileña en relación con el desempeño de la economía de Estados Unidos –el factor determinante del comercio internacional y del comportamiento de los términos de intercambio–. La idea de que la gran afluencia de capitales extranjeros a Brasil sería un indicador de potencia, aumentando el grado de libertad de las autoridades económicas, no tiene en cuenta el hecho de que la acumulación de enormes pasivos externos líquidos –capital internacional de alta volatilidad– deja al país extraordinariamente vulnerable a la especulación contra la moneda nacional, haciendo hincapié en la dependencia del país en relación con las vicisitudes de la política económica estadounidense.

Detenerse en la superficie de los fenómenos y absorber de forma acrítica el discurso oficial, la imagen de un Brasil potencia, libre del control de Washington, en realidad constituye una inversión de la realidad.

El aumento de la situación de dependencia en relación a los Estados Unidos no se ha circunscrito en el ámbito económico. La creación del Sistema de Seguridad Sudamericana en el núcleo de la arquitectura de la Unasur y la reluctancia de Brasil para equipar a sus fuerzas armadas con aviones de fabricación estadounidense, no impidió en 2010 que el gobierno brasileño firmara un amplio acuerdo de cooperación militar con los Estados Unidos. Al conceder a los Estados Unidos el papel de socio estratégico en la capacitación de las fuerzas armadas en su función de control del territorio y de la vigilancia fronteriza, un tipo de iniciativa que no se veía desde 1977 en el apogeo de la dictadura militar, el gobierno brasileño puso su sistema de seguridad bajo la tutela directa de los Estados Unidos deshaciendo con su mano derecha lo que fue redactado con la izquierda.

7º. La idea de que habría una “asociación estratégica” con los Estados Unidos enmascara el verdadero papel de la diplomacia brasileña en la geopolítica del imperio. La agenda vacía de entendimiento económico no es casual, ya que la “integración profunda” motivada por Washington marginaliza a Brasil de las corrientes más nobles del mercado mundial. La definición arbitraria e infundada de la Triple Frontera como zona de seguridad en la lucha contra el terrorismo y la reactivación de

la Cuarta Flota para vigilar los mares del Atlántico Sur poco después del anuncio del descubrimiento de grandes reservas de petróleo más allá del límite de la soberanía marítima reconocida formalmente por los Estados Unidos, son sólo algunas de las intimidaciones que demuestran que Brasil sigue siendo tratado como un subalterno –cuya lealtad se debe garantizar sobre la base de intimidación y del control–. El absoluto desdén por las desesperadas súplicas de la presidenta Dilma para una disculpa formal por parte de Washington por el espionaje sin vergüenza y generalizado de empresas y autoridades brasileñas constituye un desprecio que desmiente de forma completa toda la farsa que rodea a la supuesta existencia de un respetuoso “diálogo estratégico” entre Estados Unidos y Brasil.

La utilización de Brasil como un instrumento directo de los intereses norteamericanos y como medio de bloquear la respuesta al orden muestra que, para los Estados Unidos, lo estratégico es manipular la subordinación de Brasilia y su impostura en relación a sus pares para asegurar los intereses de Washington. Para Brasil lo estratégico es componer con el imperialismo norteamericano en todos los frentes y trabajar para la estabilidad regional con el fin de mantenerlo alejado de su vecindad y minimizar su injerencia en los negocios internos.



LA ANORMALIZACIÓN DE LAS RELACIONES OFICIALES DE LOS ESTADOS UNIDOS CON CUBA: UNA MIRADA DESPUÉS DE LA VII CUMBRE DE LAS AMÉRICAS



EL 11 DE ABRIL DEL 2015 PASARÁ A LA HISTORIA COMO EL DÍA EN QUE SE REALIZÓ LA PRIMERA REUNIÓN FORMAL ENTRE UN PRESIDENTE CUBANO Y UN MANDATARIO ESTADOUNIDENSE DESDE EL 1° DE ENERO DE 1959, CUANDO TRIUNFÓ LA REVOLUCIÓN CUBANA. SIN EMBARGO, QUEDA UN LARGO CAMINO POR RECORRER PARA LOGRAR EL OBJETIVO FINAL DE NORMALIZAR LAS RELACIONES. A CONTINUACIÓN, UN RECORRIDO POR LOS PUNTOS MÁS DESTACADOS DEL PROCESO DE NEGOCIACIÓN.

por **LUIS SUÁREZ SALAZAR**. *Doctor en Ciencias. Escritor independiente afiliado a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Profesor Titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa” (ISRI) y de diversas cátedras de la Universidad de La Habana. Miembro de los Grupos de Estudios sobre Estados Unidos y sobre el Caribe del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).*

En el contexto de las diversas contiendas políticas, diplomáticas e ideológico-culturales (incluidas las vinculadas a la defensa de la memoria histórica de los pueblos y las naciones de Nuestra América) que se desplegaron en los diferentes foros gubernamentales y no gubernamentales vinculados a la ya célebre VII Cumbre de las Américas efectuada en Panamá, en la media tarde del 11 de abril de 2015 se realizó la primera reunión formal sostenida desde el triunfo de la Revolución Cubana (1° de enero de 1959) entre un presidente de ese país y un mandatario estadounidense. El respeto mutuo y las expresiones de cordialidad que rodearon los encuentros que se produjeron entre Raúl Castro y Barack Obama, tanto antes como después de esa histórica reunión, sus afirmaciones de que habían acordado dirimir sus múltiples desacuerdos por vías negociadas y “civilizadas”, al igual que su disposición a valorar las posibilidades de cooperación en diversos asuntos de interés mutuo, globales o hemisféricos, no pueden ni podrán ocultar las grandes dificultades que aún subsisten para emprender los diversos pasos que en el porvenir más o menos cercano pudieran conducir a la *anormalización* de las relaciones oficiales de los Estados Unidos con Cuba. Fundamento esas afirmaciones en la reiterada exigencia del gobierno de ese último país de que sus futuras interrelaciones con la actual o las futuras administraciones de los Estados Unidos tendrán que desarrollarse sobre la base del más absoluto respeto a la soberanía, la independencia y la autodeterminación del pueblo cubano, al igual que sin injerencias, ni directas ni indirectas, en sus asuntos internos y externos. Como se ha demostrado a lo largo de la historia y se sigue de-

mostrando en la actualidad, la violación de esos principios del Derecho Internacional Público Contemporáneo (consagrados en las cartas de la Organización de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos) ha formado parte de *la normalidad* con la que el gobierno permanente y sucesivos gobiernos temporales de los Estados Unidos –incluido el de Barack Obama– han desarrollado sus interrelaciones políticas, diplomáticas, económicas, militares y el campo de “la seguridad” con diversos Estados del mundo y, en particular, con los ubicados al sur del río Bravo y de la península de Florida. Cual indicaron varios jefes de Estado y Gobierno de América Latina y el Caribe en sus correspondientes discursos en la VII Cumbre de las Américas, así como los cerca de 3.000 participantes en la Cumbre de los Pueblos, una de las muestras más recientes de ese comportamiento imperial fue la infundada y para algunos “ridícula” orden ejecutiva del presidente Barack Obama que el 9 de marzo del presente año declaró que el actual gobierno de la República Bolivariana de Venezuela era una “amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior” de la principal potencia del mundo. A pesar de las aclaraciones previamente realizadas por Obama acerca de que, en su consideración, “Venezuela no era una amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos, ni este para la seguridad nacional de Venezuela”, en la lógica del sistema político estadounidense ese ucuse legítima “legalmente”, al menos, la aplicación de sanciones unilaterales contra el gobierno venezolano, al igual que todo el apoyo político, económico, mediático, abierto o encubierto que, con diferentes pretextos, diversas agencias del gobierno o del Congreso les han venido

ofreciendo a todas aquellas organizaciones de “la sociedad civil” venezolana que, por diferentes medios, incluso violentos, han tratado, y en el futuro inmediato seguirán tratando, de derrocar al gobierno constitucional de ese país.

Por ello, y contando con el apoyo de todos los demás gobiernos latinoamericanos y caribeños –incluido el de Cuba–, de los gobiernos integrantes del Movimiento de Países No Alineados, así como de más de 13 millones de ciudadanas y ciudadanos de diferentes países del mundo, esa directiva fue enérgicamente rechazada por el presidente Nicolás Maduro en el discurso que pronunció ante la VII Cumbre de las Américas. En este reiteró la exigencia de que Barack Obama derogue formalmente esa “orden presidencial”, así como que adopte medidas para desmontar “la maquinaria de guerra psicológica, política, económica y militar” que, con el concurso de su embajada en Caracas y con el apoyo de sus agentes internos, ha venido tratando de “acabar con el proyecto revolucionario venezolano y con los logros sociales alcanzados en los últimos 16 años”.

Según las informaciones difundidas, esas y otras demandas fueron reiteradas por el presidente de ese país en el encuentro bilateral que, a instancias de todos los gobiernos integrantes de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), sostuvo con Barack Obama unas pocas horas después de que este se reunió con Raúl Castro. Como han indicado varios analistas, aún habrá que ver cuáles serán los efectos prácticos que esa breve y sincera reunión (en la que, en las palabras de Nicolás Maduro, “se dijeron todas las verdades”), al igual que las eventuales negociaciones que en el futuro inmediato se desarrollen entre ambos gobiernos, tendrán en las diversas estrategias

Una de las muestras más recientes de ese comportamiento imperial fue la infundada y para algunos “ridícula” orden ejecutiva del presidente Barack Obama que el 9 de marzo del presente año declaró que el actual gobierno de la República Bolivariana de Venezuela era una “amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior” de la principal potencia del mundo.

En la media tarde del 11 de abril de 2015 se realizó la primera reunión formal sostenida desde el triunfo de la Revolución Cubana (1º de enero de 1959) entre un presidente de ese país y un mandatario estadounidense.

empleadas por sucesivos gobiernos estadounidenses contra la Revolución Bolivariana desde 1999 hasta la actualidad.

En cualquier caso, el reiterado rechazo del gobierno y del pueblo cubano a todas esas acciones intervencionistas en los asuntos internos y externos de la República Bolivariana de Venezuela y su irrestricta solidaridad con el gobierno y el pueblo de ese país, contribuyen a explicar el criterio que –según el canciller cubano, Bruno Rodríguez– le expresó Raúl Castro al presidente Barack Obama respecto de que las relaciones diplomáticas entre sus correspondientes países se restablecerán “cuando exista una atmósfera de avenencia en las relaciones de Estados Unidos con todos los países del continente” y concluyan todos los procesos pendientes en ese país con vistas a crear “un contexto adecuado” para instalar sus correspondiente embajadas en Washington y La Habana.

Sin dudas, los sólo parcialmente conocidos acuerdos a los que arribaron Raúl Castro y Barack Obama en su reunión del 11 de abril, así como la decisión de este último (anunciada tres días después) de excluir a Cuba a más tardar en los próximos 45 días de la lista de Estados patrocinadores del terrorismo internacional que, de manera unilateral, todos los años elabora el Departamento de Estado, seguramente contribuirán a acercar la fecha en que se protocolizará el restablecimiento de sus relaciones diplomáticas. Estas han sido valoradas por ambos mandatarios –y en especial por Raúl Castro– como uno y sólo uno de los primeros pasos del largo, complejo, difícil y, en mi consideración, aún incierto proceso que algún día conducirá a

la genuina normalización de las relaciones oficiales de Estados Unidos con Cuba.

Mucho más porque, como indicó Raúl Castro en el discurso que pronunció en la Tercera Cumbre de la CELAC efectuada en Costa Rica a fines de enero de este año y de alguna manera reiteró en su primera y aclamada intervención en las Cumbres de las Américas que hasta ahora se han celebrado, para arribar a esa meta será imprescindible que el actual presidente estadounidense, además de utilizar sus facultades ejecutivas con mayor decisión que la que hasta ahora ha demostrado, logre que el Congreso de su país derogue todo el andamiaje político-jurídico que, desde 1962, ha fundamentado el genocida bloqueo económico, comercial y financiero contra Cuba. En particular, la agresiva y extraterritorial Ley Helms-Burton promulgada por el presidente William Clinton en marzo de 1996.

A ello Raúl Castro agregó que el actual o el futuro gobierno de los Estados Unidos que resulte electo en noviembre de 2016 también tendrá que resarcirle al pueblo cubano, sin condiciones de ningún tipo, los daños humanos (entre ellos, 3.478 muertos y 2.099 discapacitados) y los inconmensurables costos económicos (valorados en cientos de miles de millones de dólares) que le han causado las multifacéticas agresiones perpetradas por sucesivos gobiernos estadounidenses desde los primeros meses de 1959 hasta la actualidad.

Asimismo, que devolverle a Cuba el territorio que ilegalmente ocupa desde hace más de un siglo la base naval estadounidense



ubicada en la entrada de la Bahía de Guantánamo, interrumpir las transmisiones radiales y televisivas violatorias de las normas internacionales que se siguen realizando desde los Estados Unidos (incluidas las que realizan las mal llamadas Radio y TV Martí) y, sobre todo, archivar definitivamente sus proclamadas pretensiones de producir, con métodos más sofisticados y eficaces que los que hasta ahora se han empleado, el “cambio del régimen” político, económico, social y cultural –expresamente identificados con los ideales del socialismo– que, con el consistente apoyo de la mayoría absoluta de la población cubana, se ha venido construyendo en Cuba desde hace exactamente 54 años.

En mi concepto, mientras el gobierno permanente y el actual o los futuros gobiernos temporales estadounidenses no abandonen ese avieso objetivo, tanto en su narrativa como en sus diversas prácticas orientadas a fabricar una oposición artificial a la revolución, el pueblo cubano, su actual y sus futuros gobiernos –comenzando por el que será electo por la Asamblea Nacional del Poder Popular el 24 de febrero de 2018– estarán constantemente obligados a resignificar las sabias y vigentes alegorías planteadas en 1891 por José Martí en su célebre ensayo *Nuestra América*:

“Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fognazo, vuelve de noche al lugar de la presa. [...] No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima...”.



por MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO. *Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá e investigador asociado del CELA.*



LA DESIGUAL RELACIÓN ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EL GRAN CARIBE

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX ESTADOS UNIDOS TUVO Y TIENE BAJO SU CONTROL GRAN PARTE DEL GRAN CARIBE. DIVERSAS FUERON LAS ESTRATEGIAS UTILIZADAS PARA ALCANZAR ESE OBJETIVO Y MANTENER LA DOMINACIÓN. CUANDO FALLARON LOS MEDIOS ECONÓMICOS Y POLÍTICOS O LA OFENSIVA CULTURAL, SE UTILIZÓ LA INTERVENCIÓN MILITAR. LA DIALÉCTICA DESARROLLADA DESDE ENTONCES SIGUE GENERANDO CADA VEZ MÁS RIQUEZA EN UN POLO Y MÁS POBREZA EN EL OTRO. UN REPASO POR UNA HISTORIA DE DOMINACIÓN, LUCHA Y RESISTENCIA.

E

l Caribe insular tiene una relación muy antigua con Estados Unidos. Se remonta a principios del siglo XVII cuando Gran Bretaña fundó colonias en la costa oriental de Norteamérica. Las colonias inglesas prosperaron gracias a las riquezas de la economía esclavista recién creada en el Caribe que desarrolló una relación estrecha con la naciente industrialización de Inglaterra. El comercio marítimo triangular que unía Europa, África y el Caribe se convirtió en la ruta más próspera de su época. También estimuló la economía esclavista de Norteamérica (algodón), convirtiéndose en un polo de la acumulación primitiva capitalista.

Con el nacimiento de Estados Unidos a fines del siglo XVIII, la nueva república comenzó a ver el Caribe con nuevos ojos. Más que un socio comercial, las islas se convierten en un área codiciada para la anexión. Al mismo tiempo, a principios del siglo XIX, Estados Unidos inició su marcha hacia el Pacífico (narrada en su epopeya del *Wild West*), arrasando pueblos indígenas, comprando colonias francesas y apropiándose de casi la mitad de México. Durante la segunda mitad del siglo XIX exploró Centroamérica con intenciones de sumarla a su Unión. Colombia y Venezuela también eran vistas como candidatas para ser convertidas en territorios de EE.UU.

A principios del siglo XX Washington tenía bajo su control la totalidad del Golfo de México, el Caribe insular, Centroamérica y el istmo de Panamá, donde construyó el canal interoceánico. La expansión norteamericana le permitió convertir a la región en un área de explotación económica que arrojó enormes ganancias para sus empresas capitalistas. El canal de Panamá, a su vez, unió las dos costas de EE.UU. –tanto del Atlántico como la del Pacífico– generando un crecimiento industrial desconocido hasta esa época.

La relación entre ambas regiones transformó políticamente a EE.UU. y al mismo tiempo revolucionó las instituciones del Gran Caribe. Las repúblicas (antiguas colonias españolas) se convirtieron en el siglo XX en feudos de Washington respondiendo a sus demandas económicas. Las rutas comerciales de todos los países de la región adoptaron un solo destino: los puertos norteamericanos. Los regímenes políticos respondieron a la nueva realidad. La industrialización mediante la sustitución de importaciones, que surgió durante la Segunda Guerra Mundial, hizo los vínculos con EE.UU. aún más fuertes.

A partir de mediados del siglo pasado la “conquista” económica y política fue complementada por una ofensiva ideológica que pretendió homogenizar la región y subordinarla a los patrones

culturales de EE.UU. Nuevas instituciones como las comunicaciones electrónicas, la educación popular y los deportes se convirtieron en instrumentos de penetración. A su vez, las viejas instituciones como la Iglesia, los partidos políticos y la familia fueron blancos de los ataques más feroces por parte de EE.UU. Cuando fallaban los medios económicos y políticos de penetración o la ofensiva cultural, EE.UU. hacía uso de su última carta que era la intervención militar. Desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XXI, EE.UU. ha utilizado la fuerza armada constantemente para someter a los pueblos de la región del Gran Caribe.

Los avances de EE.UU. en la región no han sido parejos a lo largo de la historia. La Revolución Cubana marco un hito en 1959. Los primeros años del siglo XXI inauguran un nuevo período de resistencia. La Revolución Cubana tiene, en la actualidad, una aliada en la Revolución Bolivariana de Venezuela. En Centroamérica, dos gobiernos frentistas –de antiguas guerrillas revolucionarias– están en el poder en Nicaragua y El Salvador, respectivamente. En el caso de Colombia y México es cada vez más difícil para EE.UU. dominar las agudas contradicciones sociales que caracterizan a esas naciones. Para muchos países del Caribe insular, Venezuela se ha convertido en el socio comercial más importante.

A partir de 1990, el Gran Caribe comenzó a cuestionar la hegemonía de EE.UU. de manera creciente. Washington se percató del cambio en la correlación de fuerzas y está buscando una alternativa para enfrentar el nuevo bloque histórico que se está consolidando. Los planes globales de EE.UU. no le dan a América latina prioridad. Más bien EE.UU. privilegia el Oriente asiático, el Medio Oriente y, como siempre, Europa.

A pesar de ello, entre 2005 y 2015, EE.UU. se mantiene muy activo desestabilizando la región y desarrollando una política divisionista.

EE.UU. considera que su carta principal para conservar su dominio en América latina es la militar. En cambio, es consciente que se está debilitando en el campo económico y político. Examinaremos los cambios que ha experimentado la economía norteamericana y su relación con el Gran Caribe. También buscaremos las claves que explican los cambios políticos que caracterizan las relaciones entre las dos regiones. A su vez, se verá cómo se ha resquebrado parcialmente la hegemonía cultural construida durante un siglo y medio en la región por parte de EE.UU. Por último, ante la situación cambiante en lo económico y político, Washington ha recurrido al arma que aún sigue siendo su as: la carta militar.

A partir de mediados del siglo pasado la “conquista” económica y política fue complementada por una ofensiva ideológica que pretendió homogenizar la región y subordinarla a los patrones culturales de EE.UU. Nuevas instituciones como las comunicaciones electrónicas, la educación popular y los deportes se convirtieron en instrumentos de penetración.



La acumulación capitalista

Concluida la guerra civil norteamericana (1860-1865), hasta fines del siglo XX el crecimiento económico de EE.UU. fue constante. Se pueden considerar las grandes recesiones capitalistas de 1870 y 1929 como crisis de reacomodo de la forma de acumulación. De una pequeña potencia en aquella época hace siglo y medio, se convirtió en la potencia capitalista hegemónica en el siglo XX.

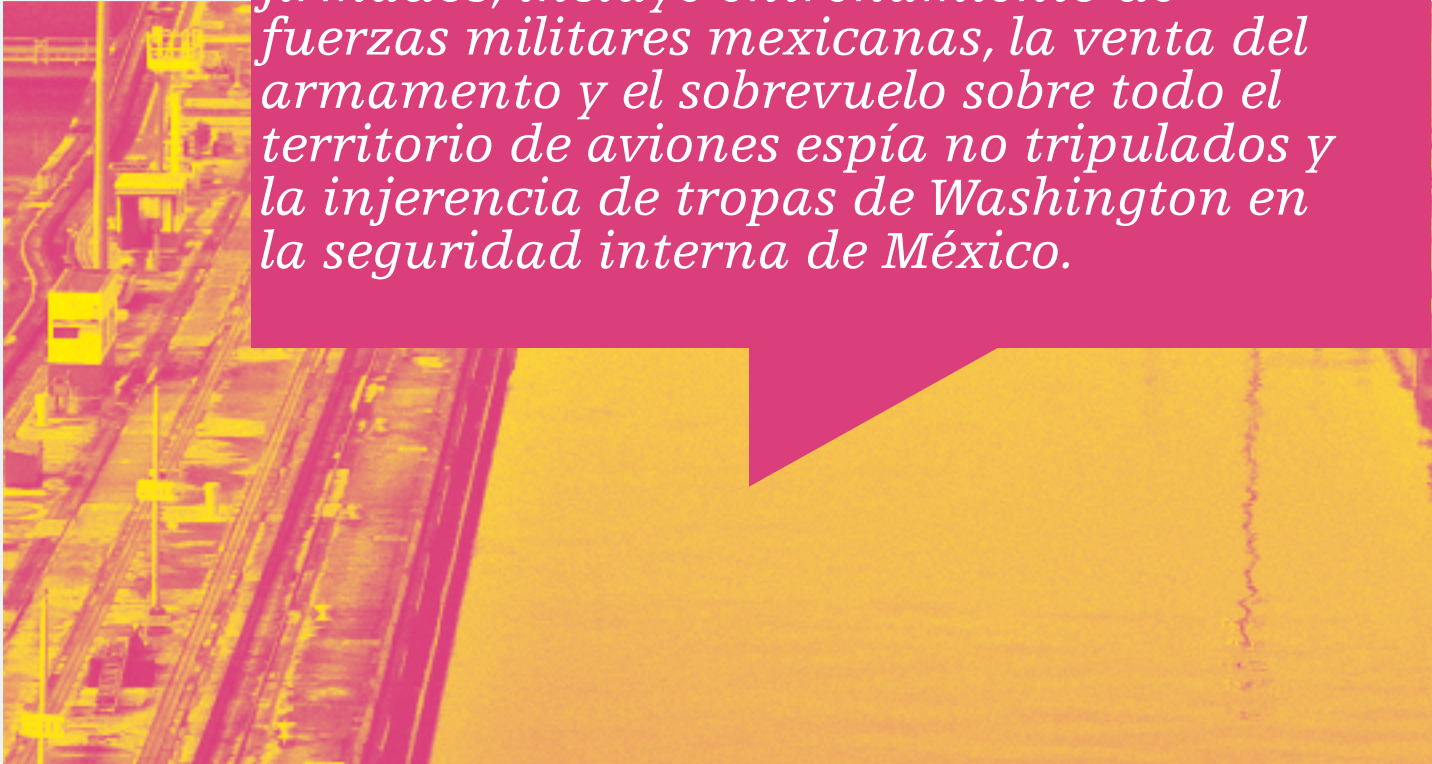
Este salto lo dio sobre la base de la explotación de una masa laboral concentrada en un país continental que logró subyugar al resto del mundo que le proporcionaba materias primas y la mano de obra que requería su crecimiento industrial. Al mismo tiempo logró construir un imperio financiero que tenía tentáculos en todos los continentes.

Para acumular las riquezas generadas por una creciente clase obrera, EE.UU. se lanzó en primera instancia –siglo XIX– a la conquista de México y el Gran Caribe. Los territorios mexicanos anexados a la Unión y las riquezas mineras del país azteca alimentaron la industria norteamericana. El Caribe y Centroamérica fueron generosos en proporcionar alimentos para los traba-

jadores industriales del norte. Al mismo tiempo, Panamá abrió su angosto istmo para que el pujante “Este” norteamericano se uniera al “Oeste”. A partir de la década de 1920 –hace 90 años–, Venezuela abrió sus entrañas para enviar un chorro continuo de petróleo al poder del norte.

La industrialización norteamericana parecía incansable e insaciable. EE.UU. no sólo se apropió de los recursos naturales y riquezas, también neutralizó y destruyó todo esfuerzo por las clases productivas del Gran Caribe (incluyendo México, Colombia y Venezuela) para impulsar su propio desarrollo y surgir como competidores. Los grandes industriales norteamericanos invertían en la región, con financiamiento de Wall Street y bajo la protección militar del gobierno de Washington. Mientras EE.UU. acumulaba sobre la base de la explotación de los obreros norteamericanos y la superexplotación de los trabajadores caribeños, los países de la región se hacían más dependientes. La dialéctica generaba cada vez más riqueza en un polo y más pobreza en el otro.

La Revolución Cubana en 1959 fue el primer signo de rebelión frente a esta lógica perversa. Como castigo, EE.UU. bloqueó el



La Iniciativa Mérida, según los acuerdos firmados, incluye entrenamiento de fuerzas militares mexicanas, la venta del armamento y el sobrevuelo sobre todo el territorio de aviones espía no tripulados y la injerencia de tropas de Washington en la seguridad interna de México.

acceso de la economía cubana al mercado mundial. La política neoliberal (financiación de la economía norteamericana) a partir de la década de 1970 tuvo efectos desastrosos para la región. La llamada “década perdida” de 1980 golpeó a la región que intentaba acomodarse sin éxito a los cambios de modelo de acumulación de EE.UU. En la década de 1990 la nueva política neoliberal les dio oxígeno a las economías capitalistas latinoamericanas iniciando un proceso de traspaso de las riquezas ahorradas por los trabajadores (90 por ciento de la población) a una pequeña minoría formada por las oligarquías y sus socios. El modelo sustentado sobre la flexibilización del trabajo, la desregulación y la privatización logró producir un *boom* que duró cinco años, en algunos casos diez. Sin embargo, rápidamente se desinfló y provocó reflujos en todos los países. Donde más se sintió el latigazo fue en países como Honduras, Nicaragua, El Salvador y Venezuela. Gobiernos populistas (alianzas obrero-burguesas) llegaron al poder y descubrieron que EE.UU. no representaba una salida para la crisis económica que habían heredado de los neoliberales. En alianza con Cuba se formó el ALBA bajo el liderazgo de Fidel Castro y Hugo Chávez.



La dominación política

EE.UU. logró someter a los países del Gran Caribe sobre la base de una estrategia que ponía a un sector de la oligarquía a luchar contra la otra. Cuando era conveniente a sus intereses movilizaba a las fuerzas populares: artesanos, campesinos, obreros y/o capas medias. Los conservadores con la Iglesia Católica como aliada se enfrentaban a los liberales y sus cuadros masones, mientras que EE.UU. consolidaba posiciones dentro de la estructura política. Cuando Washington les daba prioridad a sus intereses mineros se aliaba a los liberales enemigos de los terratenientes conservadores.

La resistencia a los planes de dominación norteamericana por parte de los pueblos del Gran Caribe –a fines del siglo XIX y durante el siglo XX– obligó a EE.UU. a imponer dictaduras militares para continuar extrayendo ganancias extraordinarias de la región. Cuba fue el único país latinoamericano en el siglo XX que logró liberarse del yugo político de las grandes corporaciones norteamericanas y los militares locales.

El colapso de los gobiernos “desarrollistas” y la nueva política “neoliberal” vio nacer una nueva oligarquía financiera. La alianza política, encabezada por la fracción financiera, se apoderó del Estado y de los partidos políticos, tanto de derecha como los de izquierda. El PRI (México), PRD (Panamá), MLN (Costa Rica), PLN (Rep. Dominicana), y otros, asumieron el proyecto neoliberal como solución única a los problemas de la región. Este cuadro fue resquebrajado cuando apareció, en el marco del vacío creado por la vieja “izquierda”, la Nueva República/PSUV (Venezuela) encabezada por el comandante Hugo Chávez. Igualmente, los frentes militares de liberación nacional de las décadas de 1970 y 1980 –FSLN y FMLN– llegaron al poder mediante elecciones a principios del siglo XXI.

Los países del ALBA (Cuba, Venezuela, Nicaragua y varias islas del Caribe insular) han logrado mantener, a pesar de los ataques de EE.UU., un frente común con mucha autonomía. En cambio, las otras izquierdas en el poder tuvieron que negociar con Washington para conservar los espacios necesarios para seguir gobernando.

EE.UU. no abandonó sus tácticas golpistas. En 2002 organizó un golpe militar-corporativo contra el presidente Hugo Chávez que fue frustrado en Venezuela. En 2007 derrocó al presidente Mel Zelaya en Honduras. En la actualidad mantiene una política de desestabilización permanente contra los gobiernos frentistas de Nicaragua y El Salvador. En México la “guerra contra las drogas” ha cobrado 70 mil víctimas. En Colombia no ha podido cercar a las insurrecciones lideradas por las FARC y el ELN. En la actualidad, ha declarado a Venezuela una amenaza a su seguridad nacional y prepara nuevos golpes contra el presidente Nicolás Maduro.

La fuerza militar

La coyuntura nos presenta un mundo capitalista convulsionado, con la potencia hegemónica agonizando –pero dominante– y un Gran Caribe insurreccional. Poderío militar que ha dejado de tener una base social capaz de reproducirse. Los ideólogos norteamericanos tienden a descartar el cambio radical que vive el mundo y el papel de EE.UU. No lo ven a la luz de la declinación económica de EE.UU. Reducen la cuestión al poderío militar, a la producción de armas y a la conquista de fuentes energéticas (para bloquear su libre acceso por parte de sus competidores). Estas fuentes no están distribuidas al azar: Medio Oriente, Rusia y el Gran Caribe (Venezuela y México).

Cuando fallaban los medios económicos y políticos de penetración o la ofensiva cultural, EE.UU. hacía uso de su última carta que era la intervención militar. Desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo XXI, EE.UU. ha utilizado la fuerza armada constantemente para someter a los pueblos de la región del Gran Caribe.

38 bases militares de EE.UU. en Centroamérica y el Caribe

EE.UU. tiene en la actualidad un total de 761 “lugares” militares más allá de sus fronteras. En el Gran Caribe cuenta con 38 bases militares conocidas, sin incluir las que operan en Puerto Rico. En el Caribe insular que fueron colonias no-españolas cuenta con 10 bases militares. Por un lado, la base aérea “Reina Beatriz” en Aruba que está a pocos kilómetros de las costas de Venezuela. En Curazao cuenta con una base aérea en Hato Rey. En Guadalupe tiene dos bases aéreas y navales comandadas en el marco de la OTAN (en conjunto con Francia). A sólo 600 kilómetros al norte de Venezuela se encuentra el 41º Batallón francés de la Infantería de Marina.

En Martinica también tiene dos bases en conjunto con la OTAN. El caso de Martinica es similar al de Guadalupe, con por lo menos dos bases francesas (OTAN). En el lugar el ejército francés cuenta con más de 1.000 efectivos permanentes, incluyendo el 33º Regimiento de Infantería con sede en la capital Fort de France. Allí además se encuentra estacionada la Marina de Guerra con 500 efectivos. Junto con Guadalupe, Martinica fue una escala durante la guerra de las Malvinas y la invasión de Granada. En Haití hay una base aérea y naval, además de la presencia militar norteamericana, coordina las 20 mil tropas de las fuerzas ocupantes de las Naciones Unidas.

En el Caribe suramericano, EE.UU. cuenta con ocho bases militares en Colombia. La base aérea de Apiay, en el Departamento del Meta. La base aérea de Malambo, ubicada en el área metropolitana de Barranquilla. La base aérea de Palanquero, situada en Puerto Salgar, en Cundinamarca (cuenta con una pista de aterrizaje de 3.500 metros). La base aérea de Tolemaida, Tolima (considerado el fuerte militar más grande de Latinoamérica con una fuerza de despliegue rápido). La base naval de Bahía Málaga, en el Pacífico colombiano, cerca de Buenaventura. Por último, la base naval de Cartagena, en la costa del mar Caribe.

A estos emplazamientos se suman la base aérea de Tres Esquinas ubicada en el Departamento de Caquetá. La base aérea Larrandia, en el mismo departamento. Además, el puerto de Turbo (muy cercano a la frontera con Panamá) se utiliza para el aprovisionamiento de la IV Flota.

En Centroamérica, EE.UU. tiene bases en El Salvador, Honduras, Costa Rica y Panamá.

En Costa Rica, EE.UU. tiene dos bases militares. Por un lado, la base aérea y naval en el área de Liberia. En 2010 el Congreso nacional autorizó el desembarco de miles de soldados norteamericanos en medio de un conflicto entre Costa Rica y Nicaragua. Por el otro, la base naval en la localidad de Caldera. El

subcomandante del Ejército Sur norteamericano, Paul Trivelli, informó sobre la inversión de 15 millones de dólares en Caldera, provincia de Puntarenas. Allí funcionará, además, una escuela para el adiestramiento de oficiales de guardacostas.

En El Salvador, EE.UU. tiene una base aérea en Comalapa, muy próxima al aeropuerto internacional de San Salvador, que opera desde los tiempos de la insurrección popular en la década de 1980. No hay información sobre bases militares extranjeras en Guatemala. Sin embargo, hay evidencias de que se ha extendido a este país la estrategia norteamericana de la guerra contra las drogas. En Honduras, EE.UU. tiene la base más grande de la región en Soto Cano, Palmerola, con una pista de 2.600 metros. Otra base aérea está en Puerto Lempira, sobre la laguna Caratasca, en el Departamento Gracias a Dios, próxima a la costa del mar Caribe. También tiene una base aérea en Guanaja, en el departamento Islas de la Bahía, en el Caribe.

En Panamá, EE.UU. tiene 12 bases aeronavales en ambas costas. Sobre el Caribe está la base aérea y naval Sherman, sobre la salida norte del canal de Panamá, en la provincia de Colón. La base aérea y naval El Porvenir, en la comarca Kuna. También, la base aérea y naval Puerto Obaldía, en la frontera con Colombia. Además, la base aérea y naval San Vicente, en Metetí, provincia de Darién, cercana a la frontera con Colombia. Por último, la base aérea y naval Rambala, en Bocas del Toro.

Sobre el Pacífico, EE.UU. tiene bases aeronavales en Chaperá, Puerto Piña (en Darién), Piedra (en Chiriquí), Punta Coco (Archipiélago de las Perlas), Isla Galera, Mensabé (en Los Santos) y en la isla de Coiba (en Veraguas).

En México, EE.UU. tiene dos bases conocidas. La militarización de la lucha antidrogas, con la intervención directa de EE.UU., ha dejado en los últimos años decenas de miles de muertos. La Iniciativa Mérida, según los acuerdos firmados, incluye entrenamiento de fuerzas militares mexicanas, la venta del armamento y el sobrevuelo sobre todo el territorio de aviones espía no tripulados y la injerencia de tropas de Washington en la seguridad interna de México.

En mayo de 2011 se crearon dos bases militares en la frontera con Guatemala. Las dos bases militares están situadas en Chiquimosuelo y Jiquipilas. Esto complementa la presencia de catorce mil militares en el estado de Chiapas, y asegura que México está "ocupada" por los organismos de seguridad de EE.UU.

En República Dominicana hay una base naval patrocinada por EE.UU. en la isla de Saona, en el extremo sureste del país.

Puerto Rico es considerado por EE.UU. como un "Estado Libre Asociado". La isla fue ocupada militarmente en 1898 como "botín de guerra" después de la guerra de independencia de Cuba.

Ventas de armas de EE.UU. a América latina 2005-2010

Entre 2005 y 2010 la venta de armas de EE.UU. a América latina casi se duplicó. En 2005 EE.UU. vendía a los países de la región mil millones de dólares en armas. En 2010 la suma llegó a 1,7 mil millones de dólares. En el período de cinco años, EE.UU. vendió armamento por un total de 9,2 mil millones de dólares a América latina. Cifras extraoficiales colocan las ventas de armas de EE.UU. a los países latinoamericanos entre 2011 y 2014 en otros 15 mil millones. Aún no se tiene la información.

Ventas de armas de EE.UU. a América latina 2005-2010 (en dólares)

2005	1.071.212.054
2006	1.435.276.238
2007	1.194.534.296
2008	1.921.083.254
2009	1.898.858.064
2010	1.726.581.395
Total	9.247.545.301

En la región del Gran Caribe se encuentran los dos países más comprometidos con compras de armas a EE.UU. México compró en el período 2005-2010 por 3,2 mil millones de dólares. Colombia siguió con 2 mil millones de dólares. Sólo estos dos países representan más de la mitad de las compras de la región a EE.UU.

República Dominicana adquirió armas por un total de 150 millones de dólares. Costa Rica (88 millones), Panamá (65,8 millones) y Venezuela (65,2 millones) fueron los países que siguieron en la lista de países del Gran Caribe que adquirieron armas en EE.UU. A pesar de que en Costa Rica y Panamá no tienen ejércitos según establecen sus Constituciones políticas, compraron armas por un total de –entre ambos países– 153 millones de dólares entre 2005 y 2010.

por **MARÍA FERNANDA MARTÍNEZ**. *Economista y
Docente UBA. Especialista en Energía*

por **ANDREA VLAHUSIC**. *Abogada y Docente UBA.
Especialista en Energía*



LOS RECURSOS NATURALES SON VASTOS Y VARIADOS EN LA REGIÓN, DESTACÁNDOSE LAS POTENCIALIDADES DE SUS RECURSOS ENERGÉTICOS. PARA DISEÑAR UNA POLÍTICA ENERGÉTICA EXITOSA ES FUNDAMENTAL TENER EL CONTROL DE LAS EMPRESAS PRODUCTORAS DE ENERGÍA, YA QUE LOS OBJETIVOS DE LAS EMPRESAS PRIVADAS DIFIEREN DEL BENEFICIO SOCIAL Y EL BIEN COMÚN. EN ESTE MARCO, AFIANZAR EL DESARROLLO DE POLÍTICAS CONJUNTAS SE VUELVE IMPRESCINDIBLE PARA ENFRENTAR LAS ESTRATEGIAS INTERNACIONALES QUE BUSCAN GENERAR INCERTIDUMBRE ECONÓMICA Y POLÍTICA.

LAS ESTRATEGIAS DE LATINOAMÉRICA FRENTE A LOS NUEVOS ESCENARIOS ENERGÉTICOS



Una región rica en recursos energéticos

La predominancia en el escenario geopolítico mundial que ha desarrollado Latinoamérica en los últimos tiempos se verifica, entre otras cuestiones, en sus procesos de integración. Así, a la construcción de la Unasur se suma recientemente la incorporación de Venezuela al Mercosur, que ha posibilitado su inclusión en el seno del intercambio comercial entre nuestros países.

Los recursos naturales son vastos y variados en la región, y en este sentido se destacan las potencialidades de sus recursos energéticos (tanto en su variante de la matriz primaria como secundaria). Ahora bien, esta ventaja comparativa también requiere de políticas que permitan el desarrollo de actividades que adicione valor agregado sobre estos mismos recursos.

El desafío es complejo, pues según el Informe sobre Comercio Mundial de Recursos Naturales de la OMC, para el año 2013 el 47% de las exportaciones totales mundiales de recursos naturales correspondió a América del Sur y Central, siendo la participación mundial de estos recursos en las exportaciones totales de mercancías del 25 por ciento.

Según el Informe sobre Comercio Mundial de Recursos Naturales de la OMC, para el año 2013 el 47% de las exportaciones totales mundiales de recursos naturales correspondió a América del Sur y Central, siendo la participación mundial de estos recursos en las exportaciones totales de mercancías del 25 por ciento.

El legado de la ola neoliberal en la región

Durante la década de los noventa una parte relevante de la infraestructura energética latinoamericana fue supeditada a la propiedad extranjera, permitiendo que empresas multinacionales se apropiaran de amplios sectores de provisión de la energía (producción, transporte, distribución y comercialización), mediante el flujo de capitales del exterior (conforme las consabidas privatizaciones y/o la inversión extranjera directa -IED-). El proceso fue expansivo en todos los países de la región, pero su mayor expresión se dio en la Argentina, donde en el período 1990 a 2000 se permitió que aproximadamente un 70% de la inversión en el sector energético (incluyendo el eléctrico, el gasífero y las industrias extractivas) fuera propiedad de origen extranjero, a razón de 8.000 millones de dólares promedio anual de IED, según datos de la CEPAL. Dicho proceso fue garantizado a través de la fijación de políticas de precios y tarifas de mercado que establecieron beneficios considerables en dólares para todo el sector energético, cuya rentabilidad alcanzó un valor aproximado del orden del 12,7%, sobre el capital invertido (en comparación, en el mismo período la industria manufacturera observó un retorno aproximado del 7,2%). Además, en el período analizado la remisión de utilidades (de libre disponibilidad para el sector energético) y la salida de capitales alcanzaron niveles exorbitantes, que según estudios publicados por FLACSO sobre fuga de capitales y endeudamiento externo en la Argentina, permitieron una recuperación acelerada del capital invertido. La incidencia de estas políticas económicas derivó en una geopolítica restrictiva tras varios años de interacción en línea con los mandatos de Estados Unidos y Europa. Esto redundó, entre otras cosas, en un complejo predominio de la jurisdicción internacional, que les permitió a las empresas multinacionales



dirimir conflictos con los Estados ante tribunales internacionales y otros mecanismos tales como el CIADI, basándose en los tratados bilaterales de inversión (TBI) que se celebraron con distintos países. Estos tratados permiten que, bajo la “Cláusula de la Nación Más Favorecida”, las multinacionales eviten cumplir con la normativa interna de cada país, procurando un trato más beneficioso. Asimismo, estas normas les otorgan a las empresas la posibilidad de dirimir sus conflictos con los Estados en un pseudo tribunal internacional como es el CIADI (que en realidad es un “mecanismo de solución de diferencias comerciales” del Banco Mundial), colocando a ambas partes en un pie de igualdad, en oposición a las reglas básicas del derecho internacional. En la Argentina continúan vigentes 50 TBI a los que se suma el Convenio del CIADI, a diferencia de otros países de la región que celebraron menos tratados de este tipo y los fueron denunciando a medida que se cumplían los plazos de vigencia inicial. La persistente inclinación de los arbitrajes del CIADI en favor de los inversores extranjeros y el aumento exponencial de casos han llevado en los últimos años a que varios países de la región decidan retirarse oficialmente del CIADI. Bolivia fue el primer Estado en presentar la denuncia de la convención del CIADI (notificada en mayo del 2007 y efectiva en noviembre del 2007), seguida por Ecuador (notificada en julio del 2009 y efectiva en enero del 2010), Venezuela que anunció oficialmente su denuncia el 24 de enero del 2012, la cual resultó efectiva a partir de julio de ese año, y Brasil, que nunca ingresó al Convenio del CIADI.

De los 50 casos iniciados contra la Argentina, el país había ganado, resuelto, suspendido u obtenido la anulación de 26 casos por un monto de 16 mil millones de dólares. El resto están pendientes y en conjunto alcanzan reclamos por 20 mil millones de dólares.

Las transformaciones requeridas

Luego de unos años de transformaciones políticas en el subcontinente, recién en la actualidad los gobiernos sudamericanos intentan negociar y proceder a nuevos acuerdos con potencias emergentes, fundamentalmente Rusia y China. El objetivo resulta claro, buscando otorgar mayores grados de libertad sobre las políticas públicas aplicadas en estas latitudes.

El otro elemento que la mayoría de los países ha venido procesando como camino hacia una mayor autonomía es la búsqueda de agregar valor a los insumos energéticos. En este proceso se destaca prioritariamente el fenómeno boliviano, que ha permitido no sólo generar ingresos a través de la exportación del gas a Brasil y la Argentina, sino también que ha perseguido una política de industrialización de sus hidrocarburos, tema que no estaba en la agenda de los anteriores gobiernos de ese país. Los dos grandes megaproyectos bolivianos se circunscriben a: a) los proyectos de úrea y amoníaco, a partir de la planta separadora menor de Río Grande y b) los proyectos de etileno y propileno que se instalarán en el Gran Chaco, actualmente a cargo de la Empresa Boliviana de Industrialización de los Hidrocarburos (EBIH). Por su parte, la planta de separación de líquidos de Río Grande en Santa Cruz permitió abastecer de gas licuado de petróleo al mercado interno boliviano, evitando de este modo los requerimientos históricos de importación. Asimismo, ha permitido su exportación a países de la región, mayormente Paraguay (92%) y en menor medida Uruguay (5%) y Perú (2%).

Cabe mencionar que la mayoría de los países han avanzado en el desarrollo de políticas que permiten atender a los sectores más vulnerables de la población, mediando subsidios o políticas de promoción especiales, como los planes de Garrafa Social en la Argentina, o el Fondo de Inclusión Social Energético en Perú, o en este marco, entre 2006 y 2014, Bolivia instaló 410.000 redes



de gas natural domiciliario, con las que se benefició aproximadamente a 1,6 millones de usuarios. También Venezuela ha efectuado un desarrollo de políticas sociales sin precedentes, con fondos provenientes de PDVSA, la empresa estatal de petróleo. Estos fueron utilizados para la construcción de miles de viviendas destinadas a las poblaciones desplazadas y vulnerables (Gran Misión Vivienda Venezuela), o a la comercialización y provisión confiable y a precios subsidiados de alimentos (Gran Misión Alimentos) destinados a unos 16 millones de venezolanos, que acceden hoy, asimismo, a diversos servicios educativos, de salud y transporte, mejorando no sólo sus condiciones de acceso a la energía, sino su calidad de vida en general.

Paralelamente, todos los países de la región han efectuado inversiones, en su mayor parte promovidas por sus empresas energéticas nacionales, para desarrollar proyectos energéticos de envergadura, como los de infraestructura de regasificación de GNL (gas natural licuado) actualmente en construcción en Chile, Brasil, Uruguay, Colombia, la explotación de las fuentes de energía del PreSal en Brasil y la exploración de recursos no convencionales en la Argentina, por citar los más relevantes. Todos los proyectos, de alguna manera, intentan acompañar el crecimiento económico verificado en estos últimos años y proyectan la posibilidad de integrar aún más los mercados de Sudamérica. Podemos observar que el proceso recién ha comenzado, con ciertas limitaciones pero manteniendo coherencia en cuanto al logro de una industrialización paulatina de los insumos energéticos, y asimismo permitiendo el acceso universal a la energía para toda la población.

En este sentido, se requiere profundizar los esfuerzos en el diseño de políticas nacionales y regionales que permitan estructurar el crecimiento de manufacturas derivadas de los recursos naturales, garanticen el intercambio de tecnologías, conocimientos y acentúen los objetivos comunes entre los diversos países que conforman la Unasur.

No resulta menor la existencia de múltiples conflictos en estos últimos años, que se dirimen especialmente en el ámbito energético. Así pues, la actual política estratégica de Estados Unidos a través de sus alianzas internacionales ha propiciado una fuerte baja del precio del crudo, hecho que afecta especialmente a Venezuela y Ecuador, pero por sus interrelaciones con el mercado de gas, la problemática también se expande en sus efectos a Bolivia, Brasil y la Argentina. Otro tanto ha ocurrido en el seno del capital financiero, no sólo respecto de la operatoria de los fondos buitres, sino en el propio centro del negocio de YPF, pues el fondo Burford Capital Limited, dedicado a financiar juicios corporativos, actualmente apuesta a recibir una retribución que supera los 1.000 millones de dólares por parte de YPF, conforme una demanda elevada ante el CIADI, hecho que nuevamente limita y complica el acceso a un financiamiento a tasas razonables.

América del Sur. El mapa regional de la energía

Conforme estadísticas de la Organización Latinoamericana de la Energía (OLADE), Sudamérica posee una proporción relevante de las diversas fuentes de energía a nivel mundial. Así, Venezuela y Brasil son potencias que disputan el liderazgo, tanto por la magnitud de reservas que presentan, sobre todo para el caso venezolano, como por su capacidad de refinación, en ambos casos.

Por su parte, la Argentina comienza a presentar trascendencia internacional en la medida en que se pueda incorporar como reservas su voluminosa magnitud de recursos no convencionales hallados, entre los cuales se destacan unos 802 trillones de pies cúbicos (tcf) de gas natural, que serían recuperables en el mediano plazo.

Si se analizan los datos se puede verificar que un 20% de las reservas de crudo del mundo se localizan en cinco países de Sudamérica.

Reservas de crudo (millones de barriles)

	RESERVAS PROBADAS M BBL.	PART. %	PRODUCCIÓN M BBL.	RATIO AÑOS
Argentina	2.478	0.8%	207	12
Bolivia	194	0.1%	16	12
Brasil	15.502	4.8%	770	19,5
Ecuador	6.187	1.9%	183	33,9
Venezuela	297.571	92.4%	1.089	273,3
Total	321.932		2.265	142
AL y Caribe	335.709		3.623	93

Fuente: OLADE, EIA.

Nótese la relevancia de Venezuela, país que luego de incorporar como reservas a aquellas de crudo extra-pesado de la "Faja del Orinoco", presenta una relación reservas/producción del orden de más de 273 años. El promedio de años de autoabastecimiento para toda América latina y el Caribe asciende a los 93 años. Ahora bien, si se toman los datos de gas, se podría señalar que, luego de la publicación del hallazgo de Vaca Muerta, las reservas de América latina (y Caribe) pasaron de representar el 4% al 14% mundial.

En este contexto, la Argentina presentaría unos 481 años de autoabastecimiento, en caso de poder explotar comercialmente y monetizar sus recursos no convencionales.

Reservas de gas natural (miles de millones de m3)

	RESERVAS PROBADAS MM M3	PART. %	PRODUCCIÓN MM M3	RATIO AÑOS
Argentina*	22.278	78.0%	46	481
Bolivia	265	0.9%	16	16
Brasil	459	1.6%	23	20
Ecuador	33	0.1%	1	23
Venezuela	5.529	19.4%	44	126,1
Total	28.564		131	218
AL y Caribe	29.853		284	105

Fuente: OLADE, EIA. *Las reservas de la Argentina contienen los recursos no convencionales (shale-tight) de gas informados por EIA

Si se analiza lo producido en refinación se verifica que la capacidad de refinación de América latina y el Caribe apenas representa un 8% de la capacidad mundial, con la mayor relevancia dada por Brasil y Venezuela, que resultan líderes en la región.

Capacidad de refinación (millones de barriles/día)

	CAPACIDAD DE REFINACIÓN M BBL./DÍA	CONSUMO DE PETRÓLEO M BBL./DÍA
Argentina	665	205
Bolivia	70	23
Brasil	2.116	814
Ecuador	175	78
Uruguay	50	17
Venezuela	1.303	229
Total	4.379	1.366
AL y Caribe	7.097	2.550

Fuente: OLADE, EIA.

Nótese la enorme potencialidad que tiene la región, pues América latina, y más particularmente Sudamérica, tiene una gran oportunidad de desarrollo industrializando sus recursos naturales a través de la refinación y desarrollo de la industria petroquímica y sus conexos.

Capacidad instalada en generación eléctrica (MW)

	HIDRO MW	TERMO MW	NUCLEAR MW	OTROS MW	TOTAL MW
Argentina	11.095	22.660	1.018	87	34.860
Bolivia	485	974	-	-	1.459
Brasil	82.458	31.243	2.007	1.425	117.133
Ecuador	2.243	2.990	-	2	5.235
Uruguay	1.539	1.043	-	127	2.709
Venezuela	14.622	9.961	-	1.122	25.705
Total	112.442	68.871	3.025	2.763	187.101
AL y Caribe	156.862	149.764	43390	5.740	316.756

Fuente: OLADE, EIA, CAMMESA S.A.

Si bien la matriz de generación en promedio se encuentra diversificada, con un 60% de la capacidad concentrada en generación hidráulica, existen diferencias manifiestas entre países. Así, Brasil produce un 70% de su electricidad con centrales hidráulicas, pero la Argentina se ha concentrado en termoeléctricas (despachadas a gas y combustibles) que participan en un 65 por ciento. En este caso debe reconocerse la posibilidad de ampliar las sinergias y contratos de intercambio y compensación entre los países (más amplios y menos onerosos que los existentes). Para ello habrá que aumentar y concretar las condiciones de interconexión y los acuerdos que faciliten tales ejercicios.

Empresas de energía nacionales

En este contexto, los países de Sudamérica han entendido que resulta muy dificultoso diseñar una política energética exitosa sin tener el control de las principales empresas que producen energía, habida cuenta de que los objetivos de las empresas privadas y mucho más de aquellas multinacionales se presentan en general de forma discordante con el beneficio social y el bien común.

Cada país ha realizado sus propias experiencias, algunos crearon sus empresas nacionales de energía tempranamente y desde allí se mantuvieron *en* manos del Estado, como es el caso de Petrobras, en Brasil (durante la presidencia de Getulio Vargas, 1953), o el caso de Venezuela, que en 1976 creó PDVSA (primera presidencia de Carlos Andrés Pérez). Ambas empresas se constituyeron en líderes y referentes, siendo las principales empresas estatales de cada país. También en ambos casos han construido un esquema “abierto a la participación extranjera privada”, como es necesario en industrias que requieren de una alta intensidad en capital. Nótese la relevancia de dichas compañías que presentan un patrimonio relevante y beneficios netos que superan (en promedio anual) los 18.000 millones de dólares para el caso de Petrobras y los 3.000 millones de dólares para PDVSA.

En este grupo también se encuentra Ecuador con su empresa Petroecuador (antes CEPE), creada en 1972.

Este camino también ha debido perseguirse en países en los que antaño existieron empresas estatales de relevancia, pero que en los '90 privatizaron su cadena de empresas energéticas. Así, la Argentina en 2012 ha retomado el control de YPF y Bolivia ha hecho lo mismo en 2006, bajo el gobierno de Evo Morales.

En la mayoría de los casos dichas empresas participan en toda la cadena de valor (producción, transporte y distribución) de forma integrada. Además, la mayoría de ellas mantiene la mayor participación del mercado en cada uno de estos países. Las estrategias de cada empresa son variadas, como se dijera, algunas intentan transformarse en multinacionales de peso, con influencia a nivel continental e inclusive en la OPEP, como es el caso de Ecuador y Venezuela.

Empresas nacionales de energía por país

PAÍS	EMPRESA	OPEP	PRODUCCIÓN M BBL.
Argentina	YPF		Semipública-Participación Mayoritaria Estatal (51%)
Bolivia	YPFB		100%
Brasil	Petrobrás		Semipública-Participación Mayoritaria Estatal
Chile	Enap		100%
Ecuador	Petroecuador	SI	100%
Paraguay	Petropar		100%
Uruguay	Ancap		100%
Venezuela	PDVSA	SI	100%

Fuente: OLADE, Ministerios Públicos e información pública de Empresas

Conclusiones

El proceso de integración y crecimiento en Sudamérica requiere generar una agenda regional que permita ganar en especializaciones productivas entre los países. La abundancia de energía y su actual direccionamiento por parte de los Estados nacionales, a través de empresas estatales, permite avizorar la explotación de sinergias en cuanto a las tecnologías, el conocimiento e inclusive en el comercio, que sólo se han desarrollado de manera incipiente y en forma bilateral entre algunos países.

En este contexto, se hace necesario extremar medidas conjuntas para imponer condiciones comunes y desarrollar mecanismos de financiamiento en una industria al extremo intensiva en capital.

Los fenómenos deben afianzarse estructuralmente mediante la realización de inversiones conjuntas y el desarrollo de proyectos comunes que permitan hacer irreversible el direccionamiento de estas políticas, que deberían adoptarse de manera urgente en el seno de la Unasur.

La existencia de estrategias internacionales destinadas a generar incertidumbre económica y política debe ser compensada con el desarrollo de políticas conjuntas destinadas a explorar las complementariedades entre países y a fortalecer los proyectos que permitan afianzar el desarrollo e industrialización de las materias primas energéticas de la región.

Los países de Sudamérica han entendido que resulta muy difícil diseñar una política energética exitosa sin tener el control de las principales empresas que producen energía, habida cuenta de que los objetivos de las empresas privadas y mucho más de aquellas multinacionales se presentan en general de forma discordante con el beneficio social y el bien común.



LA GUERRA PSICOLÓGICA CONJUGA ASPECTOS POLÍTICOS, ECONÓMICOS, CULTURALES Y MILITARES CON EL OBJETIVO DE GARANTIZAR LA REPRODUCCIÓN DE LA IDEA-REALIDAD DE QUE ESTE SISTEMA ES EL ÚNICO POSIBLE, EL MÁS JUSTO Y EL MÁS ADECUADO PARA PROMOVER LA LIBERTAD. UNA VEZ INSTALADA LA IDEA ES DIFÍCIL DESARTICULARLA POR MÁS QUE LA REALIDAD NO SE AJUSTE A ESE PRESUPUESTO. A CONTINUACIÓN, ALGUNOS EJEMPLOS Y SUS PRINCIPALES OPERADORES.

LA GUERRA PSICOLÓGICA COMO GUERRA PERMANENTE: ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA LATINA



por **SILVINA M. ROMANO**. *Doctora en Ciencia Política, Licenciada en Historia y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba. Posdoctora por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México y Posdoctora por el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y la Sociedad-CONICET*



En la actualidad suele ser un tema recurrente el “poder de los medios de comunicación”, pues instalan temas de debate, ideas sobre lo “bueno y lo malo”, definen elecciones presidenciales e imponen determinados consumos. Sin embargo, se habla muy poco de guerra psicológica. A continuación, exponemos un breve repaso histórico fundamental para comprender cómo y para qué se siguen aplicando, hoy por hoy, estrategias de guerra psicológica, que parecen dar continuidad a la Guerra Fría en la región.

En general, se entiende a la guerra psicológica como propaganda y engaño a través de los medios de comunicación. Sin embargo, se trata de algo mucho más amplio. Considerando las prácticas implementadas desde su institucionalización (inicios de la Guerra Fría) hasta la actualidad, entendemos que incluye y combina estrategias de asistencia para el desarrollo (presión y extorsión económica), el manejo de (des)información (propaganda, programas culturales y de educación, intercambio estudiantil, formación de líderes) y de seguridad (intervención militar, en general de baja intensidad). Resumiendo, se trata de una guerra que conjuga aspectos políticos, económicos, culturales y militares. Con el impulso de la Guerra Fría, el gobierno estadounidense habilitó la implementación de operativos encubiertos en tiempos de paz, siendo las operaciones psicológicas uno de sus pilares. Así, con la Ley de Seguridad Nacional de 1947, se crearon una serie de instituciones que legalizan un Estado de Seguridad Nacional y de secreto (en pos de la seguridad pública) en el que las operaciones psicológicas encarnaron la articulación entre objetivos de seguridad, el expansionismo económico de las transnacionales y la creación de espacios académicos, teorías y publicaciones que explicaban/justificaban el enfrentamiento a la “amenaza soviética”. La teoría de la modernización, el realismo en las relaciones internacionales y las diversas teorías de comunicación funcionalista-sistémicas son parte de este entramado. El objetivo del gobierno y parte del sector privado esta-

dounidense era garantizar el flujo de recursos, materias primas y acceso a mercados en el exterior, para expandir y garantizar el “modo de vida americano”. La guerra psicológica debía orientarse a “conquistar los corazones y las mentes” a favor de dicho modo de vida.

Con respecto a América latina, en un documento secreto (actualmente público) del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense de marzo de 1953, se enunciaba que “los programas estadounidenses de *información y culturales* para los Estados latinoamericanos deben ser orientados a los problemas y la psicología específicos de los Estados del área, con el objetivo de alertarlos sobre los peligros del imperialismo soviético y comunista y de otras subversiones contra Estados Unidos, y *convencerlos de que su propio interés implica orientar sus políticas hacia los objetivos estadounidenses*”.

En esta línea, fueron de especial utilidad los medios masivos (la revista *Life* en español, el programa de radio *La Voz de América*, etc.) y las producciones de Hollywood, que abonaron a la formación de una opinión positiva con respecto a las políticas y la cultura estadounidense. Otro de los pilares de la guerra psicológica, aunque menos conocido, es el intercambio estudiantil. Esto fue promovido con la Ley de Información y Educación (llamada Smith Mundt Act) aprobada en 1948, que tenía por objetivo “habilitar al gobierno para promover una mejor comprensión de



Estados Unidos en otros países y aumentar el mutuo entendimiento entre los estadounidenses y la gente de otros pueblos”. En este escenario cobró cada vez mayor importancia (y creciente institucionalización) el intercambio de estudiantes y el intercambio “cultural”. En los ’60 se sancionó la Ley de Educación Mutua e Intercambio Cultural (o Ley Fullbright) que promovió especialmente el intercambio estudiantil. Una de las virtudes de este intercambio era que atraía a jóvenes que probablemente eran o serían líderes de opinión de sectores clave en diferentes países, y que luego de una estancia en Estados Unidos, serían convencidos de las bondades de esta cultura.

Otro pilar de esta guerra era la “asistencia para el desarrollo”, muy asociada a la presión/extorsión económica. Con la refundación del sistema económico mundial en Bretton Woods, se organizó el modo en que los países centrales “financiarían” el “desarrollo” de los países periféricos. Pero el sistema de “créditos” es ante todo un sistema de dependencia político-económica. De hecho, la aprobación-negación de préstamos ha sido uno de los caballos de batalla más utilizados por el gobierno estadounidense a la hora de presionar a aquellos gobiernos que se distancian de los lineamientos planteados por el país del Norte. Fue el caso de la presión (y posterior derrocamiento) de Jacobo Arbenz en Guatemala, el embargo económico a Cuba (¡aún vigente!), la presión al gobierno de João Goulart en Brasil y el “desangramiento”

Uno de los casos paradigmáticos de esta guerra es la dirigida contra los gobiernos de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro en Venezuela. Aunque parezca simple y repetido, el petróleo es sin dudas el eje de esta contienda, pues se trata de un recurso fundamental para la reproducción del complejo industrial-militar de Estados Unidos.

de la economía chilena durante el gobierno de Salvador Allende. Esta estrategia se articulaba con campañas en la prensa local e internacional, de modo de generar un clima de caos y desesperación en la población, pues se instalaba la idea de que si estos gobiernos no recibían los créditos, sobrevendría una larga y dura crisis que afectaría a las mayorías, de la cual no habría salida.

Además, la prensa estadounidense, y a nivel continental, la Sociedad Interamericana de Prensa, siempre se hicieron un espacio para criticar todas y cada una de las políticas económicas de gobiernos que se alejaban de la tutela estadounidense (calificadas como prosoviéticas, fallidas, equivocadas, destinadas a engañar la población, corruptas, etc.).

A lo anterior, se sumaban los mecanismos de asistencia para el desarrollo, encarnados en aquel momento por la Agencia para el Desarrollo Internacional y los programas de la Alianza para el Progreso (lanzada en 1961 por el gobierno de John F. Kennedy), que aplicaron programas de alta injerencia política: desde la promoción de la revolución verde hasta programas educativos e incluso el entrenamiento de las policías locales.

A partir de los '80, acciones típicas de la guerra psicológica como asistencia para el desarrollo, programas de información y culturales, fueron integradas bajo el eufemismo de "diplomacia pública". Con Reagan, esta diplomacia adquiere un rol primordial en tanto estrategia para obtener apoyo a nivel nacional e internacional en el contexto del triunfo del sandinismo en Nicaragua. El objetivo era "impulsar la democracia" y para ello se crea la National Endowment for Democracy (NED), con el auspicio de la iniciativa privada (aunque en gran medida financiada por el gobierno) y "sin fines de lucro". El objetivo de la NED era (es) ayudar a construir una infraestructura democrática en sistemas políticos "débiles". La NED financió a los medios de prensa estadounidenses para hacer propaganda a favor de la Contra, que buscaba (supuestamente) construir una democracia más sólida en Nicaragua. El objetivo no confeso era acabar con el sandinismo.

El actual gobierno estadounidense, en parte para diferenciarse de las estrategias militares directas utilizadas por su antecesor George W. Bush, ha recuperado la diplomacia pública (como



algo supuestamente positivo), estrechamente relacionada a la idea de *soft power* (poder blando). El poder blando, por definición, se articula con el poder duro (pues ambos deben conjugarse para lograr el objetivo de afectar el comportamiento de otros) y tiene tres pilares: cultura, valores políticos y política exterior. Podemos observar que coincide con varios de los aspectos de la guerra psicológica.

Tanto el poder blando como la diplomacia pública han sido la fachada discursiva de los diversos operativos (asociados por sus ejes, objetivos y actividades, a la guerra psicológica) implementados para difamar, desprestigiar e incluso desestabilizar gobiernos de América latina que han buscado de una u otra manera, con diversos aciertos y limitaciones, hacer valer la soberanía y la autodeterminación en tanto atributos de estatidad básicos. Uno de los casos paradigmáticos de esta guerra es la dirigida contra los gobiernos de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro en Venezuela. Aunque parezca simple y repetido, el petróleo es sin dudas el eje de esta contienda, pues se trata de un recurso fundamental para la reproducción del complejo industrial-militar de Estados Unidos.

Lo primero que hay que recordar es la complicidad de la prensa nacional e internacional en el golpe de Estado de 2002, que ha sido ampliamente demostrada. Interesa entonces, sin dejar de estar alerta ante la presión permanente de los medios masivos, poner en evidencia otras cuestiones menos obvias, como el modo en que se ha articulado el sector “estudiantil” en oposición al gobierno, así como el modo en que se opera desde la academia. En los enfrentamientos de febrero de 2014 uno de los sectores que alcanzó mayor visibilidad y logró legitimidad fue el de los estudiantes. Los diversos medios de comunicación a nivel internacional comunicaron que tales levantamientos estudiantiles eran totalmente espontáneos y, por lo tanto, carentes de todo tipo de organización previa y financiamiento. Se los describe como movimientos antipartidistas, por fuera de la política, y que se basan en la “no violencia”. Tal como figura en un extracto de un manual de entrenamiento militar estadounidense, “las operaciones psicológicas recomiendan y planean el tipo de acciones como desobediencia civil, mítines y manifestaciones que degradan o neutralizan la influencia hostil en las audiencias *target*”. Esto se logra mediante la articulación de parte de la elite venezolana con la elite (política, académica y empresarial) estadounidense para la formación de cuadros que operan en contra de cualquier tipo de proyecto/gobierno que atente contra los intereses del capital. Precisamente, el intercambio estudiantil y la formación de buena parte de la elite venezolana en la acade-

mia estadounidense constituyen algunas de las condiciones de posibilidad de estos supuestos levantamientos espontáneos. Sin ir más lejos, Leopoldo López, el dirigente más visible de la oposición, ha cursado parte de sus estudios en Harvard. Parte de esta dinámica busca institucionalizarse en la Iniciativa de Jóvenes Líderes de las Américas lanzada por el gobierno de Obama y que comenzará en 2016.

El rol de la academia también ha sido fundamental, sobre todo en el mediano plazo. Dentro de esta problemática, una de las posturas desde las que se critica al “chavismo” proviene de una nueva categoría gestada a inicios del siglo XXI: “Regímenes autoritarios competitivos”. Se trata de regímenes post-Guerra Fría donde las instituciones democráticas formales son un medio para llegar al poder y que ya en funciones de gobierno, se comete fraude, se violan las libertades civiles y se abusa de la prensa y los recursos del Estado. Al mismo tiempo, se ocupan de anular las posibles acciones de la oposición.

Este concepto se presentó por primera vez en un artículo de Levitsky & Lucan, publicado “casualmente” por el *Journal of Demo-*



cracy, bajo el auspicio de la National Endowment for Democracy (recuérdese el rol de este organismo en la guerra contra el sandinismo) y la universidad Johns Hopkins. Los autores sostienen, por ejemplo, que México, que era un régimen competitivo autoritario, a partir de los '90 se volcó hacia una mayor democracia; en cambio, afirman que la Venezuela de Chávez podría entrar en la definición de "autoritarismo competitivo" debido a la decadencia del régimen democrático (gobiernos elegidos libremente que desestabilizan las instituciones democráticas, por ejemplo a través de un autogolpe y continuos abusos selectivos). Desde esta perspectiva, México es una democracia ejemplar al día de hoy, aunque desde una mirada crítica está claro que se trata de un país devorado por el neoliberalismo y la privatización (¡ya se privatizó el petróleo!), la pauperización y la reactivación del terrorismo de Estado; Venezuela, en cambio, según el modelo de "régimen autoritarios competitivos", se aparta de la democracia al auspiciar un nacionalismo que es asociado a la "no libertad" o a los "abusos no democráticos", lectura muy similar a la aplicada a los gobiernos nacionalistas-reformistas durante la Guerra Fría.

En otro artículo publicado en esta ocasión directamente por NED, se plantea que la democracia venezolana perdió legitimidad y legalidad debido a que Chávez convocó a múltiples elecciones, pero que eran viciadas por el sistema autoritario y de liderazgo carismático, anulando los espacios para la oposición, que a pesar de la saña del gobierno, fue "ganando terreno". Además, se argumenta que mayor cantidad de elecciones no garantizan una mejor democracia. Eso implica asumir que una de las herramientas clave de ese sistema político no sirve. De este modo, en el caso de Venezuela "no valen" las reglas de la democracia liberal representativa como en otros lados. Los referéndums y elecciones son considerados como una mera fachada formal, cuando ha sido uno de los gobiernos en los que la gente participó en mayor número, dándoles sentido a las elecciones. El asunto es que los profesores, investigadores y estudiantes que leen estos materiales que hemos mencionado, los cuales gozan de gran alcance por ser publicados en inglés y porque circulan en *journals* renombrados (tanto en el mundo anglófono como en América latina), consideran que lo que exponen es la "realidad real". Es decir, se transforman en las "voces autorizadas" sobre el tema. Otros gobiernos que han sido afectados por estas estrategias

son los de Bolivia y Argentina. El gobierno de Evo Morales acusó formalmente al embajador estadounidense en el país (y lo expulsó) por haber participado en los procesos de desestabilización perpetrados contra el gobierno en la zona de la Media Luna, a mediados del 2008; también destituyó a la USAID (Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional) por su injerencia en cuestiones políticas. En el caso de Argentina, en el contexto de la disputa entre el gobierno de Cristina Fernández y los fondos buitres, la prensa estadounidense y la local calificaron de impropio, ilegal, etc., el planteo del gobierno, generando una especie de "caos" en la población. La sensación que comenzó a imponerse era que si Argentina no pagaba tal como lo solicitaba el juez Griesa, la economía se caería a pedazos. Lo importante es que ya instalada la idea, es difícil desarticularla, por más que la realidad no se ajuste a ese presupuesto.

No se trata aquí de quitar responsabilidades a las elites o a los grupos en el poder locales, ni de sacralizar a los gobiernos de América latina que se han opuesto (con mayores o menores contradicciones) a algunos de los lineamientos políticos, económicos y de seguridad diagramados por los gobiernos estadounidenses. En cambio, intentamos arrojar luz sobre estrategias que se vienen aplicando al menos desde la Guerra Fría pero que han tendido a invisibilizarse, habilitando una permanente injerencia en asuntos internos, vulnerando los atributos de estatidad más elementales.

Por último, deseamos destacar que el poder blando, la guerra mediática, la extorsión económica, la presencia de bases militares con fines humanitarios, las películas y series de Hollywood que banalizan las realidades locales o a las formas de vida que cuestionan al consumismo, el intercambio estudiantil y el financiamiento de programas educativos favorables al *statu quo*, son acciones que forman parte de la guerra psicológica para ganar "los corazones y las mentes" a favor del "modo de vida americano", es decir, del consumo perpetuo. Se trata de diversas estrategias para garantizar lo mismo: la reproducción de la idea-realidad de que este sistema es el único posible, el más "justo" y el más adecuado para promover la "libertad". La creciente desigualdad, las injusticias económicas, políticas y sociales que asolan a gran parte de la población mundial no son consideradas como la base del modo en que funciona el sistema, sino como "efectos colaterales" de un sistema que "funciona bien".



Bibliografía sugerida para ampliar los temas tratados

<http://www.consortiumnews.com/lostchapter.pdf>

Doctrine for Special Forces Operations (1990). Non Classified, Field Manual, April. Digital National Security Archive. Washington

FRUS 1952–1954, Vol. IV, The American Republics, Doc. 3 Statement of Policy by the National Security Council. Departamento de Estado de los Estados Unidos, Oficina del Historiador, Foreign Relations of the United States.

Kornblith, Miriam (2013) “Chavismo after Chávez?” *Journal on Democracy*, vol 24, n 3, National Endowment for Democracy & Johns Hopkins University, pp. 47-61

Levitsky, Steven y Way, Lucan (2004) “Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo”. *Estudios Políticos* N. 21, enero-junio. Medellín, Colombia, pp. 159-176.

<https://share.america.gov/es/preguntas-y-respuestas-sobre-la-iniciativa-del-presidente-para-los-jovenes-lideres-de-las-americas-ylai/>

Tal como figura en un extracto de un manual de entrenamiento militar estadounidense, “las operaciones psicológicas recomiendan y planean el tipo de acciones como desobediencia civil, mítines y manifestaciones que degradan o neutralizan la influencia hostil en las audiencias target”.

NUESTRA REGIÓN ES DECISIVA PARA EL IMPERIO. CONTIENE RESERVAS DE RECURSOS NATURALES RENOVABLES Y NO RENOVABLES, ES UN ÁREA VITAL DE SEGURIDAD MILITAR Y TAMBIÉN UNA PLATAFORMA FUNDAMENTAL PARA LA PROYECCIÓN DE PODER. SIN EMBARGO, AL SER UNA ZONA DE PAZ Y SIN ARMAMENTO NUCLEAR, NADA JUSTIFICA LA PRESENCIA DEL EJÉRCITO MÁS PODEROSO DE LA TIERRA; POR ESO ES NECESARIO EXIGIR EL CIERRE DEFINITIVO DE TODAS LAS BASES MILITARES ESTADOUNIDENSES EN NUESTROS PAÍSES.

LA PRESENCIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA LATINA





por **TELMA LUZZANI**. *Licenciada en Letras, UBA. Docente UBA. Periodista especializada en asuntos internacionales*

E

l presidente norteamericano Barack Obama propuso, una vez más, el diálogo y abrir una nueva etapa de acercamiento entre nuestros países durante la VII Cumbre de las Américas llevada a cabo en Panamá, en abril de 2015. Como él mismo recordó, esto ya lo había planteado en la V Cumbre (Trinidad y Tobago, abril de 2009) donde, con palabras casi calcadas, aseguró: “No vine aquí a discutir el pasado sino a pensar en el futuro. Estados Unidos quiere buscar con el resto de América una alianza entre iguales”.

Lamentablemente, esas bellas palabras duraron poco. En la madrugada del 28 de junio de aquel año, el presidente hondureño Manuel Zelaya fue sacado de la cama por un comando militar y llevado a Costa Rica, pero antes el avión había hecho escala en la base José Soto Cano, en Palmerola (Honduras), donde se encuentra estacionada la Fuerza de Tarea Conjunta Bravo (Joint Task Force Bravo o JTF-B) del Comando Sur, compuesta por unidades militares rotativas del ejército, la aeronáutica, las fuerzas de seguridad conjuntas y el primer batallón-regimiento número 228 de la aviación estadounidense. Resulta imposible pensar que el Pentágono no estaba al tanto del golpe de Estado.

Días después –en julio de 2009–, el presidente colombiano Álvaro Uribe admitió que las versiones periodísticas que hablaban de un acuerdo con Estados Unidos para instalar siete bases militares en Colombia eran ciertas. Esto se sumaba a la noticia

confirmada por el Pentágono en 2008 sobre la reactivación de la IV Flota del Comando Sur para patrullar los océanos Atlántico y Pacífico Sur.

No debe sorprender. Para cualquiera que estudie los documentos que trazan los lineamientos estratégicos de Estados Unidos (y la gran mayoría están para ser consultados libremente en los sitios de los departamentos de Estado, de Defensa, etc.) está claro que América latina es una zona decisiva para el imperio, tal vez, la de mayor importancia mundial, porque no sólo es –como otras en el mundo– el reservorio de recursos naturales renovables y no renovables (agua, petróleo, minerales estratégicos, biodiversidad, alimentos, etc.) sino que además es un área vital de seguridad militar (la frontera sur, su punto más vulnerable) y también una plataforma fundamental para la proyección de poder.

Si bien el proceso de militarización de Estados Unidos tiene su gran impulso en los inicios de la Guerra Fría, una vez desaparecida la Unión Soviética, en 1991, la carrera no se detuvo. Por el contrario, en 2014 el presupuesto militar norteamericano fue equivalente al 48 por ciento del total mundial. Según las cifras del Instituto de Investigación para la Paz Internacional de Estocolmo, el presupuesto militar norteamericano de 2014 fue de 640.000 millones de dólares, mientras que el de las ocho potencias que le siguen en poderío (en orden: China, Rusia, Arabia

La propuesta de dejar atrás el pasado y mirar el futuro que hizo el presidente Obama durante la VII Cumbre de las Américas en Panamá debe incluir por lo tanto el cierre de todos los FOL en el Caribe, América del Sur y Central. Es necesario repetir que nuestra región es zona de paz y sin armamento nuclear. Nada justifica la presencia del ejército más poderoso de la Tierra en nuestras bases militares, puertos y aeropuertos.

Saudita, Francia, Reino Unido, Alemania, Japón e India) todas juntas, gastaron 607.000 millones de dólares.

Tanto en la primera etapa post soviética –la del “Proyecto para un Nuevo Siglo Norteamericano”, que proponía para el siglo XXI, desde una perspectiva wilsoniana conservadora, el uso del poder militar para la expansión global y la imposición de los valores estadounidenses en todo el planeta–, como en la actualidad, cuando el gigante norteamericano se siente amenazado por potencias emergentes, siempre la opción prioritaria fue la militar. El Informe Cuadrienal de Defensa 2014 así lo certifica. Dice: “La efectividad de otras herramientas, como la diplomacia y la asistencia económica, para la influencia global de EE.UU. está absolutamente entrelazada y depende totalmente de la percepción que el mundo tenga de la fuerza, la presencia y el poder de nuestras fuerzas armadas”.

En esta propuesta la instalación de bases militares en todo el planeta fue y es decisiva. Los documentos oficiales del Pentágono distinguen dos tipos. Las bases de operaciones tradicionales (aquellas donde hay personal permanente y una fuerte infraestructura como la base de Ramstein en Alemania) y los sitios de operaciones avanzadas, con un número muy limitado de tropas que, si fuera necesario, puede llegar a expandirse.

Estas bases, conocidas en la jerga militar como “*lily pads*” o por sus siglas en inglés FOL (Forward Operating Location), están ubicadas en todo el mundo, en lugares considerados estratégicos o peligrosos para la seguridad de Estados Unidos y que pueden convertirse en puntos de partida para situaciones de crisis o guerras.

En América del Sur y Central, los FOL jugaron un papel fundamental al despuntar el siglo XXI tras el desalojo del Comando Sur de la estratégica base militar en Panamá, en 1999 (acuerdo Torrijos-Carter), y en el marco de la readecuación de la política exterior y de defensa que Washington había decidido adoptar para el nuevo escenario internacional post Guerra Fría, contenida en la “Estrategia Nacional para la Nueva Era” (1997).

El Pentágono hace esta distinción entre dos tipos de bases militares porque en el caso de las primeras se trata de acuerdos formales entre dos gobiernos. Las funciones primordiales de estas instalaciones son el control de zonas estratégicas del

mundo; vigilar y garantizar la libre circulación de mercaderías (u obstaculizar la circulación del enemigo); el reabastecimiento y la proyección de poder. Las bases de segundo tipo, los FOL, según explica el analista Michael T. Klare, nacen de pactos no siempre transparentes (muchas veces a espaldas de los Congresos e incluso de los Poderes Ejecutivos ya que son arreglos entre las fuerzas armadas y el Departamento de Defensa de Estados Unidos), y por lo tanto “buscan no dar la impresión de que EE.UU. está buscando una ocupación permanente, del tipo colonialista, en el país en el que quiere ubicar una de esas instalaciones”.

En las declaraciones a la prensa, tanto el Pentágono como los gobiernos de los países anfitriones suelen negar que los FOL sean bases militares amparándose en el hecho de que tienen escaso personal (en muchos casos son mercenarios o “contratistas”) y que están alojadas en un perímetro acotado, en puertos o aeropuertos, que el país anfitrión “alquila” o cede temporalmente a Estados Unidos.

La antropóloga Catherine Lutz, de la Universidad de Brown, en su excelente libro *Bases, imperio y respuesta global*, cita las palabras de Robert Kaplan, asesor del Pentágono durante la gestión de Robert Gates (2006-2011) quien deja bien claro el tema. Dice Kaplan: “En general, el rol administrativo de un FOL lo cumple un contratista privado, casi siempre un oficial norteamericano retirado que alquila estas instalaciones al país anfitrión y luego les cobra una tarifa a los pilotos de la fuerza aérea norteamericana que pasan por esa base. Oficialmente es un hombre de negocios que trabaja para sí mismo, algo que a los países anfitriones les gusta porque pueden decir (a sus ciudadanos) que no están realmente trabajando con militares norteamericanos. Es una relación indirecta con las fuerzas armadas norteamericanas que evita tensiones”.

La realidad es que son bases militares de nuevo diseño que funcionan como plataformas portátiles, adonde el Pentágono tiene posibilidad de acceso permanente pero las autoridades del país anfitrión tienen prohibido entrar. Un ejemplo conocido fue la base de Manta en Ecuador. Hasta que el presidente Rafael Correa la cerró en 2009, el Comando Sur operaba allí con total libertad pero nunca nadie pudo saber qué hacían los aviones estadounidenses cuando despegaban de allí, qué instalaciones poseían en los hangares, qué monitoreaban sus radares o qué material almacenaban.

Los FOL de nuestra región forman parte a su vez de una red global gigantesca interconectada, en simultáneo, entre sí y con su núcleo central, ubicado en el centro de experimentación de vigilancia y guerra espacial (Space Warfare Center) en la Base de la Fuerza Aérea Schriever (Colorado Springs, EE.UU.) donde se almacena la formidable masa de datos que se envía permanentemente desde ellas. Regionalmente, la información de inteligencia que se recoge en los FOL de América del Sur también se procesa en el Centro Sur de Operaciones Conjuntas de Vigilancia y Reconocimiento (JSSROC) del Comando Sur. Como prueba del enorme valor geoestratégico que tiene nuestra región para Washington y de la creciente importancia de nuestros recursos naturales, vale la pena leer las advertencias que hacía al Pentágono, en 1998, un alto oficial de la Fuerza Aérea: “Si dejamos de prestar atención militar a **nuestro vital interés**, en el futuro vamos a lamentar la ausencia de bases de avanzada (FOL) en el teatro de operaciones del Comando Sur. Los comandos regionales deben ser proactivos desde ahora en el establecimiento de nuevas bases. Es urgente la selección y el desarrollo de cuatro o cinco bases centrales con al menos una infraestructura mínima que sea el primer paso para asegurarse un acceso de avanzada”.



Vigilancia de amplio espectro

Como quedó comprobado tras las revelaciones del estadounidense Edward Snowden, el ex agente de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, en inglés) que dio a conocer parte de los documentos secretos del espionaje norteamericano, la mayoría de los datos recolectados en los FOL y enviados para su procesamiento al centro experimental Schriever incluía escuchas telefónicas, correos electrónicos e información sobre las reuniones de funcionarios de gobiernos, integrantes de partidos políticos y otros organismos sudamericanos.

Las operaciones de espionaje son numerosísimas. Vale la pena reproducir dos ejemplos publicados en el diario británico *The Guardian* en 2013. El Plan Colombia, según las revelaciones de Snowden, esconde una de las mayores operaciones encubiertas de inteligencia desarrolladas por Estados Unidos. La tecnología de espionaje está instalada en aviones estadounidenses que vuelan en el espacio aéreo colombiano, localizando y decodificando planes rebeldes. Estos aviones despegan de bases de EE.UU. en territorio colombiano pero están en capacidad de captar información también más allá de las fronteras colombianas. En el marco del Plan Colombia, está confirmado que la NSA y la CIA fueron claves para el asesinato del número dos de las FARC, Raúl Reyes, en marzo de 2008, y de otros líderes guerrilleros.

El segundo ejemplo es Venezuela. Los FOL de Aruba y Curazao, a 50 kilómetros de la costa venezolana, aportan información y operan sobre ese país que se encuentra –según un memorándum oficial recopilado por Snowden– entre los seis “objetivos prioritarios a largo plazo” de la NSA. Los otros países son China, Rusia, Corea del Norte, Irán e Irak. Entre los objetivos figuran: evitar que Venezuela alcance un liderazgo regional; impedir que persiga políticas que impacten negativamente en los intereses

globales de EE.UU.; controlar la política energética; monitorear la amplitud y profundidad de las relaciones con Cuba, Rusia, China e Irán e, incluso, rastrear “los mensajes privados de funcionarios en busca de chismes que pudieran proporcionar una pequeña ventaja política”.

Queda claro entonces que aunque el discurso oficial niegue la existencia de bases o admita cierta presencia militar supuestamente con el fin de combatir el tráfico de droga, el crimen organizado y los desastres naturales, lo cierto es que los FOL estuvieron y siguen estando directamente involucrados en la recolección de datos de inteligencia humana (HUMINT), de señales (SIGINT, ELINT, para datos electrónicos), de imágenes (IMINT) o de medición (MASINT). En síntesis, los objetivos de los FOL son múltiples y entre otros son:

- 1)** Control del negocio de la droga (producción y transporte).
- 2)** Combate al terrorismo.
- 3)** Espionaje, tareas de inteligencia y almacenamiento de información.
- 4)** Control sobre los cambios políticos y económicos de la región.
- 5)** Control de las migraciones.
- 6)** Acceso a los recursos naturales (entre ellos la zona amazónica, esta región es la que se encuentra más cercada de bases norteamericanas) y fuentes energéticas.
- 7)** Protección de las empresas privadas de petróleo norteamericanas o británicas.
- 8)** Plataforma para eventuales intervenciones (asesinato de Raúl Reyes) y/o operaciones militares (hacia África, por ejemplo, a través de la base de Palanquero, en Colombia).
- 9)** Programas vinculados con la preparación de tropas en condiciones especiales.



El cierre de las bases extranjeras

La propuesta de dejar atrás el pasado y mirar el futuro que hizo el presidente Obama durante la VII Cumbre de las Américas en Panamá debe incluir por lo tanto el cierre de todos los FOL en el Caribe, América del Sur y Central. Es necesario repetir que nuestra región es zona de paz y sin armamento nuclear. Nada justifica la presencia del ejército más poderoso de la Tierra en nuestras bases militares, puertos y aeropuertos.

Lamentablemente, si observamos los movimientos militares de los últimos meses veremos que tanto en Perú como en Paraguay hay un aumento de la presencia del Pentágono. Conviene retener dos nombres: John F. Kelly, sucesor de Douglas Fraser como jefe del Comando Sur, y almirante George W. Ballance, jefe de la Fuerza Naval del Comando Sur y de la IV Flota, designado como responsable de la planificación, programación y sincronización de las actividades militares que involucren el Caribe, Sur y Centro América.

Según el portal informativo de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (www.portalalba.org) “de modo extraoficial, existen en Perú alrededor de nueve FOL como parte de la red de bases militares que mantiene EE.UU. en Nuestra América. Además, Perú le ha otorgado a la IV Flota tres puertos para el reabastecimiento y apostadero de sus naves”. Es el único país de la región que lo ha hecho.

El 31 de agosto de 2014 el puerto del Callao recibió el flamante Buque de Asalto Anfíbio de la Marina, el USS America (LHA 6), para realizar operaciones navales como parte del recorrido que realiza el Comando Sur y la IV Flota en la región. Se encontraba presente el jefe del Comando Sur general John F. Kelly y el almirante George Ballance.

Dos días antes Perú había aceptado una “donación” de Estados Unidos conteniendo repuestos para la fuerza aérea y el ejército y había firmado “un acuerdo de cooperación para la construcción y uso (por parte del Pentágono) de un hangar para el almacenamiento de una aeronave Beechcraft 1900D (en la parte noroeste del perímetro de la base aérea del Callao), además de oficinas administrativas y otro hangar para aeronaves de la Dirección de Aerofotografía.

En febrero de 2015 –continúa la información del portal del ALBA– fue aprobado por el Congreso peruano un incremento en la cantidad de militares del Cuerpo Sur de los Marines norteamericanos que realizarán ejercicios en la zona del Valle de los Ríos Apurímac, Ene y Mantaro (VRAEM), donde, según el periódico *Marine Corps Times*, se está trabajando para incrementar el tamaño de su fuerza de 3.500 a 6.000 hombres, con el fin de aumentar el tiempo

de permanencia de sus tropas entre las misiones.

En esa misma fecha, el Comando Sur firmaba acuerdos con el gobierno de Horacio Cartes para profundizar su presencia en Paraguay. El 18 de febrero de 2015 la agregada del Pentágono y jefa de Asuntos de Defensa de la Embajada de EE.UU. en Asunción, Barbara Ficks, confirmó el financiamiento de un “programa de becas” a personal militar paraguayo, para entrenamientos y cursos en EE.UU.

El día 20 el ministro de Defensa de Paraguay, general Bernardino Soto Estigarribia (aliado muy próximo del Pentágono que llegó incluso a desempeñarse como instructor de la Escuela de las Américas, semillero de genocidas latinoamericanos), se reunió con el almirante Ballance para reconfirmar los “programas de desarrollo” que cuentan con una financiación de 25 millones de dólares.

El día 22 de febrero de 2015, en el marco de la misma visita, el almirante Ballance junto al embajador norteamericano en Paraguay, James H. Thessin, estuvieron inaugurando en Santa Rosa del Aguaray (Departamento de San Pedro) un Centro de Operaciones de Emergencias (COE) y de un Depósito de Suministros para Emergencias, nombres con los que se suelen encubrir los FOL. Como siempre, oficialmente no se dijo que se trata de una base militar sino de una sede para “ayudar a la población paraguaya ante eventos de emergencias o desastres naturales que se pudieran presentar en el territorio”.

Finalmente, no se debe olvidar que en nuestro territorio, en las islas Malvinas, se encuentra una de las más importantes bases militares de la OTAN (cuyo país líder es EE.UU.). Malvinas es un punto estratégico no sólo por sus recursos naturales sino por su proyección sobre la Antártida, América del Sur, África del Sur y los océanos Pacífico Sur, Atlántico Sur e Índico. Es fundamental que se instale de forma permanente en las agendas sudamericanas el cierre definitivo de todas las bases militares extrarregionales.

En las declaraciones a la prensa, tanto el Pentágono como los gobiernos de los países anfitriones suelen negar que los FOL sean bases militares amparándose en el hecho de que tienen escaso personal (en muchos casos son mercenarios o "contratistas") y que están alojadas en un perímetro acotado, en puertos o aeropuertos, que el país anfitrión "alquila" o cede temporalmente a Estados Unidos.



EL SISTEMA COLONIAL IMPUESTO HACE 200 AÑOS EN EL ATLÁNTICO SUR POR EL REINO UNIDO REDUNDA HOY EN LA EXPOLIACIÓN DE NUESTROS RECURSOS NATURALES. AL INTERÉS POR LA RIQUEZA PESQUERA E HIDROCARBURÍFERA DE LA ZONA, SE LE SUMA LA UBICACIÓN ESTRATÉGICA DE SU CERCANÍA A LA ANTÁRTIDA, TERRITORIO CODICIADO POR ESTADOS UNIDOS Y EUROPA POR SUS CASI INFINITAS RESERVAS MINERALES Y DE BIODIVERSIDAD.

EL ATLÁNTICO SUR: UN MAR DE ABUNDANCIA PARA EL SIGLO XXI





por **PAOLA RENATA GALLO PELÁEZ**. *Abogada. Maestranda en Defensa Nacional EDENA. Miembro de la Mesa Directiva del Movimiento por la Paz, la Soberanía y la Solidaridad entre los Pueblos (MOPASSOL).*

EDUARDO MAIERU. *Contador Público. Maestrando en Defensa Nacional EDENA. Especialista en fiscalidad internacional y lavado de activos por el Ministerio de Economía y Hacienda del Reino de España.*

La escasez de los recursos marinos y de los recursos energéticos (petróleo y gas) en el planeta es la premisa que nos lleva a pensar el lugar del Atlántico Sur en el nuevo siglo, lo que conlleva a replantearse la relevancia de la cuestión Malvinas, ya no en términos argentinos, sino en términos de la geopolítica mundial.

Este océano es la mayor reserva pesquera del mundo hoy, y su importancia reside por un lado en que las reservas ictícolas ya se han agotado en el resto de los mares del mundo, y de otro lado, la demanda sigue creciendo en forma exponencial, donde China es el epicentro de la demanda mundial. Para más de 1.000 millones de personas el pescado es la principal fuente de proteína animal. Esto convierte al Atlántico Sur en un área de intereses vitales para la alimentación de la humanidad, donde en la disputa por su hegemonía se debaten los tres continentes (Europa, Asia y América).

En los días anteriores a la guerra de 1982 se realizaron trece informes científicos internacionales donde señalaban la importancia petrolífera de la cuenca sedimentaria de la que forman parte las Islas Malvinas, asegurando que la reserva de hidrocarburos multiplicaba por diez la del Mar del Norte, como lo señala Telma Luzzani en su libro *Territorios vigilados*. En el mismo libro, la autora explica las razones por las cuales el ex canciller Rafael Bielsa le llama a la zona petrolera de Malvinas un verdadero Golfo Pérsico Austral y señala que existen a la fecha 12.950 millones de barriles de petróleo probables en las islas, lo que se convierte en reservas probadas de 6.475 millones de barriles.

¿Un mar de abundancia para quién?

El presente y futuro del conflicto de soberanía entre la Argentina y el Reino Unido por las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur es determinante para la respuesta que no sólo hoy, sino en el futuro, se dé a este interrogante.

El PBI de las Islas Malvinas se encuentra dentro de los más altos del mundo, el 34% del mismo corresponde a la pesca (108 millones de dólares), el 25% corresponde a manufactura y actividad de minería –especialmente exploración y explotación petrolera– y un 18% es de turismo y hotelería. El PBI de las islas pasó a ser de ocho millones de dólares en 1985 a casi sesenta millones en pocos años, ello fue posible de manera ilegal, violando la Resolución 31/49 de la Asamblea General de la Naciones Unidas, que requiere que ambas partes se abstengan de adoptar decisiones que entrañen la introducción de modificaciones unilaterales en la situación de las islas mientras se encuentre pendiente de solución la controversia de soberanía entre los dos países. Así,



en franca ilegalidad, se otorgaron 230 licencias pesqueras que los isleños capitalizan con las concesiones otorgadas a terceros países y se vendieron licencias para la exploración de yacimientos petrolíferos. Esto implicó que el PBI de las Islas Malvinas creciera un 11% anual desde el 2008 hasta el 2012. A finales del año 2014 el FIG (Falkland Island Government) dio a conocer los últimos datos de PBI referente al año 2012, señalando que fue mucho más elevado de lo estimado, 317 millones de dólares. El aumento del PBI en los últimos 29 años fue de 3.862 por ciento. El impacto ambiental que conlleva la forma indiscriminada en que se sobreexplotan los recursos en manos de los británicos es enorme. El mar está cubierto por una cantidad de buques factoría que extraen cerca de 50 toneladas de peces por día. Son ilustrativas de este hecho las imágenes satelitales nocturnas donde las luces de los buques en las aguas circundantes a las Malvinas son tan grandes como las luces nocturnas de las ciudades más importantes del continente (estas imágenes pueden ser vistas en la Web).

Las ilegítimas exploraciones hidrocarburíferas desarrolladas por el Reino Unido en aguas adyacentes a Malvinas, e intensificadas a partir del año 2010, además de ser contrarias a la Resolución 31/49 antes mencionada, se llevan adelante en las difíciles condiciones del Atlántico Sur, en un medio ambiente marino, hasta el presente, prístino.

Estas actividades también son motivo de particular preocupa-

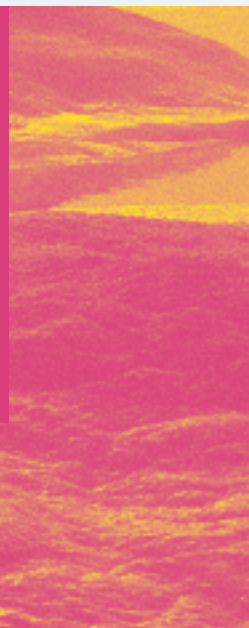
ción para la Argentina toda vez que implican un grave riesgo ambiental que puede producir una catástrofe ecológica, como la ocurrida hace pocos años en el Golfo de México.

Tales actividades ilegales han sido rechazadas por el Mercosur y los Estados asociados, la Unasur y la CELAC. Los dos primeros, a fin de prevenir o evitar que ellas se realicen, han acordado informar a la República Argentina sobre el movimiento de buques con cargas vinculadas a la exploración y explotación de hidrocarburos en las áreas ocupadas por el Reino Unido.

En el mes de abril del corriente año el gobierno argentino presentó una denuncia penal contra las empresas que integran el consorcio responsable de la contratación de una plataforma semi-sumergible que el pasado seis de marzo inició una campaña exploratoria en la cuenca Malvinas Norte (a unos 200 kilómetros de las islas), durante la que prevén perforar al menos seis pozos. Esta denuncia se fundamenta en la reforma de la ley 26.659 que castiga a las empresas que realicen esas tareas sin el permiso del gobierno argentino en la zona ubicada alrededor de las islas y prevé penas de hasta quince años de prisión, multas equivalentes al valor de 1,5 millones de barriles de petróleo, así como la prohibición de que personas y compañías puedan operar en la Argentina.

Es evidente que el sistema colonial impuesto hace 200 años en el Atlántico Sur por el Reino Unido hoy redundará en la explotación de nuestros recursos naturales, además de poner en riesgo el equilibrio del medio ambiente.

Malvinas no es sólo una cuestión de soberanía territorial para la Argentina, ni la sola persistencia colonial británica en el Atlántico Sur. La cuestión Malvinas es el primer escalón en el camino de las definiciones de soberanía sobre la Antártida.



La militarización imperial del Atlántico Sur

Las pretensiones imperiales inglesas en el Atlántico Sur y especialmente en la Argentina, que han llevado a cabo a través de su instrumento militar, datan de mucho tiempo atrás y han sido repetidas. Las llamadas invasiones inglesas en la Argentina datan de los años 1806 y 1807. En 1833, con la invasión nuevamente del territorio argentino, los ingleses ocuparon militarmente las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur hasta nuestros días. La guerra de 1982 fue la excusa perfecta para la instalación de la base militar extracontinental en Monte Agradable, la cual ya estaba pensada antes de la guerra por Estados Unidos y el Reino Unido, logrando así la OTAN el control de las rutas oceánicas del Atlántico Sur y una posibilidad concreta de proyectar su poder hacia el continente antártico.

No puede dejar de mencionarse que el 1 de julio de 2008 la IV Flota de los Estados Unidos empezó a patrullar el Atlántico y Pacífico Sur, casi en simultáneo con los anuncios de Brasil acerca de su hallazgo de petróleo en sus aguas marítimas. Los yacimientos están en el área denominada Tupí y poseen una reserva de crudo liviano del orden de los 8.000 millones de barriles; lo que implica que Brasil tiene una cantidad total de 14.400 millones de barriles de crudo y gas.

Cuando en el 2009 en el interior de Unasur se trató la instalación de bases militares norteamericanas en Colombia, se recordó por parte de la presidenta argentina Fernández de Kirchner la existencia de una base militar de la OTAN en territorio argentino, y la vinculación de esta con la nueva red de bases preocupó a la región entera, ya que el escenario de la intervención militar extranjera en la región apareció como una amenaza concreta a lo largo y ancho del territorio que comprende la Unasur.

En el año 2010, la República Argentina denunció ante la Organización Marítima Internacional los ejercicios misilísticos británicos en áreas marítimas aledañas a las Islas Malvinas que ponían en riesgo la seguridad de la navegación en el Atlántico sudoccidental.

En el mes de marzo del corriente año el ministro de Defensa de Gran Bretaña, Michael Fallon, detalló en una sesión abierta en la Cámara de los Comunes del Parlamento del Reino Unido el despliegue británico de los helicópteros de guerra Chinook y la actualización del sistema de misiles antiaéreo en Malvinas como respuesta defensiva a un supuesto ataque. Fallon aseguró que la Argentina representa un peligro muy concreto ante el cual el Reino Unido debe reaccionar y explicó que en función de esa supuesta amenaza las tropas inglesas necesitan modernizar sus

Es evidente que el sistema colonial impuesto hace 200 años en el Atlántico Sur por el Reino Unido hoy redundaría en la expoliación de nuestros recursos naturales, además de poner en riesgo el equilibrio del medio ambiente.

defensas y aseguró que poseen suficientes tropas y que las islas están defendidas correctamente.

Esta declaración por parte del Reino Unido, caracterizando a la Argentina como amenaza a su seguridad, fue precedida en algunas semanas por la declaración de Venezuela como amenaza a la seguridad de los Estados Unidos. Ambos países miembros de la OTAN y del Consejo de Seguridad de la ONU pretenden justificar su presencia militar en la región haciendo uso de las mentiras o artilugios a los que han recurrido históricamente para llevar a cabo los crímenes más atroces.

De qué hablamos cuándo hablamos de Atlántico Sur

Cuando hablamos de Atlántico Sur, hablamos de Malvinas. Cuando hablamos de Malvinas, inexorablemente, hablamos de Antártida.

La Antártida es un continente rodeado por océanos, a diferencia del Ártico, que es en esencia un océano rodeado por continentes. En este continente se almacenan en forma de hielo más de las tres cuartas partes de agua dulce existente en la tierra, ya que el espesor medio de la capa helada supera los dos mil metros. Se conoce que en la Antártida hay una enorme fuente de recursos minerales, de los cuales no se tiene medida exacta ya que está prohibida la exploración, pero que se estiman por su origen geológico.

El continente blanco posee el llamado oro blanco, recursos genéticos con enormes utilidades en el campo de la ciencia aplicada a la industria alimenticia, farmacéutica y cosmética.

El Tratado Antártico de 1959 fue el instrumento creado por los países firmantes con el objetivo de evitar llevar al continente blanco los conflictos de la Guerra Fría y para ello se establecieron reglas de convivencia que se pueden resumir en tres puntos: 1) el congelamiento de los reclamos de soberanía sobre el continente, 2) la prohibición de la presencia de armas e instrumentos militares en el continente ajenos a lo meramente logístico, 3) los hallazgos científicos en la Antártida deben ser compartidos libremente.

La guerra de Malvinas en 1982 es la primera guerra por la Antártida

Malvinas no es sólo una cuestión de soberanía territorial para la Argentina, ni la sola persistencia colonial británica en el Atlántico Sur. La cuestión Malvinas es el primer escalón en el camino de las definiciones de soberanía sobre la Antártida. Desde el año 1959 el continente blanco se rige por el llamado Tratado Antártico, el cual entró en vigencia en el año 1961 y en el que han quedado congelados los reclamos de soberanía de aquellos países como Argentina, Australia, Chile, Francia, Noruega, Nueva Zelanda y Reino Unido. El reclamo de soberanía de Gran Bretaña, que se superpone con el de la Argentina y Chile, está sustentado en su enclave colonial en las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. Por lo tanto la resolución del conflicto territorial en Malvinas conlleva a la resolución del conflicto territorial en la Antártida, el futuro de ambas cuestiones están íntimamente vinculadas. Este hecho pareciera ser desconocido por todos aquellos que subestiman la causa Malvinas y la califican como la cortina de humo de la política interna argentina.

La bioprospección y patentamiento de los recursos genéticos antárticos

Como anteriormente lo habíamos mencionado, la Antártida es fuente de organismos vivos llamados *extremófilos* por su capacidad de vivir en condiciones extremas. A la información genética de estos organismos vivos se accede a través de la bioprospección que puede ser definida como la búsqueda de los productos del metabolismo o de los genomas de los seres vivos para su utilización en procesos industriales o biotecnológicos que redunden en un beneficio comercial para los que los usufructúen. En los últimos años el enorme avance logrado por las técnicas de biología molecular y el desarrollo de la biotecnología han incrementado el interés en los programas de bioprospección, los cuales no se limitan actualmente al “*screening*” de los productos generados por los seres vivos, sino también a la búsqueda de los genes responsables de alguna actividad de potencial interés industrial. Es aquí en donde aparecen las tensiones en el Tratado Antártico, ya que al detectar la utilidad de las muestras se realizan los procedimientos encaminados a la patentabilidad del mismo, venta y marketing. Consideramos que esta fase de la bioprospección pugna con el Tratado Antártico ya que al no reconocerse soberanía de ningún país los títulos de propiedad privada en el continente son inexistentes. De otro lado, la patente implica un secreto y el tratado protege la libre investigación y la cooperación en la investigación. No existe hasta el momento legislación al interior del Tratado Antártico que regule la actividad de bioprospección y patentamiento, lo cual desde nuestro punto de vista puede ser la causa de conflictos que debiliten la vigencia del Tratado Antártico.

Johnston y su colega Dagmar Lohah han redactado para el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de las Naciones Unidas un informe titulado “El régimen internacional para bioprospección. Políticas existentes y asuntos emergentes en la Antártida”, en el que analizan la situación. La ONU estima que el mercado de cosméticos derivados de la investigación genética alcanza los 100.000 millones de dólares. “El 62% de las medicinas contra el cáncer que reciben el sello de la FDA (la agencia estadounidense que regula el mercado farmacéutico) proceden de productos naturales”, asegura el informe. Siguiendo esta tendencia, se prevé que el sector privado se interese cada vez más en la bioprospección.

En Estados Unidos y en Europa se han presentado más de 150 patentes para explorar y explotar las infinitas posibilidades de la Antártida. Ejemplo de esto es que algunas de las patentes solicitadas aspiran a curar heridas y tratar piel, pelo y uñas, mientras


otras propuestas esperan usar las algas verdes del continente para tratamientos cosméticos, o recurrir a su levadura negra para limitar la extensión de los tumores.

Los extremófilos parecen tener recursos casi infinitos. Se pueden usar “para liposomas en cosmética, tratamiento de desechos y biología molecular para la industria alimenticia”, asegura el informe de Naciones Unidas.

“La prospección biológica de estos extremófilos ya se está produciendo”, advierte el director del Centro de Estudios de la ONU, el profesor Hamid Zakri. “Este informe sugiere que los esfuerzos por explotar esta nueva frontera están amenazando la autoridad de las leyes internacionales en la regulación de cuestiones como la propiedad del material genético, la emisión de patentes y las consecuencias sobre el medio ambiente”, asegura.

Otro de los hallazgos del continente helado es el de la glicoproteína, un descongelante que poseen algunos peces de la Antártida. Descubierta a principios de los años setenta por investigadores de la Universidad de Illinois, la glicoproteína podría tener numerosas aplicaciones comerciales, como la preservación de productos congelados, la cirugía o la piscicultura.

La Antártida hoy debe ser un tema de estudio y debate central no sólo por su importancia creciente en la economía mundial sino que también la forma en que la concibamos y habitemos influirá en la paz de la región.



El PBI de las Islas Malvinas se encuentra dentro de los más altos del mundo, el 34% del mismo corresponde a la pesca (108 millones de dólares), el 25% corresponde a manufactura y actividad de minería –especialmente exploración y explotación petrolera– y un 18% es de turismo y hotelería.



La geopolítica del conocimiento y la causa Malvinas

El Tratado de Lisboa, en su Anexo II (13/12/2007), señala que son “países y territorios de ultramar” de la Unión Europea “las Islas Malvinas (Falkland), Georgias del Sur y Sandwich del Sur”. Esta es la posición de los 27 países de la Unión Europea incluyendo España, Italia, Francia y Portugal.

La cartografía del poder colonial ha favorecido que la difusión del conflicto territorial en Malvinas entre la Argentina y Gran Bretaña sea desconocido por gran parte del mundo. Lo grave es el desconocimiento, hasta entrado el siglo XXI, que la región de Suramérica tiene sobre el asunto en términos de su población. En la currícula de los colegios secundarios de la mayoría de los países suramericanos no se incluye en la historia de América del Sur la invasión de las islas argentinas por parte del Reino Unido en 1833, y al hablar de colonialismo no lo estudian como parte de nuestra historia actual. El nuevo mapa bicontinental publicado por el Instituto Geográfico Nacional Argentino es sin lugar a dudas un avance en el proceso de insubordinación cultural que nos queda pendiente profundizar. Un mapa es un discurso, y superar los discursos coloniales implica superar los mapas que reproducen el colonialismo.

Consideramos que el compromiso de Unasur y la CELAC en respaldar el reclamo de soberanía en el Atlántico Sur por parte de la Argentina debería avanzar en términos culturales incluyendo en la historia actual del continente la cuestión Malvinas.

La persistencia vence lo que la dicha no alcanza, es un decir de la cultura popular de nuestros pueblos. Las culturas estratégicas insubordinadas a la concepción del mundo colonial en los pueblos de nuestra América, en su persistencia histórica, dejará sedimentada la identidad que nos hará libres, y en ese proceso de sedimentación, la cultura de insubordinación que nos deja la resistencia al colonialismo en Malvinas será definitiva.

DESDE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX Y HASTA NUESTROS DÍAS, PARAGUAY SE CONSTITUYÓ COMO BASE DE OPERACIONES PARA LOS OBJETIVOS IMPERIALES DE ESTADOS UNIDOS EN LA REGIÓN. DESDE LA FUNCIONALIDAD DE STROESSNER HASTA LA AMENAZA A LA SEGURIDAD NACIONAL ENCARNADA POR LA TRIPLE FRONTERA, PASANDO DEL COMUNISMO AL NARCOTRÁFICO Y AL TERRORISMO, EL OBJETIVO REAL ES GESTIONAR EL TRÁFICO DE MERCANCÍAS, PERSONAS, NATURALEZA E INFORMACIÓN EN FUNCIÓN DE LOS INTERESES NORTEAMERICANOS Y LOS DE SUS ALIADOS.

PARAGUAY, LA “TRIPLE FRONTERA” Y LA REPRESENTACIÓN IMPERIAL DE LOS PELIGROS





por **SONIA WINER**. *Lic. en Ciencia Política y Doctora en Ciencias Sociales de la UBA. Magister en estudios latinoamericanos por la Universidad Toulouse Le Mirail II. Investigadora del CONICET y profesora de la materia Cultura para la Paz y DD.HH. de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA*

En el siguiente artículo pretendemos demostrar la relevancia del Paraguay como base de operaciones para los objetivos imperiales de Estados Unidos en la región. El texto recorrerá la funcionalidad de Stroessner en dichos planes, los cambios en los relacionamientos entre Asunción y Washington, las transformaciones en la estrategia con respecto a las nuevas representaciones del enemigo –pasando del comunismo al narcotráfico y al terrorismo–, el rol de los medios y cómo la Triple Frontera debe comprenderse como un capítulo más en esta lógica por el control regional.



Estados Unidos y el fin del stronismo en Paraguay: los años '80 y el cambio de época

Los archivos del Comité del Programa de Asistencia de Defensa Militar desclasificados en 2001 dan cuenta de la buena recepción de los funcionarios norteamericanos cuando, durante su visita al Palacio de López en 1955, el general Alfredo Stroessner (presidente entre 1954-1989) y su ministro de Defensa destacan la importancia geopolítica de Paraguay y su firme apoyo a los objetivos militares marcados por la Casa Blanca, afirmando que el país suramericano se constituiría en una base “para defender al continente” de la amenaza comunista que asolaba la región. Stroessner había llegado al poder el 15 de agosto de 1954 mediante un golpe que derrocó al presidente democráticamente electo un año antes, Federico Chaves, y, apoyado de manera continua por cinco administraciones estadounidenses, impulsó un proceso de modernización conservadora cimentado en un régimen autocrático que naturalizó la corrupción, convirtió al Paraguay en un laboratorio de “prueba” de prácticas estratégicas imperiales y devino en una de las dictaduras más largas del Cono Sur.

De hecho, el primero de los embajadores enviado por la Casa Blanca luego del golpe, Arthur Ageton (con mandato entre 1954-1957), tuvo una actuación categórica sobre las decisiones del general-presidente paraguayo para disciplinar a sus adversarios políticos, tanto dentro del tradicional partido colorado (que con-

Aunque desde los años sesenta Paraguay venía ganando reputación como centro de distribución de narcóticos, recién a partir de las décadas siguientes las operaciones mediáticas en ese sentido se incrementaron preanunciando la modificación y el corrimiento de la representación estratégica de la amenaza desde el comunismo hacia el tráfico ilegal.

tinuará en el gobierno hasta el año 2008 y retornará al ejecutivo en 2013) como dentro de las fuerzas armadas. En ese momento Washington miraba con preocupación las simpatías que despertaba Epifanio Méndez Fleitas, un líder popular cercano al peronismo –considerado por el Pentágono como un izquierdista en potencia– cuya corriente partidaria había comprometido al ex presidente Chaves a firmar un Tratado de Unión Económica con el presidente argentino Juan Domingo Perón en 1953.

Ageton informó a Stroessner del apoyo estadounidense para purgar al estamento militar y partidario de “epifanistas” y de allí en más comenzó a ser consultado en todo lo relativo a las decisiones gubernamentales. El autócrata llegaría a referirse al diplomático de Estados Unidos como “el mejor de los miembros de mi gabinete”, introduciendo de este modo una injerencia extraordinaria –por parte de la embajada norteamericana en Asunción– sobre los asuntos clave de la política interna del país. El Departamento de Estado, acorde con la doctrina que comenzaba a difundir en esa época, estaba interesado en contribuir por ejemplo a la creación del servicio de inteligencia local y, por lo tanto, envió expertos en “asuntos anticomunistas” para brindar entrenamiento y apoyo técnico al Paraguay para el disciplinamiento popular. Paraguay también fue uno de los primeros en participar de la Alianza para el Progreso, estrategia imperial a través de la cual se combinó asistencia económica y militar/policial –incluida la masificación de las técnicas de terror contrainsurgentes– con el objeto de instaurar “democracias sin

comunismo” en la región y para promover los alineamientos con Estados Unidos en materia de política exterior.

Sin embargo, en la década de los ochenta las prioridades de la agenda norteamericana se modificaron y las viejas alianzas de alineamiento automático con la Casa Blanca de algunos países suramericanos se desgastaron.

Entre 1954 y 1977 la relación entre Paraguay –considerado el “bastión anticomunista” del Cono Sur– y Estados Unidos, la cual se había planteado en términos de “una amistad más fuerte que cualquier otra del hemisferio”, terminó por volverse en contra del régimen stronista, en tanto síntoma precoz de un cambio de época. Un precedente de esta transformación se encuentra en el llamado *affaire Ricord*, episodio que se desata cuando agentes de Washington que habían infiltrado la pista del francés Augusto Ricord –quien desde Asunción coordinaba el transporte del 50 por ciento de la heroína hacia Estados Unidos por medio de Paraguay–, denuncian públicamente que el territorio stronista funcionaba como sitio de asilo y de escala privilegiada del contrabando en América del Sur.

Aunque desde los años sesenta Paraguay venía ganando reputación como centro de distribución de narcóticos, recién a partir de las décadas siguientes las operaciones mediáticas en ese sentido se incrementaron preanunciando la modificación y el corrimiento de la representación estratégica de la amenaza desde el comunismo hacia el tráfico ilegal. Esto cambiaría la hipótesis de conflicto “ideológica” de la Guerra Fría, antes centrada en

el peligro izquierdista/nacionalista insurgente, hacia las “nuevas amenazas” en apariencia desideologizadas como el narcotráfico y el terrorismo, estas últimas más acordes a los tiempos de post Guerra Fría.

A través de la prensa, Washington se aseguró de presionar al general Alfredo Stroessner (quien, insistimos, hasta ese momento había liderado un régimen autocrático dictatorial con el apoyo continuado de cinco administraciones norteamericanas) para que entregara a la Justicia norteamericana a Augusto Ricord y en 1973, tras la publicación de un artículo del periodista Jack Anderson que utilizaba como fuentes memorándums de la CIA, la cuestión del tráfico ilícito de drogas y mercancías pasó a dominar la relación entre Estados Unidos y Paraguay. Nixon amenazó con cortar la ayuda económica a Stroessner si no accedía a entregar a Ricord. Luego de tensas marchas y contramarchas, Stroessner permitió la extradición del presunto contrabandista y el Palacio de López se apresuró a adherir a una serie de acuerdos y medidas bilaterales que exteriorizaran su compromiso en la lucha antinarcóticos con la esperanza de que pronto se olvidara el molesto incidente.

Pero luego del caso, la imagen internacional de Paraguay quedó dañada y los artículos periodísticos que hablaban sobre la “conexión stronista” con el floreciente narcotráfico internacional se propagaron por todo el continente anticipando la forma en que el Pentágono caracterizaría al enemigo durante el período de distensión y luego de implosionada la experiencia soviética. La mala fama del régimen paraguayo incluso apareció en *Selecciones*

–la versión española del *Reader's Digest*, por entonces la revista de mayor circulación en el mundo–, la cual tradujo una investigación de Natham Adams sobre el tema.

El *affaire* resultaría la primera de las muchas señales enviadas por la Casa Blanca advirtiendo que modificaba las prioridades de su política exterior a medida que iba perdiendo intensidad la Guerra Fría, pero Stroessner no les prestó la suficiente atención. El viraje estadounidense se debía a las presiones ejercidas por el movimiento social norteamericano sobre Washington, las cuales habían logrado instalar la cuestión de la democracia y los derechos humanos, cuestionando la asistencia económica, militar y financiera del país a los regímenes dictatoriales suramericanos. Hasta Henry Kissinger –uno de los responsables de la Operación Cóndor en la región– comprendió que era necesario descomprimir la tensión generada por las protestas sobre el Congreso de Estados Unidos y advirtió públicamente a los regímenes latinoamericanos que “la represión sistemática tenía ciertos límites”.

Con la llegada de Jimmy Carter al gobierno (1977-1981), Paraguay se presentó como una “apuesta segura” para que la nueva administración publicara su preocupación por la democracia y los derechos humanos. La Casa Blanca decidió aprovechar la oportunidad definiendo el giro de su política exterior en detrimento del stronismo, el cual pagaría las consecuencias del período de “distensión”. Washington sentía que podía presionar al Palacio de López sin temor de que se produjera una revolución –porque la izquierda local se encontraba muy debilitada– y



dio órdenes a sus operadores de emprender la ofensiva contra el régimen, amenazando con sanciones y aislamiento si no se liberaba a los presos políticos y se accionaba a favor de una liberalización post dictatorial.

El embajador de ese período, Robert White, llegó a ofrecer su residencia diplomática en Asunción para que los líderes antistronistas pudieran reunirse a conversar, lo que enfureció al autócrata y a los miembros de su entorno que apelaron a la prensa colorada local para denunciar la injerencia sobre la soberanía nacional y atacar a la figura de White.

Así surgía en 1979 el célebre Acuerdo Nacional, que reunía a los sectores políticos opositores al general-presidente, mientras que también bajo el amparo norteamericano se promovían informes estatales y de organismos no gubernamentales que acusaban al stonismo de torturar y asesinar adversarios y subversivos durante la dictadura militar –en contraposición con la posición adoptada por Estados Unidos en la década anterior–.

El Departamento de Estado, al dejar de proteger a su otrora aliado estratégico en la región, propició que durante los ochenta se difundieran públicamente las violaciones a los derechos humanos cometidas por Stroessner, quien aun así resistía las presiones liberalizantes aferrándose al *statu quo*. Con el esparcimiento de las denuncias en su contra y con el regreso de sus vecinos al sistema de democracias representativas y la visibilización de la lucha de los organismos de derechos humanos, el clima hemisférico se le tornó definitivamente hostil.

Para la segunda administración de Ronald Reagan (1981-1989),

la Casa Blanca ya había decidido “sacrificar” los últimos vestigios dictatoriales gubernamentales que subsistían en América del Sur (Chile y Paraguay) para presentar una moneda de cambio a los parlamentarios estadounidenses que criticaban la renovación de los fondos destinados a la política antisandinista en América Central –evaluando que el canje no le significaba un peligro de seguridad importante, ni una pérdida económica vital–. El imperio necesitaba relocalizar el foco de la estrategia contrainsurgente en el Caribe y promover la desideologización de los peligros en el sur.

Entre mayo de 1984 y septiembre de 1985 aparecieron en jornales del norte más cantidad de artículos sobre el régimen paraguayo que los publicados en los treinta años precedentes, cuyos textos abordaban sistemáticamente la cuestión del contrabando y la corrupción gubernamental. El 4 de junio de 1984 *Los Angeles Times*, por ejemplo, detallaba la naturaleza cleptocrática del stonismo destacando que los militares se habían convertido en una “banda de buscavidas corruptos”; o el 30 de enero de 1985 *The New York Times* publicaba un relato de los materiales químicos confiscados por funcionarios norteamericanos en 1984 en la aduana paraguaya y del desaire de Stroessner al embajador Arthur Davis al negarle una audiencia; o el 8 de junio de 1987, cuando la sensacionalista *New Republic* titulaba “Paraíso de contrabandistas” a una investigación especial sobre Paraguay, mientras el famoso programa del canal CBS *60 Minutes* proyectaba a Mike Wallace preguntándole a la audiencia televisiva cuál era el precio de la libertad, en alusión a “un país del tercer mundo gobernado durante treinta y un años por el hombre más despreciado y el dictador más odiado del mundo con afición a los sicofantes y a las jóvenes”. En palabras del embajador de entonces en Asunción, Timothy Towell, “Estados Unidos intervino para aislar al Paraguay hasta el punto de convertirlo en la Mongolia de América latina”.

Mediante estos modos el Pentágono ponía a prueba sobre el “laboratorio” paraguayo una práctica característica de la post Guerra Fría: la combinación de operaciones de prensa sobre la población con la financiación de grupos políticos opositores y fundaciones de la sociedad civil para la deslegitimación de un adversario, incluida dentro de una modalidad complejizada de intervención luego denominada “guerra difusa” por su indeterminación espacio-temporal.

El rol jugado por la National Endowment for Democracy (NED) en Asunción entre 1985 y 1988 se convertiría en un factor clave de esta modalidad, en tanto una de las principales encargadas de financiar a referentes sociales e intelectuales antistronistas por medio de organizaciones no gubernamentales. El objetivo consistía en alentar ideologías y valores afines a las nuevas prio-





ridades estadounidenses, además de ir preparando las condiciones necesarias para la instauración de un gobierno post-stroessnerista luego de la caída del dictador.

Para mediados de enero de 1989 las relaciones con Washington se habían tornado insostenibles y la capital se hallaba sumida en intrigas, rumores e incertezas, mientras la embajada norteamericana enviaba señales de que Stroessner ya no contaba con su patrocinio.

Si bien hasta 1988 la Casa Blanca había evitado todo contacto con el general Andrés Rodríguez (concuñado de Stroessner y futuro sucesor) –pues estaba convencida que este era el jefe del narcotráfico en el país–, en el mes de septiembre las prioridades de Estados Unidos se modificaron producto de su preocupación por la estabilidad y la polarización política que atravesaba Paraguay. El narcotráfico pareció perder importancia por un tiempo –al menos hasta que la crisis política se saldara–, y la embajada incrementó el trato con algunos referentes militares. A pesar de todo, la sede diplomática no parecía terminar de decidirse a apoyar el *putsch*.

En el mes de enero, Rodríguez y los demás oficiales decidieron no esperar más y la sorprendieron con la insurrección. Ni la embajada estadounidense ni la Casa Blanca hicieron nada por impedir que el golpe progresara, esto fue interpretado como señal de apoyo por parte de los insurrectos y el derrumbe se concretó. Entre 1989 y 2008 se produjo en Paraguay una apertura post dictatorial de corte neoliberal conducida por el Partido Colorado, las fuerzas armadas paraguayas y un entramado interagencial que no sólo incorporó agencias norteamericanas e israelíes, sino otras extranjeras afines al interés imperial.

El Departamento de Estado, acorde con la doctrina que comenzaba a difundir en esa época, estaba interesado en contribuir por ejemplo a la creación del servicio de inteligencia local y, por lo tanto, envió expertos en "asuntos anticomunistas" para brindar entrenamiento y apoyo técnico al Paraguay para el disciplinamiento popular.



La Triple Frontera como expresión de otro "nuevo" peligro: el terrorismo

Hacia finales de la bipolaridad y en las décadas posteriores de post Guerra Fría, como ya mencionamos, la idea de que las naciones del hemisferio debían defenderse conjuntamente del comunismo (al que se atribuía *expertise* en insurgencia al interior de la sociedad civil pero también se consideraba que contaba con ejércitos profesionales de países socialistas), fue reemplazada por otro tipo de adversario construido por Estados Unidos para justificar su plan de dominación continental: el nuevo "enemigo" asociado al narcotráfico y a una técnica de combate que aparecía menos ideologizada: el terrorismo.

Postularon entonces el carácter transnacional y diferente del militar (asimétrico y no estatal) de los riesgos "compartidos" por las naciones del hemisferio, cuyo "combate" precisaría de la coordinación técnica de agencias imperiales especializadas para entrenar a las fuerzas policiales de la región y también que los gobernantes latinoamericanos aceptaran ceder soberanía nacional en beneficio de la seguridad mundial.

La ciudad denominada Puerto Stroessner y luego Ciudad del Este, que había florecido comercial y migratoriamente gracias a la construcción de obras como Itaipú y Yacyretá, ubicada en la frontera paraguaya con Argentina y con Brasil, pasó a ser mencionada por los documentos del Pentágono y del Comando Sur de los Estados Unidos como ejemplo de "área gris" o "zona de no-derecho" que serviría de refugio y de "santuario" a redes terroristas relacionadas con el tablero político de Medio Oriente y con la colectividad libanesa radicada en este sitio.

Las investigaciones perpetradas a partir del atentado cometido

contra la embajada de Israel en Buenos Aires en 1992 y la voladura de la Asociación Mutual Israelita Argentina en 1994 ayudaron a fortalecer esta nueva hipótesis de conflicto, multiplicando operativos contraterroristas coordinados por agencias imperiales y abonando la demonización de las Tres Fronteras y su vinculación con el terrorismo islámico, a pesar de que los resultados de las investigaciones eran más que dudosos y poco efectivos.

Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y en Washington, atribuidos a la red Al Qaeda y al saudita Osama Bin Laden, esta zona también fue señalada como "el principal foco de operaciones terroristas en América latina".

No tenemos aquí espacio para señalar la cantidad de versiones periodísticas y de estudios que invadieron las páginas de los diarios, pero es preciso mencionar los efectos y los intereses que se escondían tras esta representación estratégica de la amenaza de post Guerra Fría publicitada por doquier. Por un lado, al declarar el presidente George W. Bush la guerra *preventiva e infinita* a esta construcción del enemigo, daba por tierra con toda la normativa jurídica internacional y local que definía y limitaba las situaciones bélicas de conflicto, al tiempo que justificaba la militarización de ámbitos ricos en naturaleza y en recursos vitales para el complejo militar-industrial-empresarial norteamericano.

La modificación de la representación estratégica de la amenaza por parte de las agencias imperiales no fue más que la búsqueda por justificar a través de nuevos paradigmas la intervención imperial en puntos estratégicos de la región. El objetivo real no fue ni es combatir el tráfico de mercancías, personas, naturaleza e información; sino gestionarlo en función de sus propios intereses y los de sus aliados.

APORTES A UNA DOCTRINA DE DEFENSA Y MILITAR PARA NUESTRA AMÉRICA

LAS FUERZAS ARMADAS SON INSTRUMENTOS PARA DESARROLLAR LA PROMOCIÓN DEL INTERÉS REGIONAL, LA DEFENSA DE SU INTEGRACIÓN Y LA PRESERVACIÓN DE LA PAZ. EN UN ESCENARIO EN EL CUAL ESTADOS UNIDOS HACE USO PROLÍFICO DE OPERACIONES ESPECIALES EN TODO EL MUNDO, AMÉRICA DEL SUR CUENTA CON TODAS LAS VARIABLES NECESARIAS PARA SUBORDINAR LAS FUERZAS ARMADAS AL PODER POLÍTICO BUSCANDO PROTEGER LAS LIBERTADES Y GARANTÍAS DE LOS CIUDADANOS RESPETANDO LA DIGNIDAD DE LAS PERSONAS.



por **MARIO RAMOS**. *Director del Centro Andino de Estudios Estratégicos. Máster en Seguridad y Desarrollo. Especialista en Gestión del Riesgo y Administración de Desastres. Analista en seguridad, defensa, inteligencia, relaciones internacionales y político. Escritor.*



Para arrancar con la reflexión propuesta recojamos lo que el diccionario militar de la Fuerza Terrestre ecuatoriana, editado en el año 2000, define como doctrina y doctrina militar, respectivamente:

Doctrina: Conjunto de ideas, conocimientos, teorías, dogmas, etc., que convertidos en conciencia, inspiran la conducta y normas de acción, como sistema de adaptación y aplicación común...

Doctrina militar: Conjunto de conceptos básicos, principios generales, procesos y normas de comportamiento que sistematizan y coordinan las actividades de las Fuerzas Armadas de una nación. Representa el fruto del trabajo intelectual, de las experiencias propias y de otras naciones. Debe ser objetiva, delineada para una época, atenta a la capacidad del Poder Nacional y que responda a las necesidades de los conflictos armados admitidos en las Hipótesis de Guerra.

Especialmente en este último concepto encontramos proposiciones interesantes que nos permiten ir abordando la temática que nos ocupa, nos referimos a estas dos ideas: delineada a una época y que responda a las necesidades de los conflictos admitidos en las hipótesis de guerra.

Preguntamos: ¿de quién y de qué debe defenderse Nuestra América? ¿Las fuerzas armadas de nuestra región tienen claridad sobre las verdaderas amenazas y factores de riesgo que se ciernen sobre nosotros? ¿Sobre qué bases teóricas, históricas y análisis ajustados a la realidad del conflicto internacional actual se definen las amenazas y riesgos a nuestra seguridad y defensa? ¿Cuánto de la doctrina que guía la acción de nuestras fuerzas armadas responde a doctrinas ajenas a nuestros intereses regionales? ¿Cuáles serían los denominadores comunes que llenen de contenido a una doctrina de defensa y militar nuestra-americana? ¿Hemos identificado cuáles son las principales limitaciones clave para lograr una doctrina de defensa y militar nuestra-americana?

Y una última pregunta fundamental: ¿qué motiva, qué inspira a nuestras fuerzas armadas? No se puede concebir, no se puede entender un ejército que no encuentre razón de ser, es decir, para qué se prepara, para qué se entrena, para qué se organiza, si no tiene claro a quién defiende, y qué intereses protege. Todo esto incluso permite determinar cómo debe equiparse.



Las fuerzas armadas son instrumentos destinados a cumplir funciones específicas. Una doctrina de defensa y militar "nuestroamericana" debe desarrollar como eje vertebral la promoción del interés regional, la defensa de su integración y la preservación de la paz, valor que ha sido establecido por nuestro regionalismo como fundamental en las diferentes cumbres.

Algunos ejemplos históricos que motivaron a los ejércitos

Clausewitz veía en el fervor revolucionario de los ejércitos napoleónicos la clave de su triunfo. En Prusia la política era el simple capricho del rey, las guerras de Napoleón eran guerras populares. El prusiano Clausewitz tuvo que combatir a soldados franceses impulsados por motivaciones distintas a las de los ex siervos que él comandaba. Los ejércitos de la Revolución Francesa combatieron a las monarquías europeas, su objetivo era derrocar por doquier el orden aristocrático y feudal. Era un ejército republicano al servicio de una nueva Francia.

La Revolución Francesa promovía la ciudadanía en una república que propugnaba la democracia. El *ciudadano* francés de esa época veía como un deber empuñar las armas. En septiembre de 1794 la república francesa contaba con 1.169.000 *soldados ciudadanos*, un ejército de una potencia hasta entonces desconocida en Europa. Esa cifra era imposible de alcanzar si antes no se promovía el concepto de igualdad social; el *ciudadano* francés no sólo defendía su revolución de la agresión extranjera, sino que buscaba la implantación de los principios liberadores de su revolución.

Muestra de la promoción social que fomentó la Revolución Francesa fue que de los 26 mariscales que tuvo Napoleón; Augereau, Lefebvre, Ney y Soult fueron sargentos antes de 1789, Víctor había sido músico de banda, otros tres fueron soldados rasos: Jourdan, Oudinot y Bernadotte; la liberalización social de 1789 los convirtió en jefes relevantes.

Hubo en épocas más antiguas otra clase de motivaciones. Así, por ejemplo, fue el papa Urbano II quien exigió en el Concilio de Clermont de 1095 a los cristianos "dejar de matarse entre sí y combatir en una guerra justa", recordando el desastre de Manzikert y que veinticuatro años antes Bizancio había reclamado a Occidente defender la cristiandad en Oriente, que los turcos musulmanes proseguían su avance por tierras cristianas, y que la ciudad santa de Jerusalén continuaba en poder del islam. Pidió que se iniciase una campaña sin demora para recuperar Tierra Santa. Ahí surge idea de "cruzada", y la primera se realiza en 1096.

Claro que detrás de determinadas motivaciones se ocultan ciertos intereses. Urbano II veía en la cruzada un medio para restituir la autoridad de Roma a la cabeza del mundo cristiano,

sin tener que depender de monarcas rebeldes. Las cruzadas o guerras santas cristianas, desde el punto de vista militar, resultaron en última instancia un fracaso, pero Occidente se benefició de aquellas porque descubrió la capacidad científica y tecnológica del Oriente árabe, hoy muy poco reconocida en Occidente. Ese conocimiento árabe abierto gracias a las cruzadas reconfiguró el paisaje intelectual europeo, su alcance llegó hasta más allá del siglo XVI, e hizo posibles las teorías revolucionarias de Copérnico y Galileo. Por ejemplo, fue el filósofo Averroes, de la España musulmana, el que transmitió la filosofía clásica a Occidente e introdujo el pensamiento racionalista. El *Canon de Medicina* de Avicena fue el texto de referencia en Europa hasta el siglo XVII.

En fin, la historia es pródiga en las ideas que motivaron a los ejércitos a combatir. Así, durante la lucha del emperador Teodosio con los godos en el 383, el romano de origen griego Temistio argumentó que la fuerza de Roma residía “no en corazas y escudos, no en sus innumerables huestes, sino en la razón”; los reyes de Judea condujeron su lucha guiados por su Dios único; el ateniense Isócrates había propugnado una guerra contra Persia en el siglo IV a.C. en la que estaba implícita la idea de libertad.

En el caso de Nuestra América, el casamiento europeo entre rey y ejército no tuvo nunca lugar. En Europa se enfrascaron en guerras interminables hasta formar sus Estados modernos. En América latina, nuestros Estados-Nación se crearon en el siglo XIX y principios del XX al calor de la lucha por la independencia. Luchamos juntos, el ejército independentista “nuestroamericano” estaba conformado por soldados latinoamericanos provenientes de todo nuestro subcontinente. Posteriormente, los ejércitos independentistas fueron claves en el proceso de centralización del poder, en la gestación de nuestros Estados. Países como Venezuela o Paraguay prácticamente fueron creados por el ejército y las milicias.

Para una doctrina de defensa y militar “nuestroamericana” debemos hallar contenidos en esa heroica historia militar que la forjamos juntos. Además el inestable escenario geopolítico mundial nos indica que debemos unirnos para defender nuestros recursos naturales; sobre este punto habría mucho que exponer. Con estos antecedentes históricos volvemos a preguntar: ¿qué motiva, en este momento histórico, a las fuerzas armadas de Nuestra América?

Nuestros países son repúblicas organizadas por un régimen constitucional, en donde los gobiernos son elegidos democráticamente y las fuerzas armadas se subordinan al poder político emanado de la voluntad ciudadana libremente expresada en elecciones limpias.



Doctrina de defensa y militar para esta época

De los ejemplos históricos expuestos, se puede deducir que a los ejércitos, en especial a los victoriosos, les infunde, les inspira una *idea fuerza*. ¿Cuál es la idea fuerza que luego de toda la evolución civilizatoria debe imbuir a los ejércitos de Nuestra América en esta época?

Gracias a la lucha de los pueblos latinoamericanos, en nuestra región se ha logrado instituir como sistema de gobierno el democrático. Es decir, nuestros países son repúblicas organizadas por un régimen constitucional, en donde los gobiernos son elegidos democráticamente y las fuerzas armadas se subordinan al poder político emanado de la voluntad ciudadana libremente expresada en elecciones limpias.

Es decir, la doctrina de nuestros ejércitos debe estar guiada por el estado de derecho y la democracia como sistema político y de vida.

Este debe ser el *denominador común*, el que otorga identidad general a los ejércitos nuestroamericanos. Es decir, deben reconocerse como ejércitos republicanos que creen, valoran, sirven y existen para defender la voluntad democrática de los pueblos latinoamericanos.

El juego político-democrático en cada una de nuestras naciones tiene su propia historia y características que le da a cada caso su particularidad. Lo que proponemos es que la constitución que se dan nuestros países debe ser la columna que debe vertebrar la doctrina de defensa y militar en nuestra región.

En el caso ecuatoriano la Constitución del año 2008 que rige actualmente es la que goza de mayor legitimidad en nuestra historia por la forma en la que se elaboró; fue un proceso ampliamente participativo que recogió un acumulado de tesis ciudadanas y sociales, y fue aprobada en procesos electorales, tanto en la convocatoria a la Asamblea Constituyente (en la Consulta Popular el pueblo ecuatoriano apoyo la realización de una Asamblea Constituyente, 82% contra 11%), como en la aprobación de la nueva Constitución (referéndum constitucional, 63,93% contra 28,10%), en donde la oposición que no siempre es democrática, también hay de la desestabilizadora, puso en juego toda una campaña mediática para evitar o atenuar el margen de aprobación de la futura Constitución.

En la Constitución ecuatoriana se define a las fuerzas armadas como una institución que protege las libertades y garantías de los ciudadanos, y se forman bajo los fundamentos de la democracia y los derechos humanos y respetan la dignidad de las personas sin discriminación alguna y con apego irrestricto al ordenamiento jurídico. Además la Constitución ecuatoriana tiene todo un capítulo en donde se señala que la integración latinoamericana es un objetivo estratégico del Estado. Hay ejércitos latinoamericanos como el guatemalteco que han institucionalizado su doctrina basándose en criterios democráticos y reconocen que han superado las concepciones contrainsurgentes de la Doctrina de Seguridad Nacional predominante durante la Guerra Fría. El ejército de Guatemala señala en su doctrina que funciona bajo los principios establecidos de



¿Qué motiva, qué inspira a nuestras fuerzas armadas? No se puede concebir, no se puede entender un ejército que no encuentre razón de ser, es decir, para qué se prepara, para qué se entrena, para qué se organiza, si no tiene claro a quién defiende, y qué intereses protege. Todo esto incluso permite determinar cómo debe equiparse.



disciplina, jerarquía y obediencia y se orienta al respeto de la Constitución Política, los Derechos Humanos, el Acuerdo de Paz, el Derecho Internacional Humanitario y los instrumentos internacionales firmados y ratificados por Guatemala, entre otros aspectos.

Pero además de lo señalado, ¿qué otra idea fuerza, qué otro denominador común debe integrar una doctrina de defensa y militar nuestroamericana?

La mayoría de los analistas señalan que el arreglo geopolítico del siglo XXI configura básicamente un escenario multipolar. Pero lo interesante de este planteamiento es que se incluye a Suramérica como un factor influyente de ese mundo multipolar, a más de las potencias: China, Rusia, Unión Europea, EE.UU. y otras emergentes como India.

¿Por qué se incluye a Suramérica como un factor de influencia en la geopolítica mundial? La mayoría de nuestros países acaban de cumplir apenas su segundo siglo de vida. A la vieja Europa le tomó al menos 400 años y muchas guerras llegar al nivel de unidad existente, unidad que a propósito, concebida bajo criterios neoliberales, corre el riesgo de debilitarse; así, existe la probabilidad que países como Grecia y otros abandonen el euro e incluso la misma Unión Europea.

América del Sur cuenta con todas las variables necesarias para formar un efectivo polo de influencia. Básicamente tenemos una misma cultura mestiza ocasionada por la colonización ibérica (España y Portugal), lo cual incluye similar matriz religiosa, lengua, costumbres e historia, cuenta con todos los recursos naturales necesarios y con regímenes políticos que han alcanzado suficiente grado de madurez.

Desde el punto de vista político-estratégico, la experiencia del esfuerzo común para independizarnos de España y Portugal creó toda una base doctrinaria reflejada en el pensamiento de Bolívar, San Martín, Artigas y muchos otros insignes héroes latinoamericanos y caribeños.

En este marco, si algo debe proyectarse con más fuerza y defenderse es el nuevo regionalismo latinoamericano. Los procesos de integración ALBA, Mercosur, Unasur y CELAC deben establecer un sistema más claro y profundo de defensa colectiva, especialmente el Consejo de Defensa Suramericano debe adoptar ese concepto. Los sistemas de seguridad colectiva tienen la ventaja de repartir la carga de la defensa entre todos los socios y adquiere mayor potencial disuasivo.

Las fuerzas armadas son instrumentos destinados a cumplir funciones específicas. Una doctrina de defensa y militar nuestro-



americana debe desarrollar como eje vertebral la promoción del interés regional, la defensa de su integración y la preservación de la paz, valor que ha sido establecido por nuestro regionalismo como fundamental en las diferentes cumbres y en especial en la II Cumbre de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) celebrada en La Habana en el 2014, ya que esa es la vocación de nuestra región y sus pueblos.

Por eso preocupa que EE.UU. haya declarado a la hermana República Bolivariana de Venezuela como “amenaza” extraordinaria a su seguridad nacional, es insólito pero coherente con su geoestrategia.

En este sentido coincidimos con las declaraciones del canciller ecuatoriano Ricardo Patiño: la verdadera amenaza para el continente americano no es Venezuela, sino EE.UU., país que se ha caracterizado por no respetar el derecho internacional, la autodeterminación, soberanía y democracia de Nuestra América. No es la primera vez que EE.UU. genera convulsión o inventa mentiras para intervenir en países; recordemos el pretexto de las armas de destrucción masiva (ADM) con el cual se destruyó Irak. En este marco, debemos responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es el tipo de instrumento militar que necesita nuestra región para su defensa?

De la gran estrategia a la estrategia

Hay autores que diferencian la estrategia, de la gran estrategia, entendiéndola a esta última como los principios doctrinarios que dan sentido a un ejército. Sintetizando, hemos sugerido que nuestras fuerzas armadas deben defender el interés geopolítico de nuestra región, sus repúblicas y la soberanía de su sistema democrático, de injerencias extrañas a su destino y autodeterminación y sus recursos naturales.

Pero para establecer una estrategia de defensa se debe tener muy claro los intereses y fines a proteger y paralelamente conocer la naturaleza de la amenaza, sus características y la estrategia que emplea el potencial enemigo. Además es necesario analizar la sustancia y tendencia del conflicto internacional actual, que a diferencia de la época de la Guerra Fría, que fue “estable” comparado con el movidizo escenario vigente, el mundo presente es muy inestable propio de su particularidad multipolar en donde no son posibles imágenes y figuras regulares, sino deformes e irregulares.

No tenemos la intención de desplegar un análisis completo respecto de lo señalado, pero sí es importante destacar algunos rasgos generales de la estrategia de seguridad de los EE.UU., ya que desde nuestra perspectiva ellos son el enemigo. ¿De qué otra manera se puede calificar a un gobierno que constantemente agrede la soberanía de las democracias latinoamericanas? En la *Revisión Cuadrienal de la Defensa 2014* para fijar las líneas maestras de la política de defensa y la administración militar, el Pentágono se plantea fijar pautas para “*adaptar, remodelar y recalibrar las fuerzas armadas para anticipar los cambios estratégicos y explotar las oportunidades que se nos presentarán en los próximos años*”. Proyecta provocar una nueva Revolución en Asuntos Militares (armas inteligentes, robotización, drones, ciberguerra) para no permitir que se reduzca la brecha entre EE.UU. y otros países que han logrado tecnologías avanzadas, además de desarrollar nuevos conceptos operativos y generar

capacidades militares futuras (una *capacidad militar* es la consecuencia de la integración de doctrina, organización, entrenamiento, material, liderazgo, educación del personal e infraestructura).

Sin embargo, la historia militar nos ha enseñado que una cosa es la *potencia militar* (elemento cuantitativo/objetivo), y otra son los *multiplicadores de la potencia militar* (elemento cualitativo/subjetivo).

Ni siquiera China y Rusia pueden competir con EE.UU. en términos de potencia militar (presupuesto, armamento, despliegue de bases militares alrededor del planeta, etc.). Además, de acuerdo con un informe del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), siete de las diez mayores empresas productoras de armamento son estadounidenses (Lockheed Martin, Boeing, Northrop Grumman, General Dynamics, Raytheon, L-3 Communications y United Technologies).

Sin embargo, a pesar de ese dato objetivo, la historia militar nos dice que cuando un pueblo está cohesionado, motivado y defiende su libertad, es decir, tiene a su favor los multiplicadores de la potencia militar, ni siquiera una potencia militar lo puede vencer. Pero, ¿cuál es la esencia actual de la estrategia militar estadounidense? Ellos mismos lo definen como *operaciones no lineales de amplio espectro*. Es decir, para sostener su imperio necesitan poder actuar de manera simultánea en varios sitios a la vez con operaciones no lineales, léase especiales, de amplio espectro, es decir, el empleo de todas las opciones a su alcance: guerras de falsa bandera, golpes suaves para cambio de régimen, chantaje comercial y financiero, sanciones y bloqueos, guerra psicológica, etcétera, concentrándose en las partes vulnerables de sus rivales. Es decir, la política de defensa de EE.UU. busca *despliegues poco intrusivos* y de bajo costo que le permitan atender de manera simultánea los diferentes desafíos que amenazan su hegemonía.

Para el vigente entorno estratégico, EE.UU. desarrolla nuevos modelos de intervención o guerra; ellos hablan de guerra global, que no son las convencionales primera y segunda guerras mundiales, pero sí es global porque están injiriendo en todas partes de manera *no lineal*.

EE.UU. tiene nueve mandos con Mando de Combate –CoCom–; seis geográficos: Geographic Combatant Commands –GCC– (Oriente Medio y Asia Central –CENTCOM–; América del Norte y México –NORTHCOM–; América del Sur, Centro América y el Caribe –SOUTHCOM–; Asia Pacífico –PACOM–; Europa, Cáucaso e Israel –EUCOM–; y África –AFRICOM–); y tres globales (United States Special Operations Command –USSOCOM–, United States Strategic Command –USSTRATCOM– y United

States Transportation Command –USTRANSCOM–).

Pero en el marco de lo señalado hay un mando que ha adquirido sustancial importancia para los EE.UU. Es el Mando de Operaciones Especiales (USSOCOM por sus siglas en inglés), que ha desarrollado justamente lo que su política de defensa necesita, una visión de Red Global de Operaciones Especiales (Global SOF Network –GSN–) consistente en una fuerza globalmente interconectada de Unidades de Operaciones Especiales (SOF) y agencias de países aliados con voluntad de reaccionar y comprometerse en las contingencias requeridas, léase prevenir o neutralizar amenazas antes que adquieran volumen. Este concepto ha adquirido una importancia crucial en la doctrina y reforma de las fuerzas armadas estadounidenses.

Mientras los GCC atienden sus áreas de responsabilidad geográfica (clásico argot militar) el USSOCOM afronta directamente las contingencias que cruzan las regiones y afectan a más de un GCC, lo que implica planificar y ejecutar operaciones en un ámbito global. La USSOCOM para establecer su Global SOF Network –GSN–, busca articular a Oficiales de Enlace de Operaciones Especiales (US Special Operations Liaison Officers –SOLO–) de sus socios –*partners*–, además de redes de apoyo logístico, de apoyo a las misiones y elementos de mando, control, comunicaciones, informáticos e inteligencia. Llama la atención que la USSOCOM tiene desplegados SOLOs en Colombia y Brasil.

Todos los SOLOs tienen su puesto de trabajo en el ISCC –International SOF Coordination Center– del comando general del USSOCOM a modo de Centro de Gestión de Crisis. En el concepto de GSN se contempla la posibilidad de utilizar instalaciones militares de países *partner* para su empleo compartido, nos preguntamos si esto está sucediendo en Perú.

En conclusión, para sostener su cuestionada hegemonía, EE.UU. está haciendo uso prolífico de operaciones especiales en todo el mundo. Se habla de guerra global e híbrida, este último término está generando un importante debate, entre lo que se señala que la vieja distinción entre ejército regular e irregular (el conflicto colombiano es un buen ejemplo de esto ya que se ha dado una fusión entre paramilitarismo y fuerzas armadas) tiende a volverse borroso ya que unos y otros se estarían fusionando, la dicotomía clásica entre guerra irregular y convencional estaría quedando obsoleta. En la guerra híbrida el centro de gravedad ya no es físico, sino psicológico e incluso ideológico y mediático. Por ahí camina la naturaleza de los desafíos a que se enfrentan las fuerzas armadas de Nuestra América, y el reto está en desarrollar un concepto estratégico que permita afrontar la estrategia del enemigo.



Cierre

Cuando se trata de reflexionar sobre doctrina de defensa y militar hay mucha tela que cortar, especialmente en cuanto a aspectos más operativos. Por ejemplo, se podría analizar las diferentes estrategias militares, hablar sobre la organización y administración de una fuerza armada, estudiar los aspectos logísticos de la guerra, examinar cómo se aplicó y debería aplicarse la meritocracia militar, comentar sobre el desarrollo de la tecnología militar, revisar las diferentes metodologías de planificación, el proceso de toma de decisiones y los sistemas de mando y control de nivel táctico, operacional y estratégico, razonar sobre la maniobra y el arte operacional, los sistemas operativos en el campo de batalla, etcétera.

Pero creemos que con lo expuesto contribuimos a plasmar pautas clave de lo que debería integrar una doctrina de defensa y militar para Nuestra América. Además nos propusimos mostrar lo que consideramos son las complejas situaciones asimétricas actuales, originadas en el inestable escenario internacional y la “nueva” estrategia de intervención estadounidense, que implican un serio desafío a nuestros ejércitos latinoamericanos, y a la soberanía democrática de Nuestra América.

La historia militar nos dice que cuando un pueblo está cohesionado, motivado y defiende su libertad, es decir, tiene a su favor los multiplicadores de la potencia militar, ni siquiera una potencia militar lo puede vencer.

vocesenelfenix.com